

Longo, Carlos Rodrigo

**María y la esperanza
cristiana**

**Tesis para la obtención del título de
grado de Licenciado en Teología**

Director: Cantó, José María

Documento disponible para su consulta y descarga en Biblioteca Digital - Producción Académica, repositorio institucional de la Universidad Católica de Córdoba, gestionado por el Sistema de Bibliotecas de la UCC.

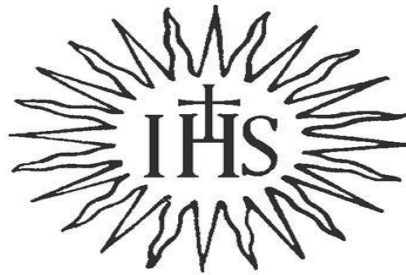


[Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No Comercial-Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.](#)

UNIVERSIDAD DE CATÓLICA DE CÓRDOBA

FACULTAD DE TEOLOGÍA

LICENCIATURA ECLESIAÍSTICA EN TEOLOGÍA DOGMÁTICA



"MARÍA Y LA ESPERANZA CRISTIANA"

AUTOR: PBRO. CARLOS RODRIGO LONGO

DIRECTOR: PBRO. DR. JOSÉ MARÍA CANTÓ SJ.

AÑO 2023

ÍNDICE GENERAL

ÍNDICE DE ABREVIATURAS.....	4
 PRESENTACIÓN.....	 5
 CAPÍTULO I.....	 9
1. 1 Acerca de la Asunción de María.....	9
1. 2 El Magisterio posterior sobre la condición definitiva de María.....	16
1. 2. 1 Concilio Vaticano II.....	16
1. 2. 2 PP. Pablo VI.....	20
1. 2. 3 PP. Juan Pablo II.....	22
1. 2. 4 Catecismo de la Iglesia Católica.....	25
1. 3 María en la Encíclica <i>Spe Salvi</i> de Benedicto XVI.....	29
 CAPÍTULO II:.....	 40
2. 1 La visión mariológica en el texto <i>María Madre de Jesús</i>	40
2. 1. 1 Presentación general de la obra.....	40
2. 1. 2 La Mariología presente.....	42
2. 1. 3 La exposición de la Asunción.....	44
2. 1. 4 Aportes del autor a la esperanza de los cristianos en María.....	48
2. 2 La visión mariológica en el texto <i>Verdadera hermana nuestra. Teología de</i> <i>María en la comunión de los santos</i>	50
2. 2. 1 Presentación general de la obra.....	51
2. 2. 2 La Mariología presente.....	52
2. 2. 3 La exposición de la Asunción.....	54
2. 2. 4 Aportes de la autora a la esperanza de los cristianos en María.....	57
 CAPÍTULO III.....	 61

3. 1 La esperanza cristiana a la luz de <i>Spe Salvi</i>	61
3. 1. 1 Lo que no es la esperanza cristiana.....	61
3. 1. 2 Lo que es la esperanza cristiana.....	64
3. 2 Aportes a la Asunción producidos por Benedicto XVI, S. De Fiores y E. Johnson.....	66
3. 2. 1 Benedicto XVI desvela que la expectación del Hijo de María no decepciona y supera a cualquier otra.....	68
3. 2. 2 María portadora de esperanza en el marco histórico-salvífico de Stefano De Fiores.....	72
3. 2. 3 Elisabeth Johnson esclarece la esperanza que suscita Miriam de Nazaret, la amiga de Dios y profetisa entre los santos.....	76
3. 3 Horizonte esperanzador de la Asunción en De Fiores y en Johnson.....	80
 CONCLUSIÓN.....	82
 BIBLIOGRAFÍA.....	88

ÍNDICE DE ABREVIATURAS

AAS *Acta Apostolicae Sedis*
ACR Encíclica *Ad Coeli Reginam*
CDC Código de Derecho Canónico
CIC Catecismo de la Iglesia Católica
CivCat *La Civiltà Cattolica*
CVII Concilio Vaticano II
DENT Diccionario Exegético del Nuevo Testamento
DH Denzinger - Hünermann, *Enchiridion*.
Ibídem (Ibíd) obra citada inmediatamente antes
LOR *L'Osservatore Romano*
Mar *Revista Marianum*
MC *Marialis Cultus*
MD Constitución *Apostólica Munificentissimus Deus*
MFI *La Virgen María en la formación intelectual*
ML *Mulieris Dignitatem*
MR *Misal Romano*
MS *Mysterium Salutis*
NDM Nuevo Diccionario de *Mariología*
Op. Cit. *Opus Citatum* (en la obra citada)
p página
pp páginas
PG *Patrologiae Cursus Completus*. Series Graeca
PL *Patrologiae Cursus Completus*. Series Latina.
PP Sumo Pontífice (Papa)
RM *Redemptoris Mater*
SC *Sacrosanctum Concilium*
SS Encíclica *Spe Salvi*
Scr. Th *Scripta Theologica*
S. Th *Suma Teológica*

PRESENTACIÓN

Una reflexión que es de larga data, pero que ha cristalizado en los últimos tiempos y que ha movilizadado el especular de distintos teólogos es sobre lo ocurrido con la Madre de Jesucristo. El cristianismo, a lo largo de sus más de dos mil años, ha procurado buscar las respuestas necesarias y exactas sobre esta y demás cuestiones de fea través de la tarea teológica que ha sido definida justamente como la *fides quaerens intellectum*, es decir: “la fe que busca entender”.

En la siguiente tesina que lleva por título “María y la Esperanza cristiana”, que alude con cierta semejanza, al último punto de la Encíclica *Spe salvi* publicada el 30 de noviembre de 2007 por el Papa Benedicto XVI, se intentará llevar una posible respuesta a la persona que al reflexionar sobre lo ocurrido con la Madre de Jesús, luego de su partida de este mundo, se cuestiona de lo que a Ella misma le esperaríaa:

“La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su « sí » abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf. Jn 1,14)? (...) Una de aquellas almas humildes y grandes en Israel que, como Simeón, esperó « el consuelo de Israel » (Lc 2,25) y esperaron, como Ana, « la redención de Jerusalén » (Lc 2,38) (...) El « reino » de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este « reino » comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza”¹.

¹PP. Benedicto XVI, *Carta Encíclica Spe Salvi, Sobre la esperanza cristiana* (Roma: Editorial Vaticana, 2007), nros. 49-50, AAS, 99 (2007), pp. 985-1027.

El tema estará circunscripto en la Mariología, en relación con lo ineludible de la Cristología, y con la Escatología. A lo largo de todo el escrito se podrá entender la inequívoca y crucial implicancia de una simple mujer hebrea que nació hace más de dos milenios y la correspondencia de su existencia para los peregrinos actuales y pasados de este mundo.

A través del presente trabajo, que se enmarca en la Asunción, crece de modo central con *Spe Salvi*, se desarrolla y nutre con mariólogos contemporáneos, y que llegará a su culmen con un cotejo sobre la unión de la madre de Jesús con la vivencia eclesial y las realidades últimas del ser humano. Al observar lo acaecido en Ella es posible proyectar las aspiraciones más profundas del redimido en la Iglesia, y vislumbrar centralmente lo que será su trascendencia, que es singular y certero motivo de esperanza. Así, se intentará plasmar la relación existente entre la fe en la Asunción y lo que es posible esperar o no, para los que aún están en esta tierra que pasa.

De este modo se iniciará el capítulo primero que lleva por título: “Acerca de la Asunción de María”, señalándose lo distintivo de la Sagradas Escrituras en torno a la madre de Jesús. Luego se avanzará concisamente a través de la tradición, rescatando algunos de los aspectos que la distinguen. Finalmente habrá una penetración en el magisterio de la Constitución Apostólica: *Munificentissimus Deus*, en la cual se define en qué gravita la Asunción de María al cielo². Al desentrañar lo concerniente al desenlace terreno, sin soslayar la muerte y lo acontecido con lo propiamente humano, se remarcará la exposición del dogma, anticipación personal de la promesa que espera al resto de la humanidad, algo que sobrevino solo después de haberse producido en el Dios y Hombre Verdadero.

En el inciso segundo, se desplegarán diversos textos magisteriales posteriores. A través de ellos será posible vislumbrar el recorrido que ha tenido la condición definitiva de María, desde el Concilio Vaticano II en adelante. Comenzando por este y continuando con las enseñanzas de los papas Pablo VI, Juan Pablo II y en el *Catecismo*, será puesta en consideración la culminación de la obra salvadora en la “nueva Eva”, en quien se acentúa la esperanza regenerativa, incoada por el único Salvador.

En el inciso tercero será desarrollada la Encíclica *Spe Salvi*, la que en dos numerales, a partir de una síntesis mariológica, logra clarificar más lo antes expuesto

²PP. Pio XII, *Constitución Apostólica Munificentissimus Deus* (Roma: Editorial Vaticana, 1 de noviembre de 1950), AAS, 42 (1950), pp. 753-771.

por sus predecesores, y profundizar en la dimensión eclesiológica y escatológica (cuestión teológica en crecimiento desde el dogma de la Asunción, pero no del todo elaborado). Consiguientemente en esta primera parte se hará una articulación del cuarto dogma mariano con *Spe Salvi* y lo conexo con la esperanza en la vida futura, con aquello que acontecerá con la criatura, a semejanza del Resucitado y su madre, y su implicancia eclesial.

En el segundo capítulo se realizará un análisis textual en el que se estudiarán dos obras de dos teólogos contemporáneos (pos conciliares) quienes abordan la mariología, y presentan de distinta manera, tanto en intensidad como en proporción, la Asunción y lo que ello implica en la eclesialidad y su ramificación con la Escatología según lo pertinente al tema escogido. Los libros están titulados como: *María Madre de Jesús*, de Stefano De Fiores³ y *Verdadera hermana nuestra. Teología de María en la comunión de los santos*, de Elizabeth Johnson⁴. Además se ampliará sucintamente con algunos otros escritos tanto de los autores estudiados como de otros, apropiados para aclarar y profundizar más en la materia tratada.

En el primer punto del segundo capítulo se abordará lo propio del texto *María Madre de Jesús*, dándose una descripción general de la obra. Se explicará la mariología presente, en especial la Asunción, y los aportes que hace De Fiores a la esperanza de los cristianos. En el inciso siguiente se ofrecerá la visión del texto *Verdadera hermana nuestra. Teología de María en la comunión de los santos*; presentándose de modo general la obra, con su Mariología y la comprensión de la Asunción, para cerrar el apartado con los aportes de Johnson a la esperanza de los cristianos.

En el tercer capítulo se realizará un enfoque “crítico-especulativa” donde habrá una integración de lo planteado y una reflexión teológica a partir de lo tratado con anterioridad. Se ahondará más en la temática propuesta, especificándose la condición resucitada de María (a semejanza de Jesucristo) y sus consecuencias en la humanidad, a la espera del definitivo estadio. Asimismo, se indagará sobre el dogma asuncionista y su vinculación con el designio divino para su criatura humana.

³Stefano De Fiores, *María, Madre de Jesús. Síntesis Histórico-salvífica* (Salamanca: Secretariado Trinitario, 2003).

⁴Elizabeth A. Johnson, *Verdadera hermana nuestra. Teología de María en la comunión de los santos*, (Barcelona: Herder, 2005).

El primer inciso del capítulo tercero se abre con el tópico: “La esperanza cristiana a la luz de *Spe Salvi*, con dos puntos que precisan acerca de lo que no es y lo que realmente significa la esperanza para el cristiano. Ello estará basado en lo expuesto por la encíclica de Benedicto XVI. En el segundo inciso, llamado: “Aportes a la Asunción producidos por *Spe Salvi*, De Fiores y Johnson”, se hará un análisis más crítico y proyectivo, a partir de la Asunción y lo que ello ha desencadenado en la producción teológica. Constará de tres puntos donde se estudiará lo pertinente a través de lo propuesto por Benedicto XVI y ambos teólogos, quienes amplían y renuevan la comprensión de lo analizado. La reflexión integradora abarcará desde la proclama dogmática hasta *Spe Salvi*. En el tercer inciso titulado: “Horizonte esperanzador de la Asunción en De Fiores y en Johnson” se considerará lo fundamental que plantean sendos mariólogos al reflexionar sobre lo que la Asunción despierta en torno a la auténtica esperanza y sus culminantes secuelas para el discípulo de Jesucristo.

Finalmente se completará el escrito con la “Conclusión” en la que constará lo más relevante de todo lo que ha sido tratado, haciéndose una última reflexión al respecto. De esta manera de todo lo presentado, se hará un análisis entre la condición resucitada de María, y sus consecuencias únicas y esperanzadoras para la humanidad, a la espera del definitivo estadio al que es llamada la humanidad entera, que difiere de forma explícita de lo transitorio.

CAPÍTULO I

1.1 Acerca de la Asunción de María

Estaba profetizado en la Escrituras que la llegada del Mesías sería a través de una determinada mujer y que además Ella ganaría la batalla frente al instigador del mal (Gn 3, 15). El anunciado y muy deseado “Emmanuel”, que había sido vaticinado con muchos siglos de anterioridad y que nacería de una Virgen, (cf. Is 7, 1-17; Mi 5, 2-3; Jr 31, 22; Mt 1, 22-23), se verifica en María, una joven israelita, que da a luz a su hijo (Gál 4, 4-5) llamado Jesús.

Reconocida como una criatura muy acreditada, como la “Llena de gracia” (cf. Lc 1, 28), es la humilde esclava (Lc 1, 48- 50) que acepta plenamente la voluntad del Todopoderoso (Lc 1, 38). Ha sido quien movió primeramente al Hijo a hacer el primer signo salvífico (cf. Jn 2, 1-11), quien recibió las palabras del Salvador de una manera creyente y fiel (cf. Mc 3, 35; Lc 2, 39 y 51; 11, 27-28).

Asociada voluntariamente al dolor de Cristo, recibió un encargo sublime en bien de los redimidos: ser madre de los seguidores de su Hijo (cf. Jn 19, 26-27). Ha sido la primera que exultó con la esperada y sabida Resurrección del que habían traspasado (Jn 19, 37); y la que gozó de las primicias de la Tercera Persona divina (Cf. Hch 1, 14; 2, 1-4).

En cuanto a lo ocurrido con posterioridad en su vida y más concretamente con su desenlace, no hay citas bíblicas específicas, pero sí indicios inequívocos, junto a los detallados previamente. En este sentido queda patentizado que como Madre de Dios estuvo unida a su Hijo de manera estrechísima a lo largo de toda su vida, tanto privada como pública, y fue partícipe de modo único de todas sus vicisitudes y destino. Se puede inferir que ante tanto honor recibido fue preservada de la corrupción del sepulcro y anticipada su condición final, luego de su muerte, accediendo así a la Gloria junto al Hijo unigénito a quién acompañó y con el que colaboró en toda su existencia terrena⁵.

Sin embargo, hay un lugar teológico explícito en la Sagrada Escritura donde sí es posible aplicarle a María su condición final de Asunta. Este se encuentra en el escrito

⁵Cf. Aristide Serra, “Biblia (Apocalipsis)”, en *Nuevo Diccionario de Mariología* (Madrid: San Pablo, 2001), pp. 373-374.

del Apocalipsis (Cf. Ap 12, 1-18). En dicho libro el que es a la sazón el último de la Biblia se relata la visión de una mujer vestida de sol, quien adquiere un singular protagonismo, apareciendo visiblemente victoriosa, triunfante frente al “dragón”, Satanás, el terrible enemigo de Dios y la creación entera⁶.

“Y apareció en el cielo un gran signo: una Mujer revestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en su cabeza. Estaba embarazada y gritaba de dolor porque iba a dar a luz. Y apareció en el cielo otro signo: un enorme Dragón rojo como el fuego, con siete cabezas y diez cuernos, y en cada cabeza tenía una diadema (...) se lanzó en persecución de la Mujer que había dado a luz al hijo varón. Pero la Mujer recibió las dos alas de la gran águila para volar hasta su refugio en el desierto, donde debía ser alimentada durante tres años y medio, lejos de la Serpiente (...) enfurecido contra la Mujer, se fue a luchar contra el resto de su descendencia, contra los que obedecen los mandamientos de Dios y poseen el testimonio de Jesús” (Ap 12, 1-6; 13-17).

Desde la mitad del siglo XX se ha ido consolidando entre los teólogos la perenne postura que plantea una extensión mariológica al capítulo 12 del Apocalipsis. La “mujer”, sostienen, representa en primer lugar y directamente al pueblo de Dios de ambos testamentos (Israel y la Iglesia); pero indirectamente en ese pasaje también está comprendida la Virgen María. Algunas corrientes exegéticas incluyen a María en el Apocalipsis basándose en el sentido literal del texto.

Varios exégetas, por su parte, sostienen que concurre una evidente vinculación entre los escritos de Juan y el Apocalipsis. La escena de la dolorosa pasión, y la Madre junto a la cruz, puede ser analizada en paralelo (Jn 19, 23-30) con en el doloroso parto de la mujer y el arrebató del hijo varón junto a Dios y su trono (Ap 12, 2-5). De modo similar, en Jn 16, 21-23 el mismo misterio es enseñado por Jesús mediante la imagen parabólica de la parturienta. Consecuentemente, si el parto de la mujer de Ap 12 está vinculado a la pasión glorificadora de Cristo, este tiene que interpretarse a la luz de Jn 19, 23-30. Aquí María se encuentra junto a su hijo, en la hora en que Él pasa de este mundo al Padre. La comunidad también se ubica al pie de la cruz, significada por el discípulo amado y de un modo sublime y privilegiado por María, pasando Ella a ser,

⁶No pocos teólogos en la actualidad dudan en aplicar este pasaje a María, reservándolo sólo y excluyentemente a la Iglesia. Al respecto es dable recordar que María según la tradición es “*Collum corporis mystici*” (cuello del cuerpo místico), “María, como señala Bernardo, es el acueducto; o también el cuello, a través del cual el cuerpo se une con la cabeza y la cabeza envía al cuerpo la fuerza y las ideas. Pues ella es el cuello de nuestra Cabeza, a través del cual se transmiten a su cuerpo místico todos los dones espirituales.” PP Pio X, Encíclica *Ad Diem Illud Laetissimum*, (Roma: Editorial Vaticana, 2 de febrero de 1904), AAS, 36 (1903-1904), pp. 449-462.

además, madre común de todos los discípulos. De esta manera la versión simbólica del misterio pascual de Cristo que se ofrece en el Apocalipsis recibe nuevas aportaciones de la versión histórica que da el cuarto evangelio. Lo relatado por el Apocalipsis corrobora el alcance eclesiológico de María al pie de la cruz, y, viceversa, la figura de María junto al Crucificado hace posible la extensión mariológica a la mujer, que disputa contra el dragón y es llevada por los aires y puesta a salvo⁷.

Otra vertiente mariológica asimismo ve a María como la “Mujer revestida del sol”, quien es elevada y puesta a salvo. O a “la parturienta” (Ap 12) que además de ser figura del antiguo Israel, puede ser considerada concretamente como la madre física, la que da a luz en Belén al Mesías esperado. En “la mujer” afligida por los dolores de parto, puede vislumbrarse a la comunidad prepascual, frente a un Mesías sufriente, pudiendo descubrirse también a María quien engendró a Cristo, en todo orden de la fe, aceptando el destino que se le proponía, llegando Ella misma a padecer junto al Hijo crucificado. Así, afirman que por la fe se descubre que a Ella y solo a Ella, la Trinidad por pura complacencia y misericordia, le dio una misión extraordinaria y eminente (cf. Lc 1, 28; 1, 48).

Una tercera línea, en cambio, sostiene que la madre de Jesús es la mujer del Apocalipsis. Llegan a esta aseveración a través de inducciones de carácter teológico-especulativo: María es presentada como integrante de una Iglesia perseguida por el mundo y asistida por Dios. Reflexionando en la enemistad de la serpiente contra la mujer en el desierto y en la ayuda divina que esta recibe, se infiere que María fue singular partícipe del misterio de muerte y de resurrección que vivió la Iglesia Apostólica. Ella vivió inmersa y fue incuestionable protagonista en la primera comunidad de Jerusalén (Hch 1, 14), sufriendo persecución por las autoridades judías pero experimentando simultáneamente la potencia liberadora de la resurrección del Hijo (cf. Hch 4, 5-31; 5, 17-41; 6, 8 - 7, 1- 60; 8, 1-3; 9, 1-2; 12, 1-19). Aceptando que la redención está realizada, el autor del Apocalipsis recapitula Gn 3, 15 bajo la luz del Nuevo Testamento. Por ello, el linaje de la nueva Eva (María), a quien Dios aseguró el triunfo sobre la serpiente (Satanás), es el pueblo de Dios, caracterizado en la imagen de la mujer de Ap 12, este es el sentido literal directo del gran signo.

A la manera de un reflejo, en la mujer descrita en el Apocalipsis, está presente María, la misma que se manifiesta en los otros libros del Segundo Testamento, los que

⁷Cf. Aristide Serra “Biblia (Apocalipsis)”, pp. 375 - 376.

revelan que por mandato divino, Jesucristo está intrínsecamente unido a su madre. Es decir, la descendencia de la mujer, Eva, derrota a la serpiente por medio de la mujer, pueblo de Dios (Ap 12). En este orden es posible integrar, de manera especial, tanto a Jesucristo como a María, y quedan el primer y el último libro de la Escritura plenamente vinculados y en estrecha unión, según el plan de la divina providencia. Por esta vía es también plausible reconocer a María asunta al Cielo. Así la Escatología de Ap 12 ve en Ella misma el gran signo de la mujer ya redimida en la integridad de su persona al lado de su Hijo. Es la ya glorificada en lo que serán los cielos nuevos y en la tierra nueva de la Jerusalén celestial, como la "mujer-esposa del Cordero" (Ap 21, 1-22, 5). La Iglesia se alegra en contemplar la primicia y la prenda de la perfección futura que anhela recibir, cuando todas las criaturas obtengan la plenitud de la salvación obrada por Cristo, Dios-con-nosotros (cf. Ap 21, 3-4)⁸.

Ha sido este estado del desarrollo de la Mariología lo que posibilitó que el 1 de noviembre de 1950 cristalizara el dogma de la Asunción:

“No faltaron quienes, queriendo penetrar más adentro en las verdades reveladas y mostrar el acuerdo entre la razón teológica y la fe, pusieron de relieve que este privilegio de la Asunción de María Virgen concuerda admirablemente con las verdades que nos son enseñadas por la Sagrada Escritura” (MD, 24)⁹.

Como ha sido expuesto aunque no aparezca formalmente la definición en la Biblia, sí es posible deducir la Asunción, y está en plena cohesión con la totalidad del misterio Salvador¹⁰. Los padres de la Iglesia aseveran que las Sagradas Escrituras son en realidad un solo libro. Por ello un enunciado singular o un único versículo, no explica toda su abundancia y sentido hasta que no llega a conformarse a la integralidad de la revelación¹¹. Por ende similar criterio es necesario aplicar a la Mariología bíblica, la que va unida al culto mariano. Aunque sean escasos los lugares en que se mencionan a María, son valiosos y de gran calidad vistos en su integralidad. Algunas frases supuestamente inconsistentes o versículos o pasajes que a primera vista podrían

⁸Ibídem, pp. 377-378.

⁹“De esta fe común de la Iglesia se tuvieron desde la antigüedad, a lo largo del curso de los siglos, varios testimonios, indicios y vestigios; y tal fe se fue manifestando cada vez con más claridad” MD, 13.

¹⁰Cf. MD, 3; 14.

¹¹“Toda la Escritura —argumentaba san Buenaventura (+ 1274) podría compararse con una citara: la cuerda inferior, por sí sola, no produce ninguna armonía, pero con las demás sí que consigue producirla. Pues bien, lo mismo ocurre con la Escritura: un trozo depende de otro, más aún, un pasaje dice relación a otros mil” (In Hexaemeron, coll. 19,7)”. Cf. Aristide Serra, “Biblia (Apocalipsis)”, p. 378.

calificarse como secundarios, en una mejor y segunda lectura inciden profundamente en no pocas tradiciones. Estudiándolos con detenimiento están vinculados con el Antiguo Testamento, y orientados al Nuevo, adquiriendo un renovado sentido, en articulación con la propia perspectiva teológica de cada uno de los autores¹². De este modo, es creído que la Asunción está incluida de un modo implícito en las Escrituras, incluso desde el Protoevangelio (Cf. Gn 3, 15), encontrándose indicios de ello en diversos lugares tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento¹³. Esto no es en absoluto incompatible con la fe.

“Los Santos Padres y los grandes doctores, en las homilias y en los discursos dirigidos al pueblo con ocasión de esta fiesta, no recibieron de ella como de primera fuente la doctrina, sino que hablaron de ésta como de cosa conocida y admitida por los fieles; la aclararon mejor; precisaron y profundizaron su sentido y objeto, declarando especialmente lo que con frecuencia los libros litúrgicos habían sólo fugazmente indicado; es decir, que el objeto de la fiesta no era solamente la incorrupción del cuerpo muerto de la bienaventurada Virgen María, sino también su triunfo sobre la muerte y su celestial glorificación a semejanza de su Unigénito” (MD, 20).

Desde los albores del cristianismo fue transmitida la creencia de que María no había sufrido una muerte intrascendente. Al contrario, su desenlace de esta vida terrena fue del todo singular, como lo fue su encumbrado llamado a ser: la Madre de Dios. De tal manera la tradición ha posibilitado el desarrollo de la prerrogativa habiendo sido cuantioso lo que de Ella se explicó gradualmente, de su existencia, de su vida pública, de su terminación terrena y pervivencia posterior. Del mismo modo, la Sagrada Liturgia, (*lex orandi, lex credendi*), desde siglos atrás viene rezando en la segura esperanza de la condición futura que espera a los hijos de la Iglesia, a la manera de la que ya goza María¹⁴. El Rito Romano, tanto en su forma antigua (Misal promulgado por

¹²“Escribe muy bien el conocido exegeta francés A. Feuillet: " todo el que desee comprender más a fondo la historia de la salvación se encontrará necesariamente con la madre del Redentor unida con vínculos indisolubles al centro mismo de la historia salvífica" (...) En el cristianismo María no es el centro, pero es central. Por eso afirmaba Pablo VI con una frase singularmente feliz: "Si queremos ser cristianos, tenemos que ser marianos, es decir, tenemos que reconocer la relación esencial, vital, providencial, que une a María con Jesús, y que nos abre a nosotros el camino que conduce hacia él"". Ibidem, p. 379.

¹³Cf. Gn 5, 24; 2 Re 2, 11-12; Heb 11, 5-6; 2 Tes 2, 15; 1 Cor 11, 2.

¹⁴“En los libros litúrgicos que contienen la fiesta, bien sea de la Dormición, bien de la Asunción de la Virgen María, se tienen expresiones en cierto modo concordantes al decir que cuando la Virgen Madre de Dios pasó de este destierro, a su sagrado cuerpo, por disposición de la divina Providencia, le ocurrieron cosas correspondientes a su dignidad de Madre del Verbo encarnado y a los otros privilegios que se le habían concedido (...) en los libros de las otras antiguas liturgias, tanto orientales como occidentales, se expresa más difusamente y con mayor claridad...”, MD, 17-18.

San Pio V, con las modificaciones posteriores) como en la forma ordinaria (Misal promulgado por el PP. Pablo VI, con las modificaciones posteriores), contienen la ordenación pertinente para Oficiar Santa Misa “*In Assumptione B.M.V.*”.

“Al extenderse y afirmarse la fiesta litúrgica, los pastores de la Iglesia y los sagrados oradores, en número cada vez mayor, creyeron un deber precisar abiertamente y con claridad el objeto de la fiesta y su estrecha conexión con las otras verdades reveladas” (MD, 23).

Esta especialísima festividad (actualmente con el grado litúrgico de “Solemnidad”) se encuentra en consonancia con las demás afirmaciones dogmáticas marianas. La Maternidad Divina requiere la Asunción porque la carne de Cristo es carne de María (Lc 1, 31). La Virgen que desde que concibió se hizo Madre del Verbo y lo dio a luz en perfecta virginidad y plena gracia, y se mantuvo en Ella, supone y exige su propia Inmaculada Concepción. Además, la Asunción, porque un cuerpo que jamás tuvo pecado no puede corromperse, ya que la corrupción y la muerte son consecuencias del pecado (Gn 2, 16-17). Precisamente este pronunciamiento ha quedado intrínsecamente vinculado con las restantes afirmaciones respectivas: Maternidad divina¹⁵, Virginidad perpetua¹⁶, Inmaculada concepción¹⁷, los tres primeros dogmas marianos¹⁸. A partir de las Escrituras, la Tradición y el Magisterio, la teología de un modo paulatino y constante fue comprendiendo mejor los dones con que Dios enriqueció a María¹⁹ hasta llegar a la última declaración dogmática que aseguró la Asunción:

“Por tanto, después de elevar a Dios muchas y reiteradas preces e invocar la luz del Espíritu de la Verdad, para gloria de Dios omnipotente, que otorgó a la Virgen María su peculiar benevolencia; para honor de su Hijo, Rey inmortal de los siglos y vencedor del pecado y de la muerte; para acrecentar la gloria de esta misma augusta Madre y para gozo y alegría de toda la Iglesia, por la autoridad

¹⁵Cf. Concilio de Éfeso, año 431, (DH, 143-150).

¹⁶En el Sínodo de Letrán del año 649 se proclamó la triple naturaleza de la Virginidad de María: antes durante y después del parto. “Concibió en los últimos tiempos sin semen por obra del Espíritu...e incorruptiblemente le engendró, permaneciendo ella, aun después del parto, en su virginidad”. Sínodo de Letrán, año 649, (DH, 241).

¹⁷Cf. Papa Pío IX *Ineffabilis Deus*, año 1854. (DH, 732-733).

¹⁸Cf. Juan Luis Bastero de Elizalde, *María, Madre del Redentor* (Pamplona: Euns, 2009): pp. 263-264.

¹⁹“Nuestro predecesor San Sergio I, prescribiendo la letanía o procesión estacional para las cuatro fiestas marianas, enumera junto a la Natividad, la Anunciación, la Purificación y la Dormición de María (Liber Pontificalis). Después San León IV quiso añadir a la fiesta, que ya se celebraba bajo el título de la Asunción de la bienaventurada Madre de Dios, una mayor solemnidad prescribiendo su vigilia y su octava; y en tal circunstancia quiso participar personalmente en la celebración en medio de una gran multitud de fieles (Liber Pontificalis)”. MD, 19.

de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y por la nuestra, pronunciamos, declaramos y definimos ser dogma de revelación divina que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste” (MD, 44).

Por medio del texto dogmático quedan zanjadas distintas cuestiones que eran ambiguas o controvertidas. Queda afirmada tanto la incorrupción de su cuerpo, como su victoria sobre la muerte y se niega (lo que algunos marginalmente sostenían), que su cadáver hubiese sido transportado incorrupto a la gloria²⁰, o que no hubiese muerto²¹. El que ha llegado a ser el subsecuente dogma mariano, acontecido a mediados del siglo XX, fue pensado primeramente con diversas categorías teológicas tales como: “Tránsito, Sueño, Pausación, Término, Donación, Natalicio, Dormición...”, habiendo prevalecido el título de “Asunción”²². La vinculación de la Madre con el destino de su Primogénito queda explicitada desde la concepción, continuando con la cooperación en la misión evangelizadora, principalmente en su colaboración única en el sacrificio redentor. Es entonces irrazonable no aceptar una subsistencia semejante entre ellos luego de la expiración de ambos en el tiempo.

Al estar la Madre tan unida a la vida y a la labor salvadora, sin dudas comparte el destino ulterior en alma y cuerpo como su Unigénito, teniendo ello resultado eclesial. Esta densidad mariológica, en trabazón con otras ramas teológicas que quedó más evidenciada luego de la proclamación del último dogma, ha sido motivo de un interés creciente por parte del Magisterio²³.

²⁰Cf. Juan Luis Bastero de Elizalde, *María, Madre del Redentor*, pp. 266-268.

²¹“Los fieles, (...) igualmente no encontraron dificultad en admitir que María haya muerto del mismo modo que su Unigénito. Pero esto no les impidió creer y profesar abiertamente que no estuvo sujeta a la corrupción del sepulcro su sagrado cuerpo y que no fue reducida a putrefacción y cenizas el augusto tabernáculo del Verbo Divino”. MD, 14.

²²“El hecho de que la Sede Apostólica, heredera del oficio confiado al Príncipe de los Apóstoles de confirmar en la fe a los hermanos (cfr. Lc. 22, 32), y con su autoridad hiciese cada vez más solemne esta fiesta, estimula eficazmente a los fieles a apreciar cada vez más la grandeza de este misterio. Así la fiesta de la Asunción, del puesto honroso que tuvo desde el comienzo entre las otras celebraciones marianas, llegó en seguida a los más solemnes de todo el ciclo litúrgico”. MD, 19.

²³Cf. Aristide Serra, “Asunción”, en *Nuevo Diccionario de Mariología*, (Madrid: San Pablo, 2001), pp. 258-260.

1. 2 El Magisterio posterior sobre la condición definitiva de María

A continuación se analizarán textos mariológicos que ponen de manifiesto la condición escatológica especialísima de la que ya goza María. Ella ha sido la primera hija de la Iglesia que obtuvo la anhelada promesa de salvación y es motivo de esperanza para los cristianos. El desarrollo será de forma cronológica: se partirá del Concilio Vaticano II, luego se analizará el Magisterio pontificio de Pablo VI, Juan Pablo II y el Catecismo de la Iglesia.

1. 2. 1 Concilio Vaticano II

El último Concilio Ecuménico produce un hito significativo al recuperar más la teología patristica y tomar posición, al desplegar la Mariología dentro de la Eclesiología. Consideró que era inconveniente hacer solo un simple análisis y exposición de los privilegios en atención al Hijo, decidiéndose que quede incluida en el gran misterio de Jesucristo y de la Iglesia²⁴. Así el escrito que primeramente había sido ofrecido para dialogar y eventualmente ratificarlo, fue desechado²⁵. De esta manera no se redactó un documento autónomo sobre María y sus prerrogativas a la luz de Jesucristo, sino que se incorporó lo concerniente a la teología mariana en el capítulo VIII, de la Constitución Dogmática “Lumen Gentium”, sobre la Iglesia:

“Así avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida (cf. Jn 19, 25), sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado; y, finalmente, fue dada por el mismo Cristo Jesús agonizante en la cruz como

²⁴“En esta decisión se aprovecharon las investigaciones de Hugo Rahner, Alois Müller, René Laurentin y Karl Delahaye, gracias a los cuales la mariología y la eclesiología se renovaron y profundizaron al mismo tiempo (...) En el curso del desarrollo sucesivo se revela muy lentamente que la Iglesia es anticipada en María, es personificada en María”. Joseph Ratzinger, “Conferencia, sobre la eclesiología de la Lumen Gentium pronunciada en el Congreso Internacional sobre la aplicación del Concilio Vaticano II, organizado por el Comité para el gran Jubileo del año 2000”, en *Boletín Oficial de la Diócesis de Córdoba*, (Guadajoz: Obispado de Córdoba, Vol. CXLII, enero-junio 2000), p. 169.

²⁵Cabe aclarar que las posiciones teológicas en cuestión la Cristotípica y la Eclesiotípica (la que asumió el CVII) no eran ni son incompatibles, por el contrario se concilian entre sí.

madre al discípulo con estas palabras: «Mujer, he ahí a tu hijo» (cf. Jn. 19, 26-27)” (LG, 59).

Los padecimientos y dolores que escuchó para sí profetizados (Lc 2, 35) llegaron al culmen en orden al bien de la humanidad cuando unió sus sufrimientos junto al Hijo, al pie de la cruz (Jn 19, 25). Allí recibió de Él la maternidad para con toda la humanidad (Jn 19, 26-27), aguardando e intercediendo para sus hijos (y estos también esperando) lo que Ella ya goza en cuerpo y alma en el cielo por toda la eternidad²⁶. La función como colaboradora de modo eminente en la obra redentora del único Salvador, es distintiva, frente a cualquier otra criatura, incluso trasciende a la misma institución eclesial. Es prototipo de la Iglesia (por la que también proceden de esta, mercedes dispensadas a los hombres), aunque no le pertenece el título de “Sumo Sacerdote”, exclusivo de Cristo²⁷.

“Esta maternidad de María en la economía de gracia perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues, asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada” (LG, 62).

La comprensión fidedigna del lugar teológico que ocupa es la puerta de ingreso a la correcta concepción del misterio de Jesucristo como “Cabeza” de su “Cuerpo” que es la Iglesia (Ef 1, 22 - 23; Col 1, 18)²⁸. Esta unión no se puede entender sin María: la relación es estrecha entre los tres. En la historia de la redención, la maternidad repercute agudamente en la Iglesia (en todos los bautizados)²⁹, al ser Madre del Hijo, es Madre de su Cuerpo, sin olvidar que simultáneamente es también “hija de la Iglesia”³⁰ y primera redimida³¹. Asimismo, le son reconocidas características y oficios únicos en el cuerpo eclesial, y es distinguida con títulos de: “Abogada”, “Auxiliadora”, “Socorro”,

²⁶Cf. Cándido Pozo, *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia* (Madrid: BAC 5ta ed, 2018), pp. 24 - 25; 31.

²⁷Cf. LG, 60.

²⁸Cf. Juan Luis Bastero de Elizalde, *María, Madre del Redentor*, p. 279.

²⁹Cf. Cándido Pozo, *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, pp. 85-86.

³⁰“Hija” en cuanto sometida a Cristo quien es la “Cabeza”, siendo la criatura más eminencia dentro del “Cuerpo místico”, al cual dio a luz, como Madre. Cf. Philippe Ferlay, *María, Madre de los hombres*, (Santander: Sal Terrae, 1987), p. 192.

³¹Cf. Juan Luis Bastero de Elizalde, *María, Madre del Redentor*, pp. 273-274.

“Mediadora”³² (este último también aprobado luego de sortear problemáticas objeciones)³³. Finalmente, la LG la ha designado con terminología de intenso contenido escatológico: “Signo de esperanza cierta”, perspectiva que había quedado algo eclipsada y en este último tiempo histórico ha sido rescatada³⁴:

“Mientras tanto, la Madre de Jesús, de la misma manera que, glorificada ya en los cielos en cuerpo y en alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor (cf. 2 P 3,10)” (LG, 68.).

A partir de la que ha sido asunta, reflexionándola ya en el Cielo, se aprecia mejor la misión redentora del Verbo Encarnado quien da sentido a la “Glorificación” de la criatura redimida. Lo afirmado por el Concilio Vaticano II hizo posible discurrir en mayor medida la implicancia del estado corporal animado en la vida ultraterrena, tanto en María como en los demás miembros de la Iglesia³⁵. Es decir, la reflexión sobre el evento subsecuente en María (inaugurado tras la resurrección de Jesucristo) y del efecto que ello tiene en los peregrinos, se ve incrementado en el magisterio posconciliar, lo mismo que la derivación ocasionada en los salvados, que todavía aguardan la consumación final en su corporeidad. Los que esperan en el tiempo presente llegar a tener un cuerpo glorioso en la vida futura (a semejanza del de María y al del Primogénito) tienen razones para alegrarse, consolarse e implicarse porque poseen la certeza de la fe, de que ya existen dos personas que gozan de esa condición inmortal³⁶. De esta manera el Concilio Vaticano II volvió a situar a la Mariología en un lugar medular de la teología, y puso de relieve también la incidencia de Ella en la vida futura del viador terreno:

³²LG, 62.

³³Cf. Salvatore Meo, “Mediadora”, *Nuevo Diccionario de Mariología* (Madrid: San Pablo, 2001), pp. 1304-1305.

³⁴“El espíritu tiende a un estado de vida que trasciende el de nuestra presente peregrinación, ese más allá, ese Paraíso en cuyos umbrales la Virgen Asunta al cielo, cuya festividad hermosísima celebramos hoy, se nos aparece y nos espera como en lo alto de la escala”. PP. Pablo VI, *Ángelus en Solemnidad de la Asunción* (Roma: Editorial Vaticana, 1963).

³⁵Cf. Juan Luis Bastero de Elizalde, *María, Madre del Redentor*, pp. 28-29.

³⁶La creencia en la resurrección no es extraña en la cosmovisión del Antiguo Testamento: “Ya en la escatología del período intertestamentario se admitía la posibilidad de resurrecciones individuales anticipadas en relación a los patriarcas, en quienes el pueblo de Israel veía representadas sus esperanzas, y a quienes consideraba como los primeros frutos de la resurrección escatológica. También es posible encontrar en estos escritos la idea de una resurrección anticipada de algunos profetas, e incluso de los mártires en general”. José Cristo Rey García Paredes, *Mariología*, (Madrid: BAC, 2005), p. 373.

“Ella, que ayudó con sus oraciones a la Iglesia naciente, también ahora, ensalzada en el cielo por encima de todos los ángeles y bienaventurados, interceda en la comunión de todos los santos ante su Hijo hasta que todas las familias de los pueblos, tanto los que se honran con el título de cristianos como los que todavía desconocen a su Salvador, lleguen a reunirse felizmente, en paz y concordia, en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e indivisible Trinidad” (LG, 69).

Fue explícito el deseo de los padres conciliares ubicar a la Mariología en el contexto de la Eclesiología. Es decir, María es presentada no en sí misma, sino en el misterio de la Iglesia. En forma simultánea, la Iglesia no es concebida de forma impersonal, sino como “Cuerpo de Cristo”, su cabeza, quien es luz del mundo, y quien reunirá a un único Pueblo de Dios en la eternidad. Ambas figuras, María y la Iglesia, se entrelazan recíprocamente de forma esencial. En años anteriores al CVII estuvo algo olvidado que María es “tipo de la Iglesia”, siendo que esta afirmación había estado presente y desarrollada por los padres, quienes consideraban análogas ambas figuras³⁷.

La renovación producida ha permitido vislumbrar con más elementos la estrecha correlación de María ya glorificada con aquellos que también son miembros de la Iglesia, pero que todavía no han sido glorificados en cuerpo y alma. La esperanza de los que aguardan la promesa final de resurrección, de los cristianos, los miembros del Pueblo de Dios, es reforzada por la seguridad de que también en la madre de Jesús, se ha cumplido plenamente la Palabra de resurrección (Jn 6, 39-40). Es decir, lo que en Ella está verificado, es anticipación de lo que sucederá, y es causa de esperanza para los que siguen militando y no han obtenido aún efectivamente la promesa de vida eterna³⁸.

³⁷San Ambrosio de Milán, en su tratado sobre San Lucas, explica que la Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo. “Sí, ella [María] es novia, pero virgen, porque es tipo de la Iglesia, que es inmaculada, pero es esposa: permaneciendo virgen nos concibió por el Espíritu, permaneciendo virgen nos dio a luz sin dolor”. San Ambrosio, *Expos. Lc II 7*, PL, 15, 1555. Cf. San Ambrosio, *Obras, Tratado sobre el Evangelio de San Lucas*, (Madrid: BAC, 1966).

³⁸Cf. José Cristo Rey García Paredes, *Mariología*, p. 375.

1. 2. 2 PP. Pablo VI

A continuación, analizaremos lo más representativo que enseñó el papa Pablo VI, y que quedó plasmado en la Exhortación apostólica *Marialis Cultus*.

Promulgó cuatro documentos pontificios sucesivos, en los que específicamente estuvo presente María³⁹. En cada texto se explica de modo diverso aspectos distintos sobre Ella. Así son expuestos tanto los motivos actuales por los cuales se debe suplicar su intercesión, hasta los fundamentos de la particular veneración que recibe, pasando por la enumeración de las variadas maneras de honrarla, tanto en lo público, en lo litúrgico, como en lo privado, devocional y popular, llegando a presentarla como causa de esperanza para el ser humano. Este punto es el que se analizará y solo desde la *Marialis Cultus*:

“La gloriosa Asunción de María al cielo: fiesta de su destino de plenitud y de bienaventuranza, de la glorificación de su alma inmaculada y de su cuerpo virginal, de su perfecta configuración con Cristo resucitado; propone a la Iglesia y a la humanidad la imagen y la consoladora prenda del cumplimiento de la esperanza final; pues dicha glorificación plena es el destino de aquellos que Cristo ha hechos hermanos teniendo "en común con ellos la carne y la sangre" (Hb 2, 14; cf. Gál. 4, 4). La solemnidad de la Asunción se prolonga jubilosamente en la celebración de la fiesta de la Realeza de María, que tiene lugar ocho días después y en la que se contempla a Aquella que, sentada junto al Rey de los siglos, resplandece como Reina e intercede como Madre” (MC, 6).

La *Marialis Cultus* tuvo relevancia al renovar el culto mariano presente en la vida cristiana y posicionar a la Madre de Jesús en su justo lugar en la Iglesia. Así es presentada dentro de la fe como: virgen, mujer orante, oyente de la Palabra, Madre y oferente unida a Cristo y la obra de la redención⁴⁰. Es retratada como modelo de perfección y espejo limpio de todas las virtudes, siendo maestra de vida espiritual, suscitando imitación constante en sus hijos, (discípulos como Ella de su Hijo) en la

³⁹PP. Pablo VI, Carta Encíclica *Mense Maio*, 29 de abril de 1965, AAS, 57 (1965), pp. 353-758. Carta Encíclica *Christi Matri*, 15 de septiembre de 1966, AAS, 58 (1966), pp. 745-749; Exhortación Apostólica *Signum magnum*, 13 de mayo de 1967, AAS, 59 (1967), pp. 465-475; Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, 2 de febrero de 1974, AAS, 66 (1974), pp. 113-168.

⁴⁰Cf. MC, 16-20.

peregrinación hacia Dios⁴¹. Es en este contexto donde es rescatada la devoción mariana que debe ser trinitaria, cristológica y eclesiológica y desde allí es comprendida, celebrada y vivida la dimensión escatológica de la Asunción⁴².

La “Hija de Sión”, verdadera mujer de nuestra raza, totalmente humana, quien se halla resucitada en el Cielo, es modelo anticipado de la recapitulación cósmica, de sus hijos quienes esperan su mismo bienaventurado destino. El Cristo glorioso no se encuentra solo, sino acompañado también de una mujer, quienes desean que los discípulos del Hijo, compartan también junto a ellos la felicidad de la que ya gozan⁴³. Toda persona de cualquier tiempo y lugar, luego de la caída original (Gn 3, 6) está necesitada de salvación y se encuentra de forma inexorable unida a la Madre de Dios, quien posee un valor y función distintiva, permanente y universal⁴⁴. Discurrir en María, en lo que en Ella fue causado, en lo que le aconteció, y aguardar lo mismo para quienes buscan la salvación eterna, de acuerdo a la Verdad manifestada, es motivo de esperanza para quienes consideran esta materia:

“Al hombre contemporáneo, frecuentemente atormentado entre la angustia y la esperanza, postrado por la sensación de su limitación y asaltado por aspiraciones sin confín, turbado en el ánimo y dividido en el corazón, la mente suspendida por el enigma de la muerte, oprimido por la soledad mientras tiende hacia la comunión, presa de sentimientos de náusea y hastío, la Virgen, contemplada en su vicisitud evangélica y en la realidad ya conseguida en la Ciudad de Dios, ofrece una visión serena y una palabra tranquilizadora: la victoria de la esperanza sobre la angustia, de la comunión sobre la soledad, de la paz sobre la turbación, de la alegría y de la belleza sobre el tedio y la náusea, de las perspectivas eternas sobre las temporales, de la vida sobre la muerte” (MC, 57).

⁴¹“No sólo interesaba sentir, celebrar, reflexionar sobre el origen de María, de la mujer que Dios predestinó para ser madre de su Hijo en la tierra. Paralelamente surgió la necesidad de celebrar y reflexionar sobre su destino final, descubrir en qué acabó toda su historia y cómo cumplió Dios en ella sus promesas. Y al mismo tiempo se percibía la necesidad de explicar qué tipo de presencia mantenía ella en la comunidad de fe, qué función le cabía ahora, cuando ya estaba totalmente sumida en el misterio del Dios de la resurrección”. José Cristo Rey García Paredes, *Mariología*, p. 264.

⁴²Cf. Juan Luis Bastero de Elizalde, *María, Madre del Redentor*, pp. 308-309.

⁴³“El principio fundamental (de la Asunción) está constituido por aquel único e idéntico decreto de predestinación en el que, desde la eternidad, María está unida misteriosamente, por su misión y sus privilegios, a Jesucristo en su misión de salvador y de redentor, en su gloria, en su victoria sobre el pecado y en su muerte”. Salvatore Meo, “Asunción”, p. 267.

⁴⁴“La figura de la Virgen no defrauda esperanza alguna profunda de los hombres de nuestro tiempo y les ofrece el modelo perfecto del discípulo del Señor: artífice de la ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia la celeste y eterna; promotor de la justicia que libera al oprimido y de la caridad que socorre al necesitado, pero sobre todo testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones”. MC, 37.

En este pasaje son mencionados varios de los sentimientos que acosan a los hombres y mujeres contemporáneos; inclusive se pueden descubrir ciertos contenidos filosóficos que calaron hondo en la sociedad por aquellos años y que aún perduran. La “náusea y hastío” que cierta filosofía contemporánea desarrolló de manera fatalista⁴⁵ es respondida de modo esperanzador desde la figura triunfadora de una mujer: ya realizada, plena, eternamente feliz y a la que se le rinde culto. En Ella ha sido ejecutado primeramente el designio salvador de Cristo con toda la consecuencia liberadora que ello desencadena para los que añoran en sí mismos y en la humanidad el cumplimiento definitivo de la promesa. Esta mujer pasa a ser portadora (para los que creen que ya ha obtenido una victoria palpable, duradera y dichosa) de magna esperanza frente a la angustia, la tristeza, el tedio, la inexorable caducidad de la vida presente⁴⁶.

1. 2. 3 PP. Juan Pablo II

El papa Juan Pablo II ensanchó la comprensión mariológica y el lugar exclusivo de María en la historia de la Salvación⁴⁷. La centra en torno a Cristo, desde una visión trinitaria y relacionada al misterio de la Iglesia, con sentido pneumatológico y escatológico del arcano⁴⁸. Explica todas sus referencias con el Hijo: mujer predestinada, hija Virgen del Padre, Madre del Verbo y esposa del Espíritu Santo. La primera redimida, maestra y discípula en la Iglesia, estando glorificada, reinando en el Cielo e interviniendo por los hijos todavía peregrinos⁴⁹. Es resaltada su función de asociada al

⁴⁵Cf. Jean Paul Sartre, *La náusea* (Madrid: Alianza, 2011).

⁴⁶Cf. Juan Luis Bastero de Elizalde, *María, Madre del Redentor*, p. 313.

⁴⁷Entre otros escritos: Carta al Episcopado de la Iglesia católica con ocasión del 1600 aniversario del Concilio I de Constantinopla y del 1550 aniversario del Concilio de Éfeso, AAS 73 (1981), pp. 513-527. Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, AAS 79 (1987), pp. 361-433. Catequesis durante la audiencia general: “La dormición de la Madre de Dios”, miércoles 25 de junio, en *LOR* en lengua española, nro. 26, (Roma: 27 de junio de 1997), p. 3. Catequesis durante la audiencia general “La Virgen María cooperadora en la obra de la Redención”, miércoles 9 de abril, en *LOR*, lengua española nro. 15 (Roma: 11 de abril de 1997), p. 3. Catequesis durante la audiencia general “María, Madre de la unidad y de la esperanza”, miércoles 12 de noviembre en *LOR* en lengua española, nro. 46, (Roma: 14 de noviembre de 1997), p. 3; etc.

⁴⁸Cf. Stefano De Fiores, *María en la teología contemporánea*, (Salamanca: Sígueme, 1991), pp. 126 y ss.

⁴⁹“Ella coopera a la salvación de los hombres ejerciendo precisamente la maternidad en toda su plenitud.” Juan Luis Bastero de Elizalde, *María, Madre del Redentor*, p. 277.

misterio redentor, tanto en la tierra como actualmente en cielo, luego de su Asunción⁵⁰. Su principal documento magisterial es la Encíclica *Redemptoris Mater*⁵¹.

“El CVII, presentando a María en el misterio de Cristo, encuentra también, de este modo, el camino para profundizar en el conocimiento del misterio de la Iglesia (...) como Madre de Cristo, *está unida de modo particular a la Iglesia* (...) La Encarnación encuentra casi su prolongación *en el misterio de la Iglesia-cuerpo de Cristo* (...) María «precedió», convirtiéndose en «tipo de la Iglesia» en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo. Este «preceder» suyo *como tipo, o modelo*, se refiere al mismo misterio íntimo de la Iglesia, la cual realiza su misión salvífica uniendo en sí —como María— las cualidades de *madre y virgen*. Es virgen que «guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo» y que «se hace también madre pues engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios»” (RM, 5).

En este pasaje es ratificado el diseño cristológico y eclesiológico de la Mariología abriéndose al horizonte de eternidad, escatológico. Justamente se destaca que en María, Dios ha ocasionado una gran densidad de verdades teológicas, concurriendo a ser causa de respuestas trascendentales de diverso tipo⁵². Su contribución femenina no ha sido únicamente dar lugar al nacimiento del Verbo⁵³, (de por sí la más eminente), sino que también intervino en dar la vida al “cuerpo místico” (Col 1, 18) y colaborando en la redención universal. Ella pasa a ser una eficaz intercesora ante su Hijo a través de todas las generaciones, hasta la parusía⁵⁴. Inclusive la “Madre del Señor” puede ser en los tiempos que corren motivo de entendimiento ecuménico entre los cristianos que se encuentren transitoriamente separados⁵⁵. Para el creyente la acción salvífica del indiviso Redentor no es excluyente de la mediación, que obra su Madre, por quien vino al mundo y en el cual actúa. Dicha acción singular de mediación (por Él querida) está intrínsecamente unida a la maternidad, que se asienta en su carácter extraordinario como Madre de Dios, especificándola de las demás criaturas⁵⁶.

⁵⁰Cf. Ibídem, pp. 277-280.

⁵¹Ver nota 47.

⁵²Cf. RM, 2; 4.

⁵³Cf. RM, 1.

⁵⁴“La Madre de Dios es ya el cumplimiento escatológico de la Iglesia: «La Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga (cf. Ef. 5, 27)» y al mismo tiempo que «los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos»”. RM, 6. Cf. PP. Juan Pablo II, “La Virgen María cooperadora”, p. 3.

⁵⁵RM, 30.

⁵⁶Cf. Juan Luis Bastero de Elizalde, *María, Madre del Redentor*, pp. 280-281.

“La peregrinación de la fe ya no pertenece a la Madre del Hijo de Dios; glorificada junto al Hijo en los cielos, María ha superado ya el umbral entre la fe y la visión «cara a cara» (1 Cor. 13, 12). Al mismo tiempo, sin embargo, en este cumplimiento escatológico no deja de ser la «Estrella del mar» (*Maris Stella*) para todos los que aún siguen el camino de la fe. Si alzan los ojos hacia ella en los diversos lugares de la existencia terrena lo hacen porque ella «dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (cf. Rm. 8, 29)», y también porque a la «generación y educación» de estos hermanos y hermanas «coopera con amor materno» (RM, 6).

Ella ha concluido su vida terrena y goza ya de la eterna bienaventuranza. Sin embargo, de acuerdo al divino plan salvífico, se ha dispuesto que colabore en la obra redentora de los que continúan transitando en este mundo caduco. Es decir, su medición no ha concluido al haber sido asunta al cielo, sino que continúa su labor en favor de sus hijos, de los hijos de la Iglesia. Su maternidad eclesial y el ejercicio activo de su intercesión, que no han cesado con su muerte biológica, revelan un reforzamiento del sentido de la esperanza cristiana en los fieles⁵⁷. Consecuentemente al comprobarse en Ella plasmadas la integridad de las promesas, por Dios anunciadas, suscita en los viandantes un mayor anhelo de llegar a la meta final y participar del gozo sempiterno. Con totalidad de vida sigue colaborando en el designio del Redentor (1 Tim 2, 3-4), aguardando el entero cumplimiento regenerativo en el resto de la creación. Suscita fe esperanzadora, no de cualquier manera, sino siempre de acuerdo a la voluntad salvífica delimitada por el fruto de su vientre, que es la añorada y definitiva meta, al que la madre nos acerca, siendo poderoso incentivo para llegar a Él. La plenitud de Jesucristo no es negada, ni ensombrecida, ni reducida, al contrario por María es cumplida, es evidenciada toda expectación en la única Salvación⁵⁸.

“María, por su mediación subordinada a la del Redentor, contribuye *de manera especial a la unión de la Iglesia* peregrina en la tierra con la *realidad* escatológica y celestial de la comunión de los santos, habiendo sido ya «asunta a los cielos» (...) Con el misterio de la Asunción a los cielos, se han realizado definitivamente en María todos los efectos de la única mediación *de Cristo Redentor del mundo y Señor resucitado* (...) En el misterio de la Asunción se expresa la fe de la Iglesia, según la cual María «está también íntimamente unida» a Cristo porque, aunque como madre-virgen estaba singularmente unida a él *en su primera venida*, por su cooperación constante con

⁵⁷Cf. RM, 47.

⁵⁸Cf. RM, 21-22; 38.

él lo estará también a la espera de la segunda; «redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo», ella tiene también aquella función, propia de la madre, de mediadora de clemencia *en la venida definitiva*, cuando todos los de Cristo revivirán, y «el último enemigo en ser destruido será la Muerte» (1 Co 15, 26). A esta exaltación de la «Hija excelsa de Sión», mediante la ascensión a los cielos, está unido el misterio de su gloria eterna. (...) Asunta a los cielos, ella no termina aquel servicio suyo salvífico, en el que se manifiesta la mediación materna, «hasta la consumación perpetua de todos los elegidos». (...) Así en su ascensión a los cielos, María está como envuelta por toda la realidad de la comunión de los santos, y su misma unión con el Hijo en la gloria está dirigida toda ella hacia la plenitud definitiva del Reino, *cuando «Dios sea todo en todas las cosas»*» (RM, 41).

No sólo por ser Madre de Cristo, sino además por la singularidad que tuvo en la obra de nuestra redención, prolonga su oficio de mediación hasta el fin de los tiempos, siempre unida al único Salvador⁵⁹. La gloria eterna escatológica, que ya goza la “Hija excelsa de Sión”, es también el destino último de los que a su semejanza “Escuchan la Palabra de Dios y la practican” (Lc 11, 28)⁶⁰. La que precede, la que es efigie perfecta e iniciación de la Iglesia triunfante, incita a la eternidad, y a clamar: “Ven Señor Jesús” (Ap 22, 20)⁶¹. A la par que es Madre de la Iglesia, es la que da forma a la “Esposa de su Hijo”, infundiéndole sus propias características. Es una mujer ya perfeccionada en la eternidad, que origina por ello anhelos de vida trascendente. En ella es factible apreciar la más alta realización criatural tanto en lo intelectual como en lo volitivo, que goza de plena libertad y de la definitiva visión de la Trinidad.

1. 2. 4 Catecismo de la Iglesia

Dentro del pontificado de Juan Pablo II, diez años después de la RM, y tras un prolongado período de elaboración es promulgado el Catecismo de la Iglesia⁶². La figura de María principalmente es ubicada en la primera parte, junto al misterio de

⁵⁹Cf. Michel Schmaus, *María*, en *Sacramentum Mundi* IV, (Barcelona: Herder, 1977), pp. 432-439.

⁶⁰Cf. RM, 20.

⁶¹“Contemplando el misterio de la Asunción de la Virgen, es posible comprender el plan de la Providencia Divina con respecto a la humanidad: después de Cristo, Verbo encarnado, María es la primera criatura humana que realiza el ideal escatológico, anticipando la plenitud de la felicidad, prometida a los elegidos mediante la resurrección de los cuerpos”. PP. Juan Pablo II, *Catechesis La Asunción de María en la tradición de la Iglesia*, miércoles 9 de julio de 1997, [en línea]. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1997/documents/hf_jp-ii_aud_09071997.html [acceso: 8 de julio de 2023].

⁶²Catecismo de la Iglesia Católica, (Buenos Aires: Conferencia Episcopal Argentina, junio de 2000).

Cristo y de la Iglesia, situada en la historia de la salvación. Además, está presente en la cuarta parte donde es tratado el culto eclesial y en la oración personal y comunitaria.

También está considerada en la tercera parte, en la que se la destaca como fuente de la Iglesia, cuando es explicada (dentro de la vida del Espíritu) la Ley y la Gracia. En este contexto se recoge el especial lugar bíblico y teológico que le cabe en la esperada consumación de la salvación humana:

“A lo largo de toda la Antigua Alianza, la misión de María fue preparada por la misión de algunas santas mujeres. Al principio de todo está Eva: a pesar de su desobediencia, recibe la promesa de una descendencia que será vencedora del Maligno (cf. *Gn.* 3, 15) y la de ser la madre de todos los vivientes (cf. *Gn.* 3, 20). En virtud de esta promesa, Sara concibe un hijo a pesar de su edad avanzada (cf. *Gn.* 18, 10-14; 21,1-2). Contra toda expectativa humana, Dios escoge lo que era tenido por impotente y débil (cf. *1 Cor.* 1, 27) para mostrar la fidelidad a su promesa: Ana, la madre de Samuel (cf. *1 S* 1), Débora, Rut, Judit, y Ester, y muchas otras mujeres. María "sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, que esperan de él con confianza la salvación y la acogen. Finalmente, con ella, excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación" (LG, 55)” (CIC, 489).

El Creador que en el principio hizo al ser humano “varón y mujer” (*Gn.* 1, 27) no desechó su obra, luego de que los primeros padres perdieran la excelencia originaria en la que fueron establecidos. Al contrario, determinó que la justificación de los desobedientes estuviera a cargo de un hombre concreto (quien es Dios) y que en ello colabore su madre: una fémina. Esta nueva dupla de varón y mujer ha generado la salvación y más: ha logrado el enaltecimiento de la humanidad, en mayor medida que la antigua dignidad que se había perdido por culpa de Adán y Eva⁶³. Al ser imposible para los caídos en desgracia torcer el curso de los acontecimientos, decididamente entra en la historia de la salvación Aquel para quien nada hay imposible (*Lc* 1, 37), asociando

⁶³“Pero, ¿por qué Dios no impidió que el primer hombre pecara? San León Magno responde: "La gracia inefable de Cristo nos ha dado bienes mejores que los que nos quitó la envidia del demonio" (*Sermones*, 73,4: PL 54, 396). Y santo Tomás de Aquino: «Nada se opone a que la naturaleza humana haya sido destinada a un fin más alto después de pecado. Dios, en efecto, permite que los males se hagan para sacar de ellos un mayor bien. De ahí las palabras de san Pablo: "Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (*Rm.* 5, 20). Y en la bendición del Cirio Pascual: "¡Oh feliz culpa que mereció tal y tan grande Redentor!"» (*S. Th.*, 3, q.1, a.3, ad 3: en el Pregón Pascual «Exultet» se recogen textos de santo Tomás de esta cita)”. CIC, 412.

consigo a María. El nuevo Adán, nacido de la nueva Eva, pisará y destruirá a la serpiente maldita, otrora causa de derrumbe y de desesperanza⁶⁴.

Al considerar la historia de la Salvación iniciada por Cristo, cobra sentido el adagio “No sin María” porque si faltara su Madre, la nueva creación no sería tal, o al menos al modo diseñado por el Hacedor desde el principio (Cf. Gn 1, 27). Es ingresada de una manera única y superior en esta nube de elegidos, testigos del actuar trinitario (Heb 12, 1). De este modo la vocación de algunas mujeres prepara a comprender mejor el llamado superior de María dentro del supremo designio. Es posible descubrir tipos proféticos de Ella con grandes mujeres elegidas, cuyos relatos se encuentra en el primer testamento, como por ejemplo: Sara, Ana, Débora, Judit, Ester, entre otras⁶⁵. Su figura va despuntado progresivamente en el horizonte bíblico, y es reconocida como la virgen madre del “Dios con nosotros” (Is 7, 14; Miq 5, 2-3; Mt 1, 22-23), el paradigma de los humildes y a la vez, la “excelsa Hija de Sión” (Lc 1, 41-55).

“Dando su consentimiento a la palabra de Dios, María llegó a ser Madre de Jesús y, aceptando de todo corazón la voluntad divina de salvación, sin que ningún pecado se lo impidiera, se entregó a sí misma por entero a la persona y a la obra de su Hijo, para servir, en su dependencia y con él, por la gracia de Dios, al Misterio de la Redención” (CIC, 494).

La maternidad carnal de María estuvo antecedita y fue posible por su *fiat*, o sea por la conformidad que le manifestó al arcángel Gabriel, cuando le fue enviado para anunciarle una propuesta de parte de Dios. De esta manera la Asunción pasa a ser una clara manifestación, el efecto íntegro de la adhesión con el Hijo en el orden de la fe, de lo obrado por la Trinidad, en la que aceptó ser la madre del Unigénito. En consecuencia, Ella participa de la resurrección del Hijo ya que se mantuvo unida con Él desde un principio, escuchando su palabra y llevándola a la práctica⁶⁶.

“La Asunción de la Santísima Virgen constituye una participación singular en la Resurrección de su Hijo y una anticipación de la resurrección de los demás cristianos” (CIC, 966).

⁶⁴Cf. Cándido Pozo, *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, pp. 43-53.

⁶⁵CIC, 64.

⁶⁶Cf. Aristide Serra, “Asunción”, pp. 262-263.

Al afirmar la Asunción, se cree en la consumación del misterio pascual en la persona de una hija de nuestra raza. Es decir, se tiene la certeza que es hasta el momento la única criatura que ya goza de la plenitud de la salvación, en Ella la esperanza ya ha acontecido. Es la primera en participar de la resurrección e incorporada actualmente de modo permanente e irreversible en la Jerusalén celestial. Ambos, Madre e Hijo, son primicias de la restauración general, de la multitud de hombres y mujeres que añoran la redención definitiva, de los que esperan compartir con ellos la felicidad eterna (Cf. Sal 44 (45), 10). Al comprender la obra de Dios ya culminada en la criatura María, suscita en el que todavía transita lo contingente, el ansia de un mejor porvenir.

La “esperanza” es entonces para los viandantes: los discípulos de Jesús, los que todavía recorren este mundo que pasa (Cf. 1 Cor 7, 31) y es hacia ellos primeramente la mediación de la Madre. Los miembros de la Iglesia que transitan en el siglo todavía no han llegado a la meta celestial sin embargo tienen en el verdadero Hombre y en la verdadera Madre el signo esperanzador de la vocación a la que son llamados como creyentes esperanzados⁶⁷.

“Después de haber hablado de la Iglesia, de su origen, de su misión y de su destino, no se puede concluir mejor que volviendo la mirada a María para contemplar en ella lo que es la Iglesia en su misterio, en su "peregrinación de la fe", y lo que será al final de su marcha, donde le espera, "para la gloria de la Santísima e indivisible Trinidad", "en comunión con todos los santos" (LG 69), aquella a quien la Iglesia venera como la Madre de su Señor y como su propia Madre” (CIC, 972).

Aprendiendo sobre lo acontecido en María, lo en Ella obrado por la Trinidad, su misión y su destino glorioso, se advierte mejor la específica unión con el misterio de la Esposa del Hijo, o sea la Iglesia. Esta, al reflexionar sobre Aquella reconoce más su propia procedencia, su agraciada naturaleza, su itinerario de fe, su misión excepcional, su gloriosa esperanza futura. María pasa a ser ícono perfecto de la Iglesia, la que al pie de la Cruz personifica a la humanidad necesitada y salvada, quien ha recibido la

⁶⁷“En ella (la Asunción) comprendemos que Jesucristo no ha querido estar solo a la derecha del Padre, y que con Ella se clausura propiamente la nueva Pascua. Jesucristo, grano de trigo muerto, no se va solo para encontrarse a solas con el Padre, abandonando a su suerte nuestra tierra. Recibiendo a María, inicia para nosotros, los que estamos en la tierra, nuestra propia recepción para que Dios y nuestro mundo se vayan compenetrando, y aparezca una tierra nueva”. Joseph Ratzinger, *De la mano de Cristo* (Pamplona: Editorial Eunsu, 2005), pp. 85-86.

posibilidad de intervenir en el proceso redentor⁶⁸. La Asunción (en cuerpo y alma) es la efigie escatológica y preludio de “la Esposa” que con consuelo esperanzador añora también Ella obtener la plena promesa. La que ya ha sido asunta al cielo es imagen de la iglesia futura; aquella, entonces, es el icono escatológico del “cuerpo de Cristo”. La glorificación conclusiva de la Madre es uno de los grandes signos que Dios da a la Iglesia.

Del mismo modo lo que le acontece tiene repercusiones en la Hija. Esto implica que cualquier aspecto de la persona de María (virtudes, distinciones, etc.) tiene consecuencia eclesial, convirtiéndose en representación, tipo, modelo de lo que la Iglesia tiene que ser, tanto en la etapa terrena como en la gloriosa⁶⁹. El lugar único que ocupa en la historia de la salvación, la especialísima cooperación de la Madre en el evento redentor total de su Hijo y Señor, acude a revelar no sólo la Cristología, junto con la Eclesiología, sino también la exacta naturaleza de la salvación del hombre y su desarrollo ulterior.

1. 3 María en la Encíclica *Spe Salvi* de Benedicto XVI

Antes de ser elegido Sumo Pontífice, Joseph Ratzinger escribió dos textos de tenor mariológico (que también presentan contenido cristológico, eclesiológico y escatológico): *María primera Iglesia*⁷⁰ y *La hija de Sión*⁷¹. Estas obras sirven de antecedentes para lo que será su producción magisterial en la materia. Precisamente Benedicto XVI explicitará más el alcance de la esperanza mariana (lo hará en distintas oportunidades⁷²), y será en su segunda Encíclica: *Spe Salvi* (Salvados en esperanza)⁷³,

⁶⁸“Después de haber hablado del papel de la Virgen María en el Misterio de Cristo y del Espíritu, conviene considerar ahora su lugar en el Misterio de la Iglesia. «Se la reconoce y se la venera como verdadera Madre de Dios y del Redentor [...] más aún, "es verdaderamente la Madre de los miembros (de Cristo) porque colaboró con su amor a que nacieran en la Iglesia los creyentes, miembros de aquella cabeza". (LG, 53; cf. San Agustín, *De sancta virginitate* 6, 6)». "María [...], Madre de Cristo, Madre de la Iglesia" (Pablo VI, *Discurso a los padres conciliares al concluir la tercera sesión del Concilio Ecuménico*, 21 de noviembre de 1964)". CIC, 963.

⁶⁹Cf. Aristide Serra, “Asunción”, pp. 263-264.

⁷⁰Joseph Ratzinger y Hans Urs von Balthasar, *María primera Iglesia*, (Madrid: Narcea, 1982. Fecha de publicación original: 1980).

⁷¹Joseph Ratzinger, *La hija de Sión*, (Buenos Aires. Estrella de la Mañana, 1993. Fecha de publicación original: 1979).

⁷²“Como Cristo resucitó de entre los muertos con su cuerpo glorioso y subió al cielo, así también la Virgen santísima, a Él asociada plenamente, fue elevada a la gloria celestial con toda su persona. También en esto la Madre siguió más de cerca a su Hijo y nos precedió a todos nosotros. Junto a Jesús, nuevo

en la que se explayará más al respecto. Por medio de este documento es expuesta la esperanza cristiana de salvación.

“Según la fe cristiana, la «redención», la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino” (SS, 1).

Desde el comienzo de la Encíclica es abordada la dimensión de la esperanza cristiana⁷⁴, que es el poderoso motor que hace posible asumir la vida presente (por más difícil que sea) y abre el horizonte a un venturoso final, si se es fiel a la enseñanza del Evangelio. Esta esperanza debe ser puesta en Jesucristo, Dios y hombre verdadero, quien nació de una Madre, la cual con su colaboración hizo realidad la redención y ya está compartiendo la gozosa meta con su Hijo. Es decir, con el consentimiento de María, el Salvador tiene rostro y corazón humano, se hace cercano y visible, comparte la misma historia con los demás hombres de este mundo, sus hermanos y los llama a no desesperar de la salvación, al contrario a esperar animosos lo que Él y su madre ya poseen. En este sentido *Spe Salvi* concluye presentando a “María, estrella de la esperanza”; allí sobresalen dos numerales: el 49 y el 50, que a pesar de su brevedad tienen un importante valor mariológico, pudiendo ser considerados como un resumen del íntegro contenido del documento. A continuación, se analizarán dichos números con significativo valor teológico.

“Con un himno del siglo VIII/IX, por tanto de hace más de mil años, la Iglesia saluda a María, la Madre de Dios, como «estrella del mar»: *Ave maris stella*. La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza” (SS, 49).

Adán, que es la "primicia" de los resucitados (cf. 1Cor. 15, 20. 23), la Virgen, nueva Eva, aparece como "figura y primicia de la Iglesia" (Prefacio), "señal de esperanza cierta" para todos los cristianos en la peregrinación terrena". PP. Benedicto XVI, Ángelus "Solemnidad de la Asunción de María", lunes 15 de agosto de 2005, en *LOR*, lengua española, (Roma: 19 de agosto de 2005), p. 3.

⁷³PP. Benedicto XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi*, Sobre la esperanza cristiana (Roma: Editorial Vaticana, 2007. Fue firmada y dada a conocer el mismo 30 de noviembre de 2007), AAS, 99 (2007), pp. 985-1027.

⁷⁴Comienza la Encíclica con la cita de la Carta de San Pablo a los Romanos, 8, 24: "*SPE SALVI factisumus*" (En esperanza fuimos salvados). Entendido en su conjunto, este pasaje inspirado, hace posible razonar mejor el corolario del cristiano. Cf. SS, 1.

El antiguo y nunca desfasado himno “Ave Maris Stella” immortaliza la advocación de la Virgen María como aquella que orienta certeramente (en medio de dificultades terrenas), la existencia de los que transitan con decisión hacia la meta celestial. El poético título, análogo a “Estrella de esperanza”, fue explicado primero por Bernardo de Claraval, quien además de afirmar que María significa “Estrella del mar”, llama a tenerla presente en las tormentas de la vida⁷⁵. Si bien hay muchas y bellas estrellas en el firmamento, una es la que sobresale (desde el planeta Tierra), por su esplendor, utilidad, seguridad y constancia para los navegantes: la “Estrella Polar”⁷⁶. Esta sirve como comparación para retratar el rol de María, quien es muy superior en su resplendor a cualquier otra criatura a lo largo de la historia, entre una pléyade de testigos (Hb 12, 1). Es también quien despierta más el anhelo, de llegar al puerto deseado de la salvación.

Así María es la guía más segura e invariable para superar los peligros que acometen a los navegantes de este mundo. Señala el Norte, pone rumbo al puerto seguro, llevando esperanza, prefigurando la inminente llegada ante Jesucristo.

“Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. “Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su «sí» abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf. Jn. 1, 14)” (SS, 49).

Cristo es la luz por excelencia y María es un reflejo fulgente, que se nos hace cercana ayudándonos a orientarnos hacia Él. Como “Estrella de esperanza”, queda referida en una neta dimensión cristológica, como irradiación del Hijo, quien es

⁷⁵“Elimina este astro del sol que ilumina el mundo y ¿dónde va el día? Elimina a María, esta estrella del mar, sí, del mar grande e inmenso ¿qué permanece sino una vasta niebla y la sombra de muerte y densas nieblas?”. Cf. San Bernardo, *In Nativitate B. Mariae Sermo de aquaeductu*, 6, Opera, (Paris: Ed. J. Leclercq et H.M. Rochais, vol. V, 1968), p. 279.

⁷⁶“La “Estrella Polar” (o Stella Maris, también llamada “Estrella del norte” o “Polaris”) es un lucero amarillo super gigante. Después del Sol es la más observada del hemisferio Norte. Gracias a su posición fija en la bóveda celeste, con todas las estrellas girando aparentemente a su alrededor (como reflejo de la rotación terrestre), ha sido la guía de navegantes durante siglos. También para los astrónomos ha servido de referencia a lo largo de la historia [En línea] <http://www.elmundo.es/ciencia/2014/02/09/52f4fab9268e3ea0408b457b.html> [acceso: 27 de octubre de 2023].

ciertamente la luz por antonomasia, el “Sol” que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Es la más bienaventurada y sobresale entre todas las demás personas santas quienes también (aunque en mucha menor medida) dan luz reflejando a Cristo, ofreciendo así más alineación para nuestra travesía⁷⁷.

Es Madre de la esperanza, porque su Hijo es “nuestra esperanza” (1Tim 1, 1); como discípula, engendra la manera de vivir la espera de modo apropiado. Con su asentimiento a la colaboración en la obra de la Trinidad, ha hecho posible la realidad de la esperanza. Al aceptar el designio Redentor del Padre, franqueó el ingreso, el camino a este mundo al mismo Dios, en persona humana. Con su maternidad divina llegó a ser el maravilloso instrumento por el cual Dios se hizo carne (Jn 1, 14). Por ello además de reconocerla como: “Estrella de la mañana” Benedicto XVI la evoca con el bíblico título de: “Arca viviente de la Alianza”, remarcando que Ella misma pasa a ser un signo esperanzador de una nueva presencia de Dios en el mundo. Dicha advocación puede ser rastreada tanto en el antiguo como en el nuevo Testamento: 2 Sam, 6, 1-23; Lc 1, 39-56 y Ap 11, 19-12, 1. Cabe destacar que el pontífice ha querido enfatizar esta imagen bíblica y por ello la ha incorporado al pasaje sobre el Logos, que se hace “*sarks*”, con la madre.

Paralelamente “Arca de la Alianza” llega a tener un sentido más pleno. Ella es en persona el Arca, en la que es transportado el Unigénito del Padre, un mejor vehículo que el anterior, el que fue utilizado por el antiguo pueblo de Israel. Albergó en sí misma al que es la Palabra viva de Dios, todo el contenido de la voluntad divina. Llevó en su seno al propio Autor de la Alianza nueva y eterna, al mismo que se inmoló e hizo posible la redención en la cruz, ofreciendo su cuerpo y su sangre: cuerpo y sangre recibidos de María. En el último libro bíblico (Cf. Ap. 12), se resalta que María, como Arca viviente de la alianza, tiene una ventura gloriosa debido a su estrechísima vinculación con el Hijo a quien recibió en la fe y engendró en la carne, con quien comparte su gloria del cielo. Es el gran signo del apocalipsis, la llena de gracia, dócil al Santo Espíritu que habita ya en cielo con todo su ser: alma y cuerpo. A la vez estimula de forma sencilla a los demás hijos suyos, (dados por el Primogénito desde la cruz) a ser

⁷⁷Cf. San Bernardo, *In laudibus Virginis Matris*, Homilía 2, 17, Opera (Paris: Ed. J. Leclercq et H.M. Rochais, vol. IV, 1966), pp. 34-35.

también “arca”, en donde Dios pueda hacer morada y así los demás puedan encontrarlo, vivir en comunión y percibir la realidad de la gloria celestial⁷⁸.

De esta manera es posible resaltar los paralelos existentes en torno a la figura (primera y segunda) que suscitó y causa esperanza. “El Arca” era el objeto más sagrado e importante del antiguo Israel, estando unida, a la presencia de la realeza divina. En la narración de la visita es posible descubrir un parangón con el pasaje del arca de 2 Sam 6, 1-23 y Lc 1, 39-56. Cuando es transportada de la casa de Abinadab a la residencia de Obededón en Gat, este es bendecido durante los tres meses que se queda en su casa (2 Sam 6, 11). Igualmente, Isabel es muy bendecida (se llena del Espíritu Santo) desde el instante en que María llega de visita (Lc 1, 39), luego de viajar a la región montañosa de Judá; además permanece con ella tres meses (Lc 1, 41. 56)⁷⁹. El rey David, lleno de temor, expresa ante el arca: “¿Cómo va a entrar en mi casa el Arca del Señor?” (2 Sam, 6, 9) e Isabel: “¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme?” (Lc 1, 43). David saltaba y danzaba delante del arca del Señor (2 Sam 6, 16), como el hijo, (Juan Bautista) que se gestaba en Isabel (Lc 1, 41. 44). Mical desprecia a su esposo el rey David y el Señor la castiga con la esterilidad (cfr. 2 Sam, 6, 16. 20-23), en cambio María abraza la voluntad de Dios con fe y humildad, ante lo cual es enaltecida con la maternidad y la subsistencia de la virginidad (Lc 1, 35-38. 45)⁸⁰.

La antigua Arca de Alianza ha sido una imagen de la Nueva, que es la verdadera, superior y definitiva, que se ha materializado en la persona de María quién ha portado no ya elementos sagrados sino al mismísimo Dios. Ella hace posible asegurar una esperanza, no ya en un futuro encumbrado y poderoso en una tierra prometida pasajera en el siglo, sino en un futuro glorioso, eterno, en un estado feliz imperecedero. Es el arca que se encuentra en el santuario del cielo, quien señala con gran luminosidad que se peregrina hacia el más allá, la verdadera “Tierra”, a la comunión de júbilo y de paz perenne con Dios.

El numeral 50 de la *Spe Salvi* continúa el desarrollo mariológico. Allí es explicada a partir de la Escritura, la función única de María en el propósito divino. Ha

⁷⁸PP. Benedicto XVI, Homilía en la *Solemnidad de la Asunción de María*, lunes 15 de agosto de 2011, [en línea] https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2011/documents/hf_ben-xvi_hom_20110815_assunzione.html [acceso: 10 de agosto de 2023].

⁷⁹Cf. Jean Paul Michaud, *María de los evangelios*, Cuadernos Bíblicos nro. 77, Ed. Verbo Divino Estella, Navarra, 1992, pp. 33-38; 44-48.

⁸⁰Cf. José Antonio Caballero, “Síntesis y comentario bíblico a la encíclica *Spe Salvi*”, en *Revista VERITAS*, (Valparaíso: Pontificio Seminario Mayor San Rafael, vol. III, nº 18, 2008), pp. 21-22.

sido la mujer que esperó pacientemente la promesa escatológica de salvación, e inclusive la que ha hecho posible su cumplimiento. Al verificarse en Ella misma la esperanza añorada, pasa a ser esperanza para los cristianos que aguardan también ellos la consumación final.

“Así, pues, la invocamos: Santa María, tú fuiste una de aquellas almas humildes y grandes en Israel que, como Simeón, esperó «el consuelo de Israel» (*Lc. 2, 25*) y esperaron, como Ana, «la redención de Jerusalén» (*Lc. 2, 38*). Tú viviste en contacto íntimo con las Sagradas Escrituras de Israel, que hablaban de la esperanza, de la promesa hecha a Abrahán y a su descendencia (cf. *Lc 1, 55*). Así comprendemos el santo temor que te sobrevino cuando el ángel de Dios entró en tu aposento y te dijo que darías a luz a Aquel que era la esperanza de Israel y la esperanza del mundo. Por ti, por tu «sí», la esperanza de milenios debía hacerse realidad, entrar en este mundo y su historia. Tú te has inclinado ante la grandeza de esta misión y has dicho «sí»: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (*Lc. 1, 38*)”. (SS, 50)

Benedicto XVI, en primer término, la considera como una humilde mujer hebrea quien también esperaba la “consolación de Israel”, enunciado que claramente se aplica a la llegada de Cristo (sabiéndose que “redención” es sinónimo de “consolación”). En este orden su espera es comparada tanto con la del justo Simeón, quien es consolado cuando encuentra al Salvador añorado, como con la de la profetisa Ana, quien aguardaba la redención de Israel (*Lc 2, 25. 36-38*). Ambas son expresiones análogas y referidas a Jesucristo, quien llega a nacer en este mundo y es llevado al templo por María. El consuelo anhelado estaba previamente anunciado por Moisés (*Dt 18, 15-19*), los salmos (*Sal 94, 19*) y por los profetas, destacándose entre ellos: Isaías (*Is 40, 1; 49, 13*). María forma parte de los piadosos y justos, los “anawim”, los que han puesto su esperanza en el Señor, quien trae la salvación a Israel. Es consciente que solo desde el pueblo escogido será posible hacerla accesible a todos, alcanzando incluso a los mismos paganos. Vive de la auténtica fe, en estrecha unión con las Escrituras las que atestiguan que el Altísimo cumple sus promesas.

En este marco es comprensible que ante el ofrecimiento de concebir al Mesías le haya surgido cierto temor. Ella que se consideraba una humilde sierva no podía sino sentir sorpresa ante tan gran anuncio. El niño que va a nacer llevará por nombre “Jesús”, será grande y llamado hijo del Altísimo, el heredero de las promesas hechas al rey David y reveladas a este por el profeta Natán (*Sam 7, 9-17*).

Cuando llena de santa alegría fuiste aprisa por los montes de Judea para visitar a tu pariente Isabel, te convertiste en la imagen de la futura Iglesia que, en su seno, lleva la esperanza del mundo por los montes de la historia. (SS, 50)

Con su asentimiento hizo posible que la ansiada esperanza redentora llegara a su cumplimiento en el espacio y en el tiempo. Materializó el inicio del Reino sin fin del heredero de David, el Mesías davídico que vive Resucitado, luz de las naciones⁸¹. A semejanza de la Iglesia y como Madre de esta, lleva la expectativa de salvación a las naciones. No pierde el valioso tiempo, sino que se apura en comunicar la esperanza a otros necesitados de consolación, señalando el camino a los que aguardan la liberación, como lo hizo con su parienta al atravesar los montes de Judea.

Pero junto con la alegría que, en tu *Magnificat*, con las palabras y el canto, has difundido en los siglos, conocías también las afirmaciones oscuras de los profetas sobre el sufrimiento del siervo de Dios en este mundo. Sobre su nacimiento en el establo de Belén brilló el resplandor de los ángeles que llevaron la buena nueva a los pastores, pero al mismo tiempo se hizo de sobra palpable la pobreza de Dios en este mundo. El anciano Simeón te habló de la espada que traspasaría tu corazón (cf. *Lc* 2, 35), del signo de contradicción que tu Hijo sería en este mundo” (SS, 50).

A la par del gozo expresado en su canto “Magnificat”, estaba consciente (ya que conocía las Escrituras) de los enormes sufrimientos que le esperaban al niño que portaba en su seno. En efecto había leído entre otros autores sagrados, al profeta Isaías quien con gran detalle informa sobre los padecimientos y exaltación del Mesías⁸². Ambos estuvieron también unidos en el sufrir en este mundo. Si bien estaba preparada para los grandes dolores que se le avecinaban, no por ello dejó de tener aflicciones en su alma. Ello lo sabía tanto por las Escrituras, como por haber escuchado de viva voz al profeta Simeón que le anticipó que su hijo sería “signo de contradicción” y que una espada de dolor le atravesaría el corazón, sufriendo más que cualquier otra criatura. Si bien el destinatario de la primera parte de la profecía es su Hijo, queda estrechamente asociada con Él. Este será el que pondrá al descubierto las intenciones de muchos corazones, sellando la historia religiosa del mundo y el juicio escatológico de Dios sobre toda la

⁸¹Cf. Jr 23, 5; Zac 3, 8; 6, 12; Nm 24, 17; Is 60, 1; Mal 3, 20.

⁸²Cf. Is 42, 1-7; 49, 1-9; 50, 4-11; 52, 13-53, 12; 58, 6; 61, 1-ss.

humanidad (Jn 3, 18-21; 9, 39; 12, 31). Estar a favor o en oposición al Mesías es decidir entre el derrumbe y el engrandecimiento, entre la muerte y la vida⁸³.

“Cuando comenzó después la actividad pública de Jesús, debiste quedarte a un lado para que pudiera crecer la nueva familia que Él había venido a instituir y que se desarrollaría con la aportación de los que hubieran escuchado y cumplido su palabra (cf. Lc. 11, 27ss.) No obstante toda la grandeza y la alegría de los primeros pasos de la actividad de Jesús, ya en la sinagoga de Nazaret experimentaste la verdad de aquella palabra sobre el «signo de contradicción» (cf. Lc. 4, 28 ss). Así has visto el poder creciente de la hostilidad y el rechazo que progresivamente fue creándose en torno a Jesús hasta la hora de la cruz, en la que viste morir como un fracasado, expuesto al escarnio, entre los delincuentes, al Salvador del mundo, el heredero de David, el Hijo de Dios” (SS, 50).

En la vida pública de Jesús, María no tiene centralidad. Al contrario, se encuentra como retirada de la escena principal. Sin embargo, lo acompañó e incitó a comenzar a manifestarse abiertamente a Israel, e hizo que realizara el primero de los signos, (el protosigno) (Jn 2, 1-11). Es el arquetipo que anticipa y contiene la sucesión de todo lo demás, en donde va revelando su gloria, su filiación divina y su mesianismo. Por consiguiente, ha sido la causa histórica de la inauguración del ministerio público del Salvador, raíz del inicio del cumplimiento de la esperanza redentora, la que hizo posible que los discípulos pudieran comenzar a deducir y observar la gloria del Unigénito del Padre, del Logos hecho carne. Luego Ella acepta ser ocultada (Lc 11, 27-28), facilitando también con este proceder el desarrollo de la comunidad naciente⁸⁴.

Paralelamente Jesús empieza a despuntar notoriamente obrando otros grandes signos, milagros y prodigios. Ello no produce un resultado positivo, un abierto y masivo reconocimiento por parte de todos, de su mesianidad, al contrario, ocasiona en muchos un gran rechazo. Gradualmente se comienza a verificar la profecía sobre Él pronunciada y escuchada por su madre, el de ser: “signo de contradicción”. Este vaticinio le había sido dado por el anciano Simeón el día de su presentación en el Templo (Cf. Lc 4, 16-30), llegando a su pleno cumplimiento en la muerte que recibe, siendo ajusticiado en la cruz en compañía de dos malhechores (Mc 15, 27-28). Exactamente es en la cruz donde tiene lugar la cima de la revelación, es solo desde allí donde los hombres llegan a

⁸³Cf. Jean Paul Michaud, “María de los evangelios”, pp. 50-52.

⁸⁴Cf. José Cristo Rey García Paredes, *Mariología*, pp. 142-143.

comprender íntegramente la gloria de Jesús, el Mesías hecho carne, quien selló con su sangre, con su muerte la alianza definitiva de Dios con las criaturas⁸⁵.

“Recibiste entonces la palabra: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (*Jn. 19, 26*). Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo. La espada del dolor traspasó tu corazón. ¿Había muerto la esperanza? ¿Se había quedado el mundo definitivamente sin luz, la vida sin meta? Probablemente habrás escuchado de nuevo en tu interior en aquella hora la palabra del ángel, con la cual respondió a tu temor en el momento de la anunciación: «No temas, María» (*Lc. 1, 30*). ¡Cuántas veces el Señor, tu Hijo, dijo lo mismo a sus discípulos: no temáis! En la noche del Gólgota, oíste una vez más estas palabras en tu corazón. A sus discípulos, antes de la hora de la traición, Él les dijo: «Tened valor: Yo he vencido al mundo» (*Jn. 16, 33*). «No tiemble vuestro corazón ni se acobarde» (*Jn. 14, 27*). «No temas, María». En la hora de Nazaret el ángel también te dijo: «Su reino no tendrá fin» (*Lc. 1, 33*). ¿Acaso había terminado antes de empezar? No, junto a la cruz, según las palabras de Jesús mismo, te convertiste en madre de los creyentes” (*SS, 50*).

La espada que le atravesaría el corazón -profetizada tempranamente a María- está asociada misteriosa e intrínsecamente a su controvertido Hijo. Este compromete y arrastra a Israel y a todas las naciones a tomar una decisión: aceptar o no libremente la salvación que Él ha traído a la humanidad. Las palabras pronunciadas desde la cruz “Mujer, ahí tienes a tu hijo” constituyen el pasaje medular de una estructura concéntrica, de cinco acontecimientos plasmados en el cuarto Evangelio: *Jn 19, 19-22*; *Jn 19, 23-24*; *Jn 19, 25-27* (este el central); *Jn 19, 28-30* y *Jn 19, 31-37*. En esta fundamental perícopa se revelan dos grados de lectura complementarios uno explícito y otro implícito. Narrándose el suceso de la crucifixión y de la presencia allí de María, se descubre en el contexto inmediato anterior, con la partición de los vestidos y las suertes que se echan sobre la túnica, el cumplimiento a las Escrituras. Esta túnica inconsútil, reforzada con la presencia de María y el discípulo al pie de la cruz, en el nivel implícito, es la imagen de la unidad de la Iglesia por la que Jesús ha orado (*Jn 17, 11*).

En las bodas de Caná, Jesús es reticente a acceder a los deseos de su madre porque su hora no ha llegado, pero en la cruz sí se cumplió y es allí, en esa hora donde María recibe la maternidad del discípulo y la universal⁸⁶. Le ocurre como una innovación de identidad: pasa de ser la: “hija de Sión” (imagen de la madre de los

⁸⁵Cf. Aristide Serra, “Biblia (Juan)”, en *Nuevo Diccionario de Mariología*, (Madrid: San Pablo, 2001), p. 353.

⁸⁶Cf. José Antonio Caballero, “Síntesis y comentario bíblico a la encíclica *Spe Salvi*”, pp. 26-27.

creyentes del Antiguo Testamento) a ser: “hija de la Jerusalén celeste” (imagen de los creyentes de la Nueva Alianza). Los términos “madre – hijo” en el sentido original semítico son entendidos como la participación de la propia semejanza: el nuevo hijo de María comparte la misma confianza esperanzada de su madre espiritual⁸⁷. Ella recibió una nueva misión, siendo clarificada en el Apocalipsis, donde se lee que la madre del Mesías es también madre del “resto de su descendencia”: aquellos que cumplen los mandamientos de Dios y guardan el testimonio de Jesucristo (Cf. Ap 12, 17)⁸⁸. Es en esta perspectiva que Benedito XVI afirma que en la cruz María se hace madre de los cristianos, de aquellos que siguen (discípulos) esperanzados a Jesucristo.

“Con esta fe, que en la oscuridad del Sábado Santo fue también certeza de la esperanza, te has ido a encontrar con la mañana de Pascua. La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe. Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo (cf. *Hch.* 1, 14), que recibieron el día de Pentecostés. El «reino» de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este «reino» comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza” (SS, 50).

La exhortación a “no temer” en el contexto semita, tanto la recogida por Lucas, dirigida a María por el ángel enviado de parte de Dios (Lc 1, 30), como la retenida por Juan (pronunciada por Jesús a sus los discípulos, antes de la traición y abandono, (Jn 14, 27)), es una invitación a no perder la paz interior. Es decir, en el sentido semítico y bíblico, no se limita a la sola ausencia de conflictos o reposo del alma, sino que es más amplio, englobando la santidad, bienestar y felicidad en plenitud: es una característica principal de los tiempos mesiánicos⁸⁹, reconciliándose el pueblo con Dios. Se debe subrayar que “la paz” que el Salvador brinda a sus seguidores, y que se había obrado en María, son los dones que acompañan la Redención obrada.

La muerte, la desolación del viernes del fallecimiento y del sábado del silencio, ha posibilitado la victoria esperanzadora del domingo de Resurrección⁹⁰. A partir de la pasión de Jesús, con su crucifixión, con la llegada de su “hora” (sucediendo allí la

⁸⁷“La acogida de la Madre por parte del discípulo asume una dimensión cristológica y eclesiológica”. *Ibíd.*, nota 65.

⁸⁸Cf. *Ibíd.*, nota 66.

⁸⁹Cf. Is 9, 5; Miq 5, 4; Zac 9, 10; 1 Cro 22, 9.

⁹⁰Cf. *Ibíd.*, 28- 29.

entrega de la madre al discípulo) se engendra la Iglesia, inaugurándose un nuevo reino de universal esperanza. En “la hora” previamente fijada por el Padre, la Iglesia se fundará, y lo será con la presencia y la participación de María, quedando estrechamente unida y de una manera novedosa: como “Madre” de los seguidores del Hijo.

Asimismo, Lucas, en los Hechos, la menciona explícitamente en compañía de los Apóstoles. En aquel lugar, luego de la Ascensión del Hijo, aparece como fiel y esperanzada madre quien junto a su nueva prole ora al unísono, deseando el cumplimiento de la promesa: el envío del Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14)⁹¹. El reino de Cristo que vino para quedarse (algo diferente de cómo lo podían conjeturar los hombres por aquel tiempo) llegó a arraigarse y a expandirse a partir de Pentecostés. María no tuvo turbación ni dudas al respecto, recordando las proféticas palabras: “no tendrá fin” (Lc 1, 33). Fue en el calvario, en medio del padecimiento (“darás a luz a tus hijos con dolor” (Gn. 3, 16)), donde se convirtió en Madre de los creyentes. En ese mismo sitio también conservó una firme esperanza, la que se vio atestiguada con el júbilo de la resurrección y colmada con el envío del Espíritu Santo⁹². Es así como continúa su obra, indicada desde la cruz, orando e intercediendo, renovando la expectación de salvación a los discípulos, sus hijos de “todas las generaciones” (Cf. Lc 1, 48), nueva y firme familia: como Madre de la esperanza de los cristianos.

En el siguiente capítulo se examinará la Mariología de dos autores contemporáneos, quienes encauzan de una manera propia la Asunción.

⁹¹“(En los Hechos) aparece también María, y precisamente en el momento fundacional de la comunidad cristiana, cuando el Espíritu la consagra para cumplir su misión (...) María es comunidad cristiana”. José Cristo Rey García Paredes, *Mariología*, pp. 119-120.

⁹²Cf. José Antonio Caballero, “Síntesis y comentario bíblico a la encíclica Spe Salvi”, pp. 28- 30.

CAPÍTULO II

2. 1 La visión mariológica en el texto *María Madre de Jesús*

A continuación se analizará un libro significativo de entre las numerosas publicaciones marianas del reconocido mariólogo italiano Stefano De Fiores, sacerdote, que fue miembro de la congregación religiosa “Compañía de María”, profesor titular de Mariología sistemática en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, presidente de la Asociación Mariológica interdisciplinaria italiana, cofundador de la revista *Theotokos*, entre otros logros académicos.

2. 1. 1 Presentación general de la obra

Su obra, *María Madre de Jesús. Síntesis histórico-salvífica*, fue editada en 1992, y posee cuatro ediciones hasta el año 1998, con un nuevo prólogo en setiembre de 2003.

La designación del título no es algo secundario, sino que desde el comienzo se quiere remarcar la unión especialísima y única que existe entre esa Madre y ese Hijo. El subtítulo, por su parte enfatiza la orientación dada por el Concilio Vaticano II que presenta a la Virgen María como una micro historia de salvación, punto de reunión de los caminos de Dios, paradigma de la enseñanza “abajamiento y exaltación” que encuentra su cumbre pascual en Cristo⁹³.

Está considerado como un tratado sistemático, en el que se estudia la persona de la Virgen María, considerada dentro de la historia de la salvación, comprendida en su “intrínseca relación con Dios, con Cristo, con la Iglesia y con el hombre”⁹⁴.

Despliega una gran variedad de temas en las seis partes en que está dividido: I. El fenómeno mariano en la Iglesia y en el mundo (pp. 23-48); II. María en la revelación bíblica (pp. 49-129); III. La figura de María a través de los siglos (pp. 131-221); IV Reflexión sistemática sobre la Madre de Jesús (pp. 223-273); V. La

⁹³Cf. Stefano De Fiores, *María, Madre de Jesús. Síntesis Histórico-salvífica* (Salamanca: Secretariado Trinitario, 2003), p. 20.

⁹⁴Ibidem, p. 19.

celebración de María en la Iglesia (pp. 275-354); VI. Significado de María para nuestro tiempo (pp. 355-418); terminando con una vasta y cuidada Bibliografía (pp. 419-451).

El texto aspira a ser una herramienta útil, principalmente un manual para estudiantes, profesores e investigadores de la materia de acuerdo a los lineamientos de la Iglesia en los tiempos postconciliares. Ello posibilita distinguirlo y valorarlo de otros escritos mariológicos porque se ha adecuado a las cinco proposiciones marcadas por el Vaticano II: lo bíblico, la tradición eclesial, la reflexión teológica, la liturgia y vida de la Iglesia y el anuncio al mundo contemporáneo⁹⁵.

Con este escrito se puede acceder a un conocimiento de la Virgen María a través del recorrido bíblico y en vinculación con lo fundamental de la Cristología y la Eclesiología, todo reflexionado académicamente y sin soslayar los rasgos propiamente humanos de la madre de Dios. En este sentido recalca que se pretende ayudar a tener un encuentro auténtico con la figura de María, y animar a buscar la verdad sobre Ella, investigándola con “honestidad” y de modo “científico”. Si faltan estas condiciones se puede caer en un tipo de manipulación, bajo una pseudo-confirmación de la propia vida; o en el riesgo de adquirir un numeroso cúmulo de datos mariológicos, pero no llegar a conocerla en el misterio de su ser⁹⁶.

El mismo autor anhela que su obra no se circunscriba a una simple enumeración de principios o verdades de fe, sino que llegue a ser un encuentro dinámico con una concreta persona actual. A través de Ella cada uno podrá reconocer su ser y su deber-ser, será capaz de autocomprenderse como miembro de la Iglesia, discípulo de Jesucristo, y así podrá autotranscenderse con ayuda de la gracia. Finalmente afirma que con María es posible asumir lazos concretos como seres humanos responsables ante la historia. Por su intermedio es posible ingresar en la desafiante lógica de Dios, la que es capaz tanto de redimir como de presentar esperanza, siendo parte de honda comunión desde su máxima relación con las distintas personas trinitarias. Al ser recibida de esta manera se integra como un signo lleno de repercusión para el tiempo presente. El llegar a descifrar tal signo y comprometerlo en el plan divino de la salvación, es la finalidad de la obra desarrollada⁹⁷.

⁹⁵Cf. Ibídem, p. 15.

⁹⁶Cf. Ibídem, p. 20.

⁹⁷Cf. Ibídem, pp.16-17.

2. 1. 2 La Mariología presente

Por ser una obra de Mariología sistemática, es desarrollada una reflexión orgánica en torno a abundantes datos teológicos. El método deductivo es dejado de lado, adoptándose una perspectiva “histórico-salvífica”⁹⁸. Se busca de este modo discernir los principios unitarios de las sagradas Escrituras de acuerdo a los exegetas contemporáneos, analizando las variadas formas de acción de Dios en la historia y en la creación. Asimismo, se subraya que el obrar divino (promesa, cumplimiento, persona-comunidad, alianza o evento dialógico, abajamiento-exaltación) es un pasar de la Virgen María hacia la existencia definitiva de su Hijo, para reflejarse posteriormente en la Iglesia y en el mundo⁹⁹.

Los contenidos bíblicos-eclesiales quedan comprendidos en el diseño general de “abajamiento-exaltación”, manifestado principalmente en el Magnificat, descubriéndose ese lugar como un modo de “protomariología” revelada¹⁰⁰.

La teología mariana que prioriza (dentro de la orientación general eclesial-cristocéntrica, sobre todo en el capítulo IV) se centra en dicha perspectiva. La especulación no parte desde un “a priori” de las contingencias humanas, sino que se inicia desde el “a posteriori” del evento salvador en la historia obrado por Jesucristo. Así, la Mariología del texto analizado está asentada en los evangelios, desde donde se intenta encontrar la realidad concreta y teológica, el descubrir la acción de Dios en la historia de la Madre de su Hijo, con su repercusión universal y escatológica¹⁰¹.

La figura de María está inserta y solo se entiende con su Hijo Jesucristo, Señor de la historia y de todo el cosmos. En la historia concreta se verifica que es la mujer que dio a luz al anunciado por los profetas, el mismo que desencadena el acaecimiento salvador, siendo ello constatado, reconocido desde el suceso pascual. Con su victoria

⁹⁸“Con el decreto *Optatam Totius*, n. 16, acerca del método teológico, se invita a estructurar todo tratado teológico (y por ello cualquier texto de mariología) lejos del método deductivo de la antigua manualística, y a partir de cinco momentos concretos: temas bíblicos, contribución de los padres, profundización especulativa, liturgia y vida de la Iglesia y, por último, la transmisión apropiada de la revelación al mundo contemporáneo. Tales exigencias van abriéndose camino en los tratados de mariología, que de este modo comienzan a presentarse con renovado rostro”. *Ibidem*, p. 29.

⁹⁹Cf. *Ibidem*, pp. 232- 234.

¹⁰⁰Cf. *Ibidem*, pp. 15-16.

¹⁰¹“El título del libro *María Madre de Jesús* proviene de la necesidad sentida como una exigencia ecuménica, de volver a los evangelios para encontrar, no sólo la realidad concreta de María, sino también su significado teológico”. *Ibidem*, p. 20.

frente a la muerte quedó evidente su divinidad que estaba como escondida en su humanidad israelita, recibida de su madre. Una vez resucitado hizo posible que todas las naciones de la tierra lo reconocieran, no únicamente el antiguo Israel. La divinidad que quedó desvelada, adelanta el evento final en la contingencia temporal, no extinguiendo la historia sino dándola a conocer en su integridad, en su auténtico sentido universal.

Al ocasionarse la resurrección del Hijo de la joven hebrea, fue posible descubrir que las palabras y hechos del que engendró históricamente son las del Mesías. El presente que ocupa como centro invariable se proyecta a toda la historia. No hay oposición entre el pasado y la eternidad: el hoy del Hijo de la virgen de Nazaret ha sido siempre, y eternamente vendrá. Con énfasis destaca que la manifestación presente del Verbo Encarnado ha sido por *kénosis*, y este gran misterio se entenderá y descubrirá totalmente sólo en el último día¹⁰².

Cabe aclarar que el enfoque que asume es el que corresponde al tiempo cronológico en el que se encuentra actualmente la Mariología, según asevera.

“La mariología asume primero un modelo kerigmático (evangelios), narrativo (apócrifos), gnóstico-sapiencial (padres), escolástico-deductivo (escolástica), histórico-salvífico (concilio Vaticano II) y antropológico (tendencias post-conciliares). Varían también los tiempos y sus lugares: del contexto del anuncio de Cristo (NT), de la liturgia o teología sapiencial (padres) o de la enseñanza teológica (medieval) se pasa al tratado separado (época moderna) y la inserción en la historia de la salvación y la cultura (época contemporánea)”¹⁰³.

Pondera que las interpretaciones mariológicas basadas en el método deductivo, resultarían inadecuadas, en la lógica humana, para organizar sistemáticamente la materia. Señala que es necesario cambiar el marco epistemológico y seguir un diseño histórico-salvífico. Será viable si la reflexión se inserta en el contexto de la teología bíblica, dejando de lado lo escolástico-ilustrado para integrarse en el orden histórico-salvífico de las Escrituras. Es por medio de las acciones, interpretadas desde la palabra, que Dios revela su superior sabiduría y su ser trascendente, por ello es preciso que la teología de María se ajuste a la Biblia y a la tradición, “la regla suprema de la fe” (DV 21), que constituyen “el alma de la sagrada teología” (DV 24), rigiendo también para la Mariología¹⁰⁴.

¹⁰²Cf. Ibídem, pp. 235-248.

¹⁰³Ibídem, p. 219.

¹⁰⁴Cf. Ibídem, pp. 50-51.

Asimismo, explica que con el Concilio Vaticano II, en el capítulo 8 de la *Lumen gentium*¹⁰⁵, se logra conseguir una síntesis adecuada entre las vertientes cristotípica y eclesiotípica, ubicando a María “dentro de Cristo y la Iglesia”, en un marco eclesiológico y en perspectiva histórico salvífico, favoreciéndose el culto mariano, el carácter litúrgico, su finalidad cristológica y su impacto vital¹⁰⁶.

Es en esta perspectiva que se consolida el paso de un estudio manualístico a un enfoque eclesiológico, apoyándose en corrientes innovadoras. Las reflexiones expresarán un progreso hacia un discurso mariano más bíblico, eclesiológico y ecuménico, que intentará unificar todo el tratado. Igualmente es rescatada la enseñanza patristica de María como “tipo de la Iglesia”, insertada en el misterio eclesial, presentada de forma eminente y singular como virgen y madre. Al adoptar el modelo histórico-salvífico, la mariología deja de estar aislada y tratada de forma abstracta, pasando a estudiarse “en su contexto”, en el arcano de Cristo y su Esposa, unidos en la historia de la salvación¹⁰⁷.

2. 1. 3 La exposición de la Asunción

De Fiores discurre primeramente sobre la definición dogmática de la Asunción en la parte histórica. La ubica dentro de la edad contemporánea, pero haciendo la distinción que fue en el modelo por él llamado: “antropológico”. Es decir el autor divide el ámbito mariano de la edad contemporánea en tres modelos principales: el “romántico del siglo XIX”, el “antropológico del siglo XX” y el “histórico-salvífico”, inaugurado por el Vaticano II¹⁰⁸.

¹⁰⁵“El c. VIII abre con una referencia explícita al plan de la salvación de Dios llevado a cabo gracias a la encarnación redentora «por obra del Espíritu Santo de María Virgen» (LG 52). Prosigue describiendo explícitamente la parte bíblica «en función de la bienaventurada Virgen en la economía de la salvación» (LG 55-59). En la tercera parte sobre «la bienaventurada Virgen y la iglesia» (60-66) se recuerda que María «por su íntima participación en la historia de la salvación reúne y refleja por así decirlo los máximos datos de la fe» (LG 65). En la última parte (LG 68-69) María es contemplada como la imagen escatológica de la iglesia a la que se recurre en su intercesión para unificar todo el pueblo de Dios «a gloria de la santísima e indivisible Trinidad» (LG 69)”. *Ibidem*, pp. 216-217.

¹⁰⁶Cf. *Ibidem*, pp. 25-29

¹⁰⁷Cf. *Ibidem*, pp. 216-219.

¹⁰⁸Cf. *Ibidem*, pp. Cit., 197-198. Cabe aclarar que pese a esta división tripartita, a los dos últimos modelos los incluye y desarrolla en un único subtítulo: “II- Modelo antropológico, histórico-salvífico del s. xx: María prototipo de la Iglesia y del hombre según el designio salvífico de Dios”. Cf. *Ibidem*, p. 205.

Manifiesta que en armonía con la Mariología manualística imperante, la corriente que pregonaba nuevos dogmas, en concreto “el movimiento asuncionista”, fue el que consiguió la definición dogmática de Pío XII el 1 de noviembre de 1950¹⁰⁹. Recuerda también que Pío XII, a semejanza de Pío IX con la definición de la Inmaculada Concepción, consultó al episcopado acerca de la factibilidad de la Asunción y dada la respuesta afirmativa se decidió a formularlo¹¹⁰. El texto magisterial es conciso y claro al respecto. Aunque no se pronunció sobre la muerte de María, permite comprender la revelación no desde un esquema lógico-dialéctico, sino desde la asistencia del Espíritu Santo, quien obra el consenso de los fieles en la Iglesia ante una verdad dada, la que no se opone a las Escrituras sino que va más allá de lo que textualmente aparenta¹¹¹.

Más adelante el autor nuevamente aborda la Asunción, lo hace en capítulo IV, en la “Reflexión sistemática sobre la Madre de Dios”¹¹². Dentro del numeral VII: “La existencia de María bajo el esquema de “abajamiento-exaltación” son tratadas las “acciones de Dios en María en la vida ultra terrena”. Allí reitera que la Biblia no da a conocer cómo fue el final de Ella en la tierra. Sólo la presenta como una creyente singular luego de la pasión, muerte y Resurrección de su Hijo (Hch 1, 14), y la revela bajo el gran signo de la mujer vestida de sol (Ap 12, 1). Al ser destacadísima en la vida de Jesucristo, su estado ultra terreno no puede ser diferente a la de los demás discípulos, a quienes se les ha prometido la salvación (Mt 25, 46)¹¹³. Sin duda la tradición eclesial tuvo en cuenta su lugar exclusivo en la historia de la salvación, la ha exaltado y encumbrado más en el culto al reconocer su Asunción. Sobre este último tópico afirma que:

“A la madre del Señor, participe de los misterios salvíficos de su vida y muerte, debe aplicarse el modelo bíblico de traslación inmediata al paraíso o de asunción (cf. Lc 23, 43; Hch 1, 2; 1 Ts 4, 17). Tal intuición se consolida en torno al sepulcro vacío de María, en el que se celebran sus elogios fúnebres ya en pleno

¹⁰⁹Cf. Ibídem, p. 209.

¹¹⁰“Pronunciamos, declaramos y definimos ser dogma de revelación divina que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste”. MD, 44

¹¹¹Cf. Stefano De Fiores, *María, Madre de Jesús*, pp. 208-209.

¹¹²Cf. Ibídem, pp. 223-273.

¹¹³Cf. Jn 3, 15; 5, 24; Rm 6, 22; Ap 2, 10; 1Co 9, 25; St 1, 12; 1P 5, 4; 1Co 15, 13; Mc 12, 26; Jn 6, 39-55.

s. II iniciándose el primer núcleo judeo-cristiano de lo que habrá de ser el *Transitus Mariae*”¹¹⁴.

El paso glorioso de la muerte a la vida de la Madre está estrechamente ligado con el Hijo, y es para toda la eternidad. A esto la Iglesia lo ha profesado progresivamente y ha culminado con el dogma de la Asunción en cuerpo y alma al cielo. Ella es la primicia glorificada de los cristianos, en quien se verifica plena y actualmente el arcano pascual del Señor, siendo el anticipo de lo prometido a los demás fieles. De esta manera la Asunción no motiva ninguna extrañeza, siempre que se explique desde el esquema de abajamiento-exaltación. Al participar de la *kénosis* de Cristo (*kénosis* que abraza un mesianismo apartado de seguridades y privilegios terrenales, aceptando la muerte) Ella igualmente comparte la exaltación, en consonancia con el evangelio y lo profetizado en el Magnificat (Lc 1, 52-54; cf. Lc 14, 11; 18, 14). Al descenso (*katábasis*) le corresponde el ascenso (*anábasis*), a la humillación, el triunfo, al abajamiento, la exaltación: de este modo Dios se revela fiel a la ley histórico-salvífica que Él en persona realizó tanto en la antigua como en la nueva alianza.

Este diseño que De Fiores propone es contestado por el teólogo Bruno Forte quien impugna el concurso de María en la *kénosis* de Jesucristo y su concurrencia en la ley de “abajamiento-exaltación”. Discute esta equiparación con la “*kénosis* del Verbo” ya que la misma resulta comprometida, forzada, porque Ella no ha «descendido» del cielo. Ante esta circunstancia se propone cambiar el esquema por el de: “bajeza-exaltación”¹¹⁵.

Es decir, la posible analogía de la “humillación de la esclava” con la “*kénosis* de la encarnación” tendría que haberse expuesto de mejor manera, precisándose tanto las similitudes como las divergencias entre ambas realidades *kenóticas*. Desde este lugar teológico es donde la Asunción puede justificarse de un modo renovado, adquiriendo mayor ramificación especulativa.

Innegablemente María no “desciende” del cielo, pero sí es incorporada de una manera única y sublime a la historia de Jesucristo (y de la creación). La aceptación del evento de la maternidad divina también la lleva a ser parte de la ley de “abajamiento-exaltación” que concierne intrínsecamente al plan salvador de Dios. La observación que

¹¹⁴Ibíd., p. 268.

¹¹⁵Cf. Lucas F. Mateo-Seco, “María, Madre de Jesús. Síntesis Histórico-salvífica, de Stefano De Fiores, Recensiones”, en *Revista Scripta Theologica* 36 (España: Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, 2004), pp. 688.

le hace Forte es pertinente, porque De Fiores si bien puede defender como válido el eje sistemático del esquema salvífico de “abajamiento-exaltación”, no podría jamás equipararlo, en igual modo, para la Madre y el Hijo, el Verbo¹¹⁶.

La Asunción acarrea una gran evolución con considerables consecuencias tanto eclesiales como antropológicas. María llega a ser “la nueva mujer de las ultimidades”. A semejanza de su Hijo, es elevada, glorificada y entronizada, significándose bíblicamente un cambio de situación, no de lugar y esto es posible porque es plenamente redimida por el Salvador, transformada por el Espíritu y toda sometida al Padre. “Elevación” es figura de estar junto a Dios, poderoso y bienaventurado, y no un mero transporte hacia un cielo ultra terreno. El ser “glorificada” tiene que entenderse de manera análoga a lo acontecido con la resurrección de Jesús y lo enseñado sobre los cuerpos gloriosos (cf. 1Co 15, 35-50) acerca de que dicho cuerpo no está sometido a las leyes físicas del mundo presente. Además significa que participa de la trascendencia divina, de luz, del poder y de la vida. A diferencia del cuerpo animal del primer Adán, el resucitado de María se torna enteramente en presencia activa y luminosa en la historia (sentido escriturístico de «gloria»). Su cuerpo ya posee las cuatro características propias de los resucitados: “incorruptibilidad” sobre la caducidad y la muerte; “gloria” (o esplendor), siendo presencia salvífica en la historia; “poder” (o fuerza del Espíritu Santo), que faculta para obrar taumatúrgicamente, como reconoce también la plegaria que la Iglesia le dirige; “espiritualidad” (o cuerpo espiritual), que es el estar animado por el Espíritu y dócil al impulso de los dones divinos¹¹⁷.

La situación de asunta, el hallarse junto a Dios (el participar de la poderosa vida divina como todos los justos) y el llegar a estar presente en la realidad terrena de forma nueva (intercediendo), repercute considerablemente en la vida de la Iglesia. Su santificación por obra del Espíritu Santo hizo posible que adquiriera dos prerrogativas: la «presencia», el estar en los distintos tiempos históricos y espacios culturales, sin quedar restringida a un lugar; y el ejercicio de la «maternidad espiritual» la posibilidad de comunicar universalmente el influjo de la gracia divina. Por su parte el pueblo fiel también medita su estado sempiterno, en el quinto misterio glorioso del rosario, cuando la contempla coronada como reina universal, siendo este un signo sensible de un

¹¹⁶Cf. Ibídem, pp. 688-689.

¹¹⁷Stefano De Fiores, *María, Madre de Jesús*, pp. 269-270.

renacimiento, de victoria, de recompensa (Pr 4, 9; 1Co 9, 24; 2Tm 4, 8; Ap 2, 10) y enunciado de una existencia obediente al Creador.

El esquema histórico-salvífico de humillación-exaltación implica para Jesús y para María, como para los demás cristianos (según cada medida), la entronización y coronación gloriosa, prueba del gozoso y eterno reinado celestial. Ella es la esclava que llega a ser, por la acción de Dios, la resplandeciente Reina, llamada a compartir el gobierno de amor en el mundo, con su Hijo¹¹⁸.

2. 1. 4 Aportes del autor a la esperanza de los cristianos en María

Es preciso reconocerle a De Fiores el lugar significativo que ocupa en la renovación mariológica pos conciliar, el impulso que le ha dado a esta a través de las perspectivas: antropológica y eclesiológica.

Sin ambigüedades es explicado que al hombre contemporáneo la Madre de Jesús se le presenta como un asequible consuelo, como una gran esperanza para sus vidas, es posible descubrirla a la luz de la Revelación y desde allí es reconocida su cercanía con las dificultades presentes de los viandantes.

Así, si se la observa a Ella en las Escrituras, más concretamente en el Evangelio, y ya desde el Magnificat (protoevangelio) es posible reconocerla como aquella que es la culminación y la prueba más sobresaliente del designio salvífico Trinitario, motivo de gloria, alegría y consolación para la naturaleza humana. Íntimamente asociada al único Salvador, Ella como realidad personal, es igualmente única: una micro-historia, una síntesis de la redención ya acontecida y constatable.

Es motivo también de seguridad para el viandante porque en María ya se han cumplido los juramentos divinos. Es el lugar que Dios ha elegido para mostrar que sus promesas se realizan. Es la favorecida por pura gracia; es el *partner* humano de la concurrencia con Dios y es la mujer del evento dialógico. En su persona se evidencia que la Trinidad no ha abandonado (ni abandonará) a sus criaturas, sino que ha irrumpido ocupándose providencialmente del mundo con el envío del Hijo, en el adviento de un cielo nuevo. El parangón de hombre nuevo que se nos anuncia y se vislumbra en María

¹¹⁸Cf. Ibídem, pp. 271-272.

descarta tanto la supresión del sujeto frente a Dios y la comunidad, como la elevación del sujeto sin unión con Dios y con la comunidad.

En Ella es revelado el modo de actuación del Creador con su criatura humana: los redime, pero resguardando su libertad, para que puedan actuar con amor a su misma llamada. De este modo es el espejo de todos los salvados y el paradigma de la Iglesia que aun espera la consumación final que se materializará a la finalización de este mundo que pasa¹¹⁹.

Su situación primordial de mujer-persona formulada como madre y discípula de Jesús es fuente de elevación de lo femenino, aportando esta condición un renovado impulso positivo a esta problemática, acuciante en nuestros días¹²⁰. Su semblante bíblico, rescatado de las afectaciones mundanas, significa para las mujeres contemporáneas un arquetipo de responsabilidad y emancipación. Tanto la virginidad como la maternidad son eventos de libertad (su propia elección); y además disponibilidad al proyecto divino de redención con independencia de las simples funciones físico-biológicas. Cabe aclarar que su ser personal no es sólo un modelo esperanzador para lo femenino sino también para lo masculino. Al comenzar la Nueva Alianza ya es valorada por sí misma como mujer colaboradora singular en la obra redentora de su Hijo Jesús, englobando a toda la humanidad compuesta tanto de varones como de féminas, deseosos de salvación¹²¹.

Ella es además motivo de esperanza porque al ser “tipo de la Iglesia” y modelo en comportamientos teologales, el Pueblo de Dios se refleja en la Madre para hallar su ser (plano ontológico) y su deber-ser (plano operativo). Es decir María es el arquetipo que descubre la constitución de la Iglesia: virginal y materna, diferenciada por el asentimiento a la fe, el amor orientado al Padre, cooperando con el Espíritu Santo al nacimiento del Redentor y esperanza de la redención universal¹²². De este modo es el paradigma del bautizado que no responde con negligencia sino que delibera y decide para aceptar su propia obligación ante Dios y la comunidad¹²³.

En este sentido es de subrayar también la posición que toma De Fiores al presentarla como referente distinguidísimo, inigualable y basal en lo eclesial, en la

¹¹⁹Cf. Ibídem, pp. 233-234.

¹²⁰Cf. Ibídem, p. 357.

¹²¹En la segunda parte de la presente monografía cuando se analiza la obra: “*Verdadera hermana nuestra. Teología de María en la comunión de los santos*”, de Elizabeth Johnson, se ahondará al respecto.

¹²²Cf. Stefano De Fiores, *María, Madre de Jesús*, pp. 366-369.

¹²³Cf. Ibídem, pp. 377-378.

Iglesia estructurada por su Hijo, tanto en la presente realidad como en la futura y definitiva revelación nacida de la Cruz¹²⁴. Es a esta última manifestación a la que están llamados los demás “hijos en el Hijo”, miembros de su cuerpo místico: la Iglesia. María como miembro de la Iglesia, como hija primogénita y primera remida esmotivo, gran incentivo y ayuda para alcanzar la añorada meta celestial.

2. 2 La visión mariológica en el texto *Verdadera hermana nuestra. Teología de María en la comunión de los santos*

El texto mariano que se considerará a continuación corresponde a la obra de la teóloga feminista Elizabeth Ann Johnson, quien nació en Estados Unidos en 1941, y profesó votos religiosos en la congregación “Hermanas de San José”.

Fue la primera mujer en obtener un doctorado en teología en la Universidad Católica de América en 1981, y llegó también allí a ser profesora de Cristología. Previamente impartió clases de religión y ciencia en escuela primaria y secundaria. Terminó su actividad docente en la Universidad de Fordham, en Nueva York, donde ingresó en 1991. En 1997 fue nombrada allí “Profesora distinguida” y al año siguiente “Maestra del año”. Fue además directora de la “Sociedad Teológica Americana” y de la Sociedad Teológica Católica de América”. Ha publicado diversos escritos teológicos en diferentes ramas a lo largo de su carrera.

¹²⁴“María pasa a ser, a ejemplo de Cristo, el paradigma de la iglesia que lucha por los derechos de los pueblos, toda vez que en ella encontramos un camino de servicio y pro-existencia. De esta manera la iglesia, participando de la *kénosis* de Cristo, es formada únicamente en María: ella es el arquetipo de la iglesia, que según reza la carta a los Efesios, no pertenecía a las «potencias y potestades». Traspasada por la espada, recorre junto a su Hijo el camino del abajamiento de la temporalidad hasta culminar en la cruz”. Ibídem, p. 395.

2. 2. 1 Presentación general de la obra

La obra *Verdadera hermana nuestra. Teología de María en la comunión de los santos*¹²⁵ fue publicada primero en idioma inglés en 2003 y en español en 2005. Ha sido concebida como una parte que va unida a una obra anterior: *Amigos de Dios y profetas. Una lectura teológica feminista de la comunión de los santos*¹²⁶ (de aquí toma la segunda parte del título)¹²⁷. Rápidamente aclara que la obra mariológica puede leerse de forma autónoma, sin necesidad de leer la anterior, ya que en la presente se reasume y resume lo reflexionado con antelación, proporcionándose los datos fundamentales del cuadro teológico. Aun así, la autora considera que ambos volúmenes forman una dualidad, en cierto sentido, inseparable¹²⁸.

El título fue elegido a partir de la Exhortación Apostólica *Marialis Cultus* del papa Pablo VI: “Verdadera hermana nuestra, que ha compartido en todo, como mujer humilde y pobre, nuestra condición” (n. 56). Esta afirmación y ese documento pontificio es medular en el pensamiento mariológica de la autora en relación a su preocupación antropológica de la mujer destinada a ser la madre del Mesías¹²⁹.

El libro está estructurado en cinco partes con un total de once capítulos los que a su vez se dividen en temas los cuales son debidamente expuestos. Primera parte “Voces de mujeres en clave nueva” (pp. 19-66), con dos capítulos, en los queda a escuchar las voces de un abanico multicultural de mujeres contemporáneas (Sudáfrica, Méjico, Reino unido, Estados Unidos, Filipinas, India...). Allí muestra las interpretaciones teológicas de la tradición mariana: la crítica y la creativa; especificándose de un modo preciso la nomenclatura conceptual básica que se utilizará. También se reseñan las

¹²⁵Elisabeth A. Johnson, *Verdadera hermana nuestra. Teología de María en la comunión de los santos*, (Barcelona: Herder, 2005).

¹²⁶Fue publicado en 1999 en Estados Unidos y en 2004 en España.

¹²⁷Sobre este libro ha escrito la teóloga Virginia R. Ascuy: “La presente obra es mucho más que una mariología. Por un lado, completa la segunda parte de la eclesiología titulada *Amigos de Dios y profetas*; por otra parte, forma una trilogía, con ella, y otra anterior: *La que es. El misterio de Dios en el discurso teológico feminista* (Herder, 2002). El discurso sobre el Dios trinitario, sobre la Iglesia como comunión de los santos, y sobre María de Nazaret en medio nuestro, se destaca claramente entre otros escritos de la autora. Asimismo, la transversalidad de una teología feminista no expresada sólo desde la voz propia, sino, precisamente, en comunión solidaria con otras mujeres, representa un componente distintivo en la teología de Johnson y ofrece una aportación indispensable para la renovación cristiana”. Virginia, R. Ascuy, *Recensión comentada a Elisabeth A. Johnson, Verdadera hermana nuestra. Teología de María en la comunión de los santos*, en *Revista Marianum, Ephemerides Mariologicae* nro. 55, (Madrid: Misioneros Claretianos, 2005), pp. 487-494.

¹²⁸“Los dos volúmenes forman una pareja”, Elisabeth A. Johnson, *Verdadera hermana nuestra*, p. 13.

¹²⁹Cf. Virginia Ascuy, R., *Recensión*, p. 487.

aportaciones mariológicas feministas desde la “mariología de la liberación” de Rosemary R. Ruether hacia adelante¹³⁰. Segunda parte: “Caminos nuevos” (pp. 69-120), con dos capítulos, dos “callejones sin salida”, que son lugares a evitar porque “masculinizarían” a María. El primero como “La cara ideal de la Mujer” (cf. cap. 3) y el otro como “La cara maternal de Dios” (cf. cap. 4).

En la tercera parte: “Un camino para avanzar” (pp. 121-164) se ensaya una propuesta superadora (cf. cap. 5), dando a conocer los antecedentes históricos (cf. cap.6). En la cuarta parte: “La imagen de un mundo” (pp. 167-243), donde se describe el contexto político y económico (cf. cap. 7), religioso (cf. cap. 8) y sociocultural (cf. cap. 9) de María la mujer hebrea de Nazaret, en Galilea. En la quinta parte “María en la comunión de los santos” (pp. 245-369), la más extensa, son examinados treinta eventos marianos de los evangelios, utilizando la imagen de “un mosaico” para desplegar la acción de la gran mujer elegida, contemplándola tanto como madre, discípula, hermana y peregrina en la tierra (cf. cap. 10), como también en el cielo ya gloriosa en compañía de todos los santos. Es así modelo de los cristianos y miembro de la única Iglesia (cf. cap. 11). Concluye la obra con la oración revolucionaria, “La oración para una época de lucha” el Magnificat¹³¹.

2. 2. 2 La Mariología presente

Por medio de esta obra Elizabeth Johnson entiende realizar “una aproximación fructífera a la teología de María” examinándola como una mujer concreta de nuestra historia que hizo su camino de fe “en el espíritu”, que forma parte de la gran “nube de testigos que rodea a la Iglesia de la tierra con su aliento”. Es decir, la entronca con el “gran símbolo doctrinal de la comunión de los santos”, y reflexiona sobre las derivaciones intelectuales, prácticas y espirituales de ello¹³². Su obra no tiene el objetivo de formular una doctrina consumada sobre María ni zanjar las cuestiones que aún no ha dilucidado enteramente la investigación de los teólogos. Tampoco confeccionó un tratado de teología dogmática según los estándares tradicionales, ni ha escrito de modo acabado, o explicado algo que sea más asequible que en otros tratados, o ha buscado

¹³⁰Cf. Elisabeth A. Johnson, *Verdadera hermana nuestra*, p. 59.

¹³¹Cf. *Ibíd*em, pp. 366-369.

¹³²Cf. *Ibíd*em, p. 13.

resolver tópicos que aun esperan mayor desarrollo teológico. Su contribución es explorar una nueva vía de acercamiento atravesando la Escritura, la liturgia y la predicación cristiana de la Antigüedad, presentándola bajo la acción del Espíritu Santo, en la comunidad de Fe del mundo contemporáneo, en la gran nube de testigos que envuelve a los discípulos¹³³.

En la tercera parte, en los capítulos “Una propuesta modesta” (123-142) y sus “Antecedentes” (143-164) es posible distinguir con profusión el enfoque de su mariología, feminista y liberadora, la que será interpretada a través de las vías eclesiotípica y cristotípica, que asume como más adecuadas y señaladas por el Vaticano II¹³⁴.

Este es su “Camino para avanzar”, manifestando que debe recorrerse como “vía fructífera para elaborar una teología de María feminista liberadora”. Plantea que es necesario partir de la mujer histórica liberada de una trascendencia impuesta (Cap. 5). Para ello tiene como guía en su itinerario lo que desarrolla bíblicamente Raymond A. Brown, quien reafirma la tesis expuesta con antelación por Wolfhart Pannenberg acerca de que no hay demasiado conocimiento de María en el Nuevo Testamento. Este desconocimiento ha llevado a que se idealice simbólicamente su figura según el correr de los años y las diferentes situaciones de la Iglesia y el mundo cambiante¹³⁵.

Al quitarle la aguda carga figurada con la cual se la ha representado es necesario que recobre su condición primera de mujer hebrea, ligada singularmente con los discípulos de Jesús. Fue la principal entre aquellos, llena de fe, esperanza y caridad producto de su estrecha unión con Dios, pero con su posición humana, histórica no simbolizada¹³⁶.

La teóloga también aspira a que su reflexión sea motivo para despertar en la piedad popular esta perspectiva mariana y que no quede solo circunscripta a un grupo meramente intelectualizado, sino que genere un movimiento inclusivo de la mujer.

“La apuesta que hago al empezar es que interpretar a María en relación al Espíritu como persona histórica concreta, llena de gracia, en compañía de los

¹³³Cf. Ibídem, pp. 13-14.

¹³⁴Cf. LG, 69.

¹³⁵Cf. Elisabeth A. Johnson, *Verdadera hermana nuestra*, pp. 123-125.

¹³⁶ “Desde el punto de vista intelectual, la interpretación simbólica de María como el discípulo ideal arroja luz sobre todo tipo de afirmaciones, imágenes y prácticas marianas, las cuales, a través de este filtro, pueden apuntar en último término a la graciosa relación de la humanidad con Dios... Al final, al honrar a María, estamos diciendo algo sobre nosotros”. Ibídem. 125.

santos del cielo y de la tierra, produzca una teología capaz de promover la acción en nombre de la justicia y la liberación, en respaldo particularmente del florecimiento de la mujer, coherente con elementos de la enseñanza bíblica, clásica y conciliar y que genere sensibilidad religiosa para nuestro tiempo”¹³⁷.

Así, María es redescubierta como la histórica israelita, real, no idealizada, habitada por el Santo Espíritu de Dios en torno al grupo de la comunidad de creyentes de su Hijo, en auténtica comunión con los santos vivos y muertos, siendo además idónea para liberar a las mujeres de la opresión. De esta manera propone una mariología bíblica, eclesiológica, feminista y pneumatológica (teología pneumatológica de María), con derivación en la piedad popular y en lo antropológico.

2. 2. 3 La exposición de la Asunción

Al comenzar su libro Elizabeth Johnson señala claramente que este no es un tratado de teología dogmática y que no se encontrará una mariología en sentido tradicional. Tampoco ha procurado agotar la doctrina sobre Ella o desplegar tópicos no solucionados por los teólogos. Deja de lado la reflexión del “símbolo religioso”, para centrarse en interpretar la significación de María como persona concreta que tiene que plasmar su propia vida de fe, como peregrina y discípula, dentro de la extensa nube de testigos vivos y difuntos¹³⁸. Dicha delimitación conceptual lleva a entender que no sea posible hallar en esta obra el tratamiento explícito, específico, según los postulados usuales, del dogma de “la Asunción de la Virgen María al cielo”. Simplemente y de modo escueto hace mención a que, luego de la prerrogativa de la Inmaculada Concepción de 1854, el papa Pio XII, declara en 1950 el dogma de “la Asunción” llegando a su cumbre el movimiento mariano”, con “un auge exagerado de entusiasmo”, que ha tenido diversas manifestaciones, en una visión marcada por el maximalismo y los privilegios que llevan a un aislamiento de María¹³⁹.

Sin embargo, sí se descubre este artículo mariológico, más aun, es posible afirmar que el mismo se percibe muy presente en su obra aunque no del modo clásico. Ello se desvela a partir del tratamiento que le da “en la comunión de los santos”, tema

¹³⁷Ibídem, p. 142.

¹³⁸Cf. Ibídem, p. 13.

¹³⁹Cf. Ibídem, p. 152.

medular al posicionarla de un modo eminente en la “nube de testigos” ya en gloria eterna.

Al ubicar allí a esta mujer judía, favorecida singularmente por Dios, reivindica el símbolo de la “comunidad de los santos”. Utilizando la perspectiva feminista que tiene a la memoria teológica como medio para vincular a los vivos y difuntos, reinterpreta sistemáticamente la historia llevando a considerar lo escatológico: la esperanza de una comunión eternamente feliz con Dios y sus santos, teniendo a María como destacadísima protagonista de la acción de Dios en su vida y en la de todos los creyentes:

“María es una figura paradigmática de esta clase. Como ha dejado claro la primera dimensión, ella es, antes que nada y sobre todo una mujer humana real de nuestra historia, agraciada por Dios con el don del mismo Espíritu dado a todos. La segunda dimensión pone de relieve que, aunque ahora a sobrepasado la historia ella sigue estando conectada con la comunidad gracias a la amorosa fidelidad de Dios que mantiene en vida también a los muertos. Lo que llama la atención en esta tercera dimensión, y es la sorpresa del evangelio que eleva al humilde, es su función de figura paradigmática dentro de la Iglesia.”¹⁴⁰.

Como queda evidente, aunque no haya escrito en su obra de manera tradicional acerca de la Asunción, esta y todas sus consecuencias escatológicas están manifiestamente consideradas, reformuladas bajo su perspectiva teológica.

Siendo María la verdadera hermana nuestra, mujer concreta, histórica, nacida en Palestina en tiempos de la ocupación romana, que vivió pobremente, con privaciones, ya se encuentra en la gozosa dicha, en la bienaventuranza que añoró fielmente. Este estado glorioso, que es la compañía de Dios y los santos, fue prometido por su Hijo para todos sus discípulos, tanto para los que compartieron el tiempo con Él, como para los que vinieron (y vendrán), con posterioridad a su cruel muerte. Ella pasa a ser un modelo paradigmático¹⁴¹, gran aliciente para los demás discípulos de Jesucristo quienes aun peregrinan en este mundo transido por las injusticias, para los pobres y oprimidos, pero que esperan algo más.

¹⁴⁰Ibidem, p. 357.

¹⁴¹“Su diferencia está en ser la madre de Jesús. Nadie más tiene con el mesías esta relación física, psicológica, social, y, como sucede con todos los seres humanos, esa relación es importante, irremplazable, para ambos, para la madre y para el hijo. Todas las teselas del evangelio advierten esta relación, pero no se quedan en ella.” Ibidem, p. 358.

“La gente que hoy vive y celebra la fiesta de Todos los Santos venera a esta ampliamente diversa compañía de redimidos, que incluye también a sus propios seres queridos difuntos. De esta gran nube de testigos forma parte María. Habiendo terminado su vida histórica, ella murió y pasó al inimaginable, vivificante abrazo del Dios vivo. Ahora ella forma parte del pueblo amante, creyente, que anima a los que todavía están corriendo la carrera”¹⁴².

En directa sintonía con la tradicional exposición de fe, del postulado de la “intercesión de los Santos”, Johnson explica con su teología, la manera en que se da esta relación de la comunión de los santos, de los que ya están en la Gloria, en particular de María, con los que viven en el mundo pasajero.

Sostiene que se pueden identificar dos paradigmas en esta comunión: el primero en el tiempo, circular, que desde las Escrituras vincula a los vivos y muertos como socios mutuos en el Espíritu. El segundo es posterior, piramidal y está basado en la organización del patronazgo, reconociendo a los santos ya gloriosos como patronos favorecedores de los que aun viven en el mundo terreno y los solicitan. Si bien manifiesta que la línea divisoria entre ambos modelos no es absoluta, decididamente toma posición con el primer paradigma acorde con las sociedades democráticas actuales, considerando necesario que la mariología feminista lo recupere¹⁴³. De esta manera asume y enseña que María ya asunta al cielo, en la nube de testigos, es compañera cercana de camino de los creyentes.

“Bajo este tipo de relación subyace un sentimiento de compañerismo los vivos y los difuntos juntos son un pueblo santo, pecadores redimidos, en diferentes etapas del viaje. Cada uno da y recibe lo que le es apropiado, mientras todo el grupo de amigos de Dios y profetas permanece centrado en el incomprensible misterio del amor divino derramado en Jesucristo por el bien del mundo”¹⁴⁴.

Asimismo, la esperanza de los viandantes también puede ser descubierta e incentivada desde María al considerar que Ella (como los demás santos) es compañera de una memoria crítica, “peligrosa”, porque está unida al memorial de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Los que sufren, los débiles, los humildes, los que transitan

¹⁴²Ibídem, pp. 356-357.

¹⁴³Cf. Ibídem, p. 359

¹⁴⁴Ibídem, p. 362.

este mundo plagado de injusticias, pueden esperar verse socorridos, liberados por Dios, como lo fue su Hijo, su Madre y los restantes santos que aguardaron en Él¹⁴⁵.

Se infiere por lo tanto que la madre de Jesús que se encuentra ya redimida, en presencia de Dios, en compañía de los santos, quienes han sido también liberados como Ella de sus opresores, hallándose en una relación perpetua de comunión con la Trinidad, en posesión de la herencia del Reino de los Cielos, es motivo de gran y renovada esperanza para los que continúan su peregrinaje en la tierra.

2. 2. 4 Aportes de la autora a la esperanza de los cristianos en María

El título que eligió Johnson (en la segunda parte: “Teología de María en la comunión de los santos”) deja entrever inequívocamente que considera que María es portadora de suma esperanza para los cristianos. Esta orientación queda manifestada principalmente en el último capítulo: “María, amiga de Dios y profetisa” (pp. 349-369), que es el desenlace de la obra donde se reflexiona en torno a la remembranza viva de la madre de Jesús quien está inserta de forma eminente en la gloria celestial, en presencia de Dios, junto a todos sus amigos y profetas, es decir la comunión de los santos¹⁴⁶.

Su propuesta marcada por la perspectiva femenina, reacia a recurrir a los dogmas en general y que tampoco trata a este en especial (el de la Asunción), desembarca en la misma afirmación teológica, es decir lo asume sin explicarlo de modo sistemático. Si bien tiene distintas acentuaciones sostiene que María ya se encuentra en el Cielo junto a la Trinidad, no sola, sino en compañía de multitud de testigos, profetas también como Ella, en comunión con todos los santos.

“Su asociación de fidelidad con el Espíritu en virtud de la cual ella escuchó la palabra de Dios y la puso por obra, la sitúa en la compañía de los ancestros cuya memoria celebra y encuentra desafiante la comunidad. Ahora ella participa en la proclamación eclesial de la salvación sanadora, redentora, liberadora llegada de Dios en Jesús, una historia que incluye también el testimonio de muchas otras mujeres y hombres (...) Regocijándose en esta gran nube de testigos de rica

¹⁴⁵“Como Dios se colocó del lado de la víctima de una ejecución injusta y no del lado de sus jueces, esta memoria trastoca la expectativa de que el poderoso siempre ganará. Dios se solidariza con los que sufren, galvanizando la esperanza de salvación.” Ibidem, p. 364.

¹⁴⁶Cf. Ibidem, p. 349.

variedad, que incluye a la mujer de Nazaret, el pueblo de Dios corre hoy su vuelta en la pista del discipulado como legado para las generaciones futuras”¹⁴⁷.

La formulación que realiza revaloriza a María en el cielo y es prometedora para mejor comprender este aspecto teológico. También es destacable la vinculación esencial que realiza entre el testimonio que debe darse en la tierra como profeta, para poder luego estar en compañía de Dios y los demás profetas en el cielo. El testimonio de vida en este mundo, a semejanza de Jesús, de sus discípulos y de entre ellos en especial el de María, tiene repercusión escatológica. Aquel que es amigo de Dios en la tierra, continuará la amistad con Él en la eternidad.

Aunque deja de lado en cierto modo, las prerrogativas y el lenguaje clásico¹⁴⁸ discurre que María no es solo compañera de los santos en el cielo, además es compañera de los santos en la tierra, los que aún viven en este mundo pasajero, precisamente con esta incitación, con María como vehículo esperanzador, encamina su teología y suscita la praxis por la justicia y la liberación¹⁴⁹.

Johnson sostiene que la Madre de Jesús da esperanza, al ser una presencia sobresaliente en la comunión de los santos, no tanto como modelo a imitar o ayuda a invocar sino como la que anima en mayor medida de entre todos ellos, a caminar a sobrellevar las asperezas a los que aún viven en el mundo presente¹⁵⁰.

“La Iglesia viva de mujeres y hombres tiene ahora sobre sí la responsabilidad del momento; toca a ellos contribuir a reparar el mundo entre múltiples luchas por la justicia y la plenitud de vida. Pero la solidaridad con los antepasados entre los que está incluida María, la Madre de Jesús, la plena del Espíritu, da energías para una fidelidad continuada. La relación entre los que viven en la tierra y los que están con Dios en la gloria es fundamentalmente recíproca y colectiva. Ellos forman un círculo de amistad centrado en la gracia del dios vivo”¹⁵¹.

Como compañera de los discípulos en este mundo los moviliza a obrar y sobre todo les da esperanza, les aporta consuelo en medio de las esclavitudes, de la pobreza, las luchas, las aflicciones, las discriminaciones, las opresiones sufridas. Ella pasó por

¹⁴⁷Ibídem, p. 358.

¹⁴⁸Por ejemplo “culto de hiperdulía, etc.”.

¹⁴⁹“La apuesta que hago al empezar es que interpretar a María en relación al Espíritu como persona histórica concreta, llena de gracia, en compañía de los santos del cielo y de la tierra, produzca una teología capaz de promover la acción en nombre de la justicia y la liberación”. Ibídem, p. 142.

¹⁵⁰Cf. Ibídem, p. 357.

¹⁵¹Ibídem, p. 363.

todo eso y más como mujer, como pobre conoció de marginación en una sociedad fuertemente injusta y opresiva, por eso ha llegado a ser modelo e intercesora de los que todavía peregrinan en este mundo desigual y patriarcal¹⁵².

La categoría de “comunidad” que tiene su fuente en la tradición cristiana del primer milenio, recuperada por el Vaticano II, es medular en la mariología de la teóloga suscitando esperanza en las mujeres y en los desdichados y oprimidos de la injusta realidad. Así considera a María como mujer judía y pobre, agraciada por Dios, quien luego de su muerte ya participa de la comunión de los santos, pero continúa interactuando con la sociedad terrena.

“Como ha dejado claro la primera dimensión, ella es, antes que nada y sobre todo, una mujer humana real de nuestra historia, agraciada por Dios con el don del mismo Espíritu dado a todos. La segunda dimensión pone de relieve que, aunque ahora ha sobrepasado la historia, ella sigue estando conectada con la comunidad gracias a la amorosa fidelidad de Dios que mantiene en vida también a los muertos. Lo que llama la atención en la tercera dimensión, y es la sorpresa del evangelio que eleva al humilde, es su función de figura paradigmática dentro de la Iglesia”¹⁵³.

Es decir, luego de partir al cielo y unirse a la nube de santos, no se ha desligado de la humanidad sufriente, al contrario, interactúa con estos, lo que conlleva a revalorizar el ambiente ordinario de la gracia y la dignidad de la vida diaria, a pesar de los problemas, las limitaciones y las injusticias. Al distinguir la gracia redentora generosamente derramada sobre la comunidad se crea el espacio para percibir que la Madre del Salvador es bendita entre las mujeres y los hombres, siendo ellos también benditos y destinados a participar de la gloria eterna¹⁵⁴.

El recuerdo de los “compañeros de memoria” (de los santos) y de María en forma especial obra como una fuerza práctica, crítica, liberadora, que da vigor a nuestra resistencia y protesta, a nuestra imaginación y afecto. Este recurso a la memoria está relacionado con el acto primordial que concierne al cristianismo, es decir con el memorial litúrgico de la vida, pasión muerte y resurrección de Jesucristo, siendo ello “peligroso” de un modo especial. Como Dios se posicionó del lado de la víctima injustamente ejecutada, y no del lado de los opulentos verdugos, esta memoria trastoca

¹⁵²Cf. Ibídem, p. 142.

¹⁵³Ibídem, p. 357.

¹⁵⁴Cf. Ibídem, p. 354.

la expectativa de que los poderosos siempre ganan. Dios se solidariza con los que padecen, revistiendo su expectación de liberación. La fuerza constante de esta memoria con su esperanza en el futuro, como centro de la promesa, aunque desconocida, ha mantenido los ánimos de la Iglesia para conservarse con ardor y sensibilidad en el mundo y sigue haciéndolo también en el presente, permaneciendo la memoria de María en un lugar principal, destacado en la Iglesia¹⁵⁵.

Seguidamente se dará paso al último capítulo desde el cual se ahondará en la relación existente entre la fe en la Asunción en cuerpo y alma obrada ya en María y lo que es posible esperar o no, para los que aún están en este mundo que pasa.

¹⁵⁵Cf. Ibídem, p. 364.

CAPÍTULO III

3. 1 La esperanza cristiana a la luz de *Spe Salvi*

Se expondrá seguidamente lo que comporta y lo que no procede de la legítima esperanza cristiana, a tenor de lo que sobre Ella expresa la carta encíclica de Benedicto XVI.

Para el análisis se considerará: la pertinencia de estar fundada en Jesús; si se limita (o no) a la ciencia, al dominio o progreso material humano; si trasciende (o no) las realidades transitorias del mundo presente; la actuación frente a la contingencia.

3. 1. 1 Lo que no es la esperanza cristiana

Spe Salvi al comenzar a abordar el sentido de la esperanza de salvación cristiana recuerda que no es un simple dato de hecho, si no que es algo mucho más profundo, enriquecedor y plenificante que puede y debe distinguirse de los anhelos meramente humanos, terreno y caducos. De tal manera es posible presentar un orden para conocerla, también por contraste:

i) La pertinencia de su fundamento: la esperanza como tal no puede ser jamás considerada como una cosa, un ideal a alcanzar o una mera criatura. De ningún modo es alguien con un propósito socio-revolucionario para este mundo, como lo fue el esclavo “Espartaco”, quien lideró una rebelión contra el orden imperante en la antigua Roma. Asimismo no es un combatiente, un guerrero por una independencia política como lo fue “Barrabás” o “Bar-Kokebá”¹⁵⁶.

Al comprender su principio se descubre que la esperanza de ningún modo es desordenada, caótica o confusa. Es decir, no provoca en la persona un sentimiento de indefinición, ambigüedad, que conduciría a creer que se está a merced de las fuerzas incontrolables del universo, o a suponer que son estas las que rigen la vida humana. Ella atestigua que no son los elementos del cosmos, las leyes de la materia, lo que de modo concluyente tutelan el mundo y a las criaturas, sino que es un Dios personal quien rige

¹⁵⁶Cf. SS, 4.

absolutamente todo el universo. No es concebible para quien la posee, la esclavitud desesperada del universo y de sus leyes, sino la libertad de los hijos de Dios¹⁵⁷.

ii) Incircumscripita a la ciencia, al dominio o progreso material humano: la esperanza cristiana, en absoluto es una idea o una abstracción, una construcción, o una decisión meramente humana. Tampoco es posible pretender adquirirla por medio de alguna (o de todas) ciencia humana¹⁵⁸:

“La salvación no puede ser obra del mismo hombre, no puede ser, por decirlo de algún modo, un trabajo político que podemos construir con nuestras propias fuerzas y prescindiendo de Dios (...) Cada vez que el hombre procura construir una salvación con sus manos, termina por convertirse en un adicto a las demagogias y militante de algún proyecto de imitación mesiánica. Sin embargo, tener una esperanza fiable, aquella que surge del encuentro con Cristo, sí redime verdaderamente al hombre porque le exige un cambio de vida conforme a los preceptos de Dios y le otorga una realidad que se convierte en una meta: la vida eterna”¹⁵⁹.

Como se puede entender, nunca es algo material, tangible, algo producido en la tierra. No es un bien físico; jamás la sustancia de la esperanza puede ser inferior a una sustancia material, ya que aquella suministra nuevas raíces que relativizan los pedestales habituales, como lo son la confianza en los bienes materiales.

De igual modo es incompatible con la fabricación, la creación, la obra del mismo hombre, o con un trabajo político que se pueda edificar con nuestras propias fuerzas y excluir a Dios de la tarea. Por ello no es un mero progreso y aunque muchos ponen sus ilusiones y buscan su salvación a través del activismo político y de la tecnología, Ella no está condicionada por ninguna de estas apetencias mundanas. Tampoco es adelanto tecnológico, esto mismo, en su desviación, en su mal uso, ha producido a la humanidad un inmenso dolor, una horrorosa desolación.

La esperanza que salva no puede llegarle al hombre individual o de forma colectiva si se prescinde de Dios. La propia historia ha probado que no es realizable crear un futuro próspero sin Dios¹⁶⁰.

iii) Trasciende las realidades transitorias del mundo presente: al asentarse en Jesucristo, y no quedar sujeta a un espacio y tiempo determinado, ni al dominio material

¹⁵⁷Cf. SS, 5.

¹⁵⁸Cf. SS, 17; 18; 19.

¹⁵⁹ Giancarlo Castillo Gutiérrez, “Una lectura educativa a la encíclica Spe Salvi de Benedicto XVI”, en *Revista Veritas*, nro.45, (Valparaíso: Pontificio Seminario Mayor San Rafael, abr. 2020), p. 148,

¹⁶⁰Cf. SS, 20.

de criatura alguna, se extiende de lo visible a lo invisible. Por esta razón al no estar cimentada sobre cosas transitorias (las que sí pueden sernos quitadas o suprimidas), la esperanza permanece incólume y no puede ser cancelada, ni revocada por poder humano o angélico, persistiendo hasta la eternidad¹⁶¹. En ese sentido la misma no es realizable de manera absoluta en el tiempo presente. Ello se comprueba fácilmente cuando se considera que el hombre atesora numerosas esperanzas durante su vida, cuando algunas o todas sus expectativas se realizan, vislumbra que todavía desea algo más, en cuanto no está aún del todo complacido, intuyendo que sólo puede satisfacerse con algo infinito, algo que será siempre superior a lo que nunca podrá alcanzar en esta vida¹⁶².

Al no estar circumscripita solo para este mundo transitorio¹⁶³, el cristiano comprende que jamás deberá conducirse en la autorreferencialidad, o ser indiferente frente a los prójimos:

“Ningún ser humano es una mónada cerrada en sí misma. Nuestras existencias están en profunda comunión entre sí, entrelazadas unas con otras a través de múltiples interacciones. Nadie vive solo. Ninguno peca solo. Nadie se salva solo. En mi vida entra continuamente la de los otros: en lo que pienso, digo, me ocupo o hago. Y viceversa, mi vida entra en la vida de los demás, tanto en el bien como en el mal”¹⁶⁴.

Aunque una consideración superficial de ella pueda engañar, no está involucrada con el comunismo¹⁶⁵. O sea que es opuesta al “desolador marxismo” (un milenarismo secular), en el cual hay olvido de la libertad del hombre y de que un mundo sin libertad no es un mundo bueno. La libertad necesita de la expectativa que la sitúe en medio de las diferentes angustias, las negaciones, los fracasos personales y de la historia.

¹⁶¹Cf. SS, 31.

¹⁶²Cf. SS, 13; 30.

¹⁶³Cf. SS, 14; 15.

¹⁶⁴SS, 48.

¹⁶⁵Cf. SS, 21.

3. 1. 2 Lo que es la esperanza cristiana

Spe Salvi luego de introducir la cita bíblica de Rm. 8, 24, que es la que estructura toda la encíclica¹⁶⁶, da paso a explicar lo que ha significado y significa la esperanza,

i) Se funda en “Alguien”, en una Persona: la esperanza como tal tiene su origen, en el que es Dios y hombre verdadero: Jesucristo, el que es portador de la buena noticia de salvación. Por ello la gran esperanza del creyente es: Cristo mismo. Es la concreción de lo que fue anunciado antiguamente al pueblo elegido de Israel. Es una persona, Dios y hombre: Jesús de Nazaret. Es el auténtico “Filósofo”, el que instruye acertadamente sobre quién es el ser humano y el que lleva a vivir de otra manera, con una vida nueva esperanzada¹⁶⁷.

Lo que Él trajo, a través de María, fue algo totalmente original: el encuentro con el Dios vivo en Persona. Ello ha sido no sólo «informativo», sino también «performativo», apto para convertir, por la expectación, la historia y la vida misma de los destinatarios, haciéndoles experimentar la redención.

“Benedicto XVI nos da un marco referencial acerca de lo que es la esperanza cristiana, de tal modo que la define, en síntesis, como un don o virtud teologal que en ocasiones equivale a la palabra fe, y que surge del encuentro con Cristo y nos salva”¹⁶⁸.

ii) Prevalece y progresa frente a cualquier contingencia: la esperanza cristiana es la que orienta a manifestar la salvación, es invencible y supera cualquier amargura, incluso la opresión, porque innova oportunamente desde el interior de la existencia y llega a abarcar el cosmos entero, siendo inagotable.

Es la que libera, la que vence toda esclavitud. Ello está atestiguado en el Nuevo Testamento, de una manera singular en la “Carta a Filemón”, que Pablo, mientras está en una prisión imperial, escribe y envía al cristiano Filemón (un rico propietario)¹⁶⁹. El destinatario tiene entre sus muchas posesiones, un esclavo llamado Onésimo a la sazón

¹⁶⁶“*Spe enim salvi factisumus; spes autem, qua evidetur, non est spes; nam, quod videt, quis sperat*” (“Porque nuestra salvación es en esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve?”).

¹⁶⁷Cf. SS, 8.

¹⁶⁸ Giancarlo Castillo Gutiérrez, “Una lectura educativa a la encíclica *Spe Salvi*”, p. 147.

¹⁶⁹ Filemón era un próspero ciudadano de la ciudad de Colosas, que Pablo convirtió a la fe cristiana durante su permanencia en Éfeso.

fugitivo¹⁷⁰. Éste es devuelto a su amo por parte del Apóstol y comisionado con el encargo de llevarle la carta. Por paradójico que pueda parecer, Pablo hace volver al esclavo evadido a “su dueño”, no lo hace de cualquier modo, sino que le suplica lo reciba como a un hermano querido. La revolucionaria perspectiva irrumpe reconfigurando las relaciones civiles de la sociedad desde dentro, aunque las formas externas jurídicas puedan permanecer, transitoriamente, iguales. Así pese a que continuará tutelada civilmente por un tiempo, la institución de la esclavitud, en cuanto miembros de la única Iglesia, todos los regenerados por el Bautismo (esclavos y libres), llenos del Espíritu Santo, bajo la guía de un único Señor a quien reciben juntos en la Sagrada Eucaristía y en los demás Sacramentos, pasan a ser libres, hermanos unos de otros, compartiendo la misma gran esperanza¹⁷¹.

La expectación cristiana es la que posibilita la libertad, ya que esta necesita de aquella, que es la que la asienta en medio de las angustias, las negaciones, los fracasos tanto personales como de la historia¹⁷².

iii) Está plenamente orientada a la trascendencia: es la que comienza a borrar las diferencias negativas, ofensivas o dañinas en los discípulos de Cristo¹⁷³. Incluso si son mantenidas dichas desigualdades en la normatividad civil o se promueven en el plano temporal, en Jesús son ampliamente vencidas. Más aun es considerado laudable, meritorio el sufrir con una expectación trascendente¹⁷⁴.

“Es la anticipación del Dios que ha venido y nos ha manifestado su amor incondicional en el misterio pascual de Jesucristo, encarnado, crucificado, muerto, sepultado y resucitado (...) y nos compromete en esperanza activa y fiel con todos los crucificados de la historia, en dirección hacia una meta tan sólida que justifica el esfuerzo del camino: la vida eterna como el sumergimos definitivamente en la inmensidad del ser de Dios”¹⁷⁵.

¹⁷⁰Onésimo, luego de huir de Colosas se refugia en Roma. Allí se encontró con Pablo, quien para entonces es anciano (v. 9), y se encontraba prisionero en la capital imperial. Después de bautizarlo, este lo devolvió a su dueño con una breve carta de recomendación.

¹⁷¹Cf. SS, 4.

¹⁷²Cf. SS, 21.

¹⁷³Cf. Gál. 3, 28; Rm.10, 12.

¹⁷⁴Cf. Mt. 5, 10 - 12; Col 1, 24; 1 Ped 4, 12-19.

¹⁷⁵Mario Gutiérrez S.J., “La encíclica Spe salvi del papa Benedicto XVI en la dialéctica de la esperanza activa”, en *Revista Theologica Xaveriana* vol. 59, nro. 168 (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, julio-diciembre, 2009), p. 420.

Es la que hace posible sobrepasar adversidades, los diversos infortunios, las injusticias, sin caer en el desánimo, ni buscar una mundana evasión, centrándose en la meta: en Jesús Salvador.

Asimismo, es la que da certeza de que sólo Dios es quien sustenta el universo y quien propone y proporciona lo que nosotros por sí solos no conseguimos obtener. Es la que lleva a reconocer de una manera clara que es únicamente Dios quien la origina y dispensa; pero no cualquier dios, sino Aquel que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su totalidad¹⁷⁶.

Al haber señalado precedentemente la comprensión de “la esperanza”, es decir lo que es y lo que no es la esperanza cristiana, según lo enseña la carta encíclica *Spe Salvi*, se pasará a continuación a cotejar, a valorar una dimensión que la acompaña y que en el último tiempo ha tomado envergadura: “la Asunción y su relación con la esperanza cristiana”. Así en el punto siguiente se intentarán resaltar las principales contribuciones teológicas que ésta ha tenido a partir de la reflexión tanto de Benedicto XVI, como de los autores actuales Stefano De Fiores y Elizabeth Johnson.

3. 2 Aportes a la Asunción producidos por Benedicto XVI, S. De Fiores y E. Johnson

En esta segunda sección será expuesto el aporte mariológico, según los autores tratados, a partir de la Asunción y la esperanza que suscita. Entre otros aspectos se tendrán en cuenta lo que acontece después de la muerte: la vida futura y la resurrección de la carne.

Primeramente, es preciso aclarar que la polémica sobre la muerte (o no) de María¹⁷⁷, sobre si transitó a la eternidad sin experimentarla, ha quedado superada. La Madre, a semejanza de Su Hijo murió verdaderamente y su cuerpo no sufrió la corrupción, sino que prontamente se unió a su alma inmortal. Esta aseveración es la que

¹⁷⁶Cf. SS, 31.

¹⁷⁷De manera algo tardía cierta corriente minoritaria no descartó la posibilidad de la no muerte de María. Esta línea teológica que alega la exención del fallecimiento de María, y que franqueó directamente a la vida celestial, era prácticamente desconocida hasta el siglo XVII. Cf. PP. Juan Pablo II, Catequesis durante la audiencia general: “La dormición de la Madre de Dios”, en *LOR*, en lengua española, nro. 26, (Roma, 27 de junio de 1997), p. 3.

quedó afirmada de una manera implícita, a través del reconocimiento del “*sensus fidelium*” en el mismo documento que recogió el dogma de la Asunción:

“Los fieles, guiados e instruidos por sus pastores, aprendieron también de la Sagrada Escritura que la Virgen María, durante su peregrinación terrena, llevó una vida llena de preocupaciones, angustias y dolores (...) igualmente no encontraron dificultad en admitir que María haya muerto del mismo modo que su Unigénito (...) no les impidió creer y profesar abiertamente que no estuvo sujeta a la corrupción del sepulcro su sagrado cuerpo y que no fue reducida a putrefacción y cenizas el augusto tabernáculo del Verbo Divino”¹⁷⁸.

Es esta misma línea argumentativa la que enfatizó y desarrolló el Concilio Vaticano II y los pontífices posteriores. Juan Pablo II recordó que el privilegio no lleva de suyo una superioridad con el Hijo en cuanto al fallecimiento físico. Precisamente señaló que María murió, a semejanza de su Hijo, quien se sometió a la muerte, no porque fuese culpable de pecado sino por aceptar compartir, el castigo merecido de los culpables,

De igual modo recibió sobre sí la sentencia de muerte de los hombres pecadores; para conformarse más al Hijo y cooperar con la redención, por ello murió verdaderamente:

“El hecho de que la Iglesia proclame a María liberada del pecado original por singular privilegio divino, no lleva a concluir que recibió también la inmortalidad corporal. La Madre no es superior al Hijo, que aceptó la muerte, dándole nuevo significado y transformándola en instrumento de salvación (...) María, implicada en la obra redentora y asociada a la ofrenda salvadora de Cristo, pudo compartir el sufrimiento y la muerte con vistas a la redención de la humanidad”¹⁷⁹.

Desde la realidad de la encarnación se asegura que el Hijo, quien asumió la carne humana, lo hizo a partir de una mujer mortal, no de un ser inmortal. Ella ha seguido con fidelidad sus pasos mientras compartieron el tiempo terreno y es de fe que permanece junto a Él, en la eternidad.

A continuación, serán consideradas las siguientes interpelaciones: ¿Qué elementos se encuentran en la asunción de María? ¿Qué elementos refuerzan la

¹⁷⁸MD, 14.

¹⁷⁹PP. Juan Pablo II, *La dormición*, Ibídem.

esperanza cristiana? ¿Qué nos dice de nuestra propia corporeidad? ¿Qué ilumina la auténtica esperanza cristiana? Estas cuestiones serán abordadas desde la visión de Benedicto XVI, Stefano De Fiores y Elizabeth Johnson, teniendo en cuenta el cuerpo animado, la comunión y la resurrección.

3. 2. 1 Benedicto XVI desvela que la expectación del Hijo de María no decepciona y supera a cualquier otra

La esperanza que plantea *Spe Salvi* no es alguna expectativa intrascendente, secular o pasajera. Al contrario, es aquella que se encuentra cimentada en el misterio del que es Dios y hombre, nacido de una mujer, con alma, con inteligencia y voluntad, con sentimientos, con una tradición asumida: Jesús. En Él, que nació de una muchacha hebrea, Miriam, tenido por el hijo del carpintero José, que vivió hace más de 2000 años en el poblado de Nazaret, en la provincia romana de Judea, conocida luego como Palestina, ha sucedido la manifestación de una esperanza invencible que derriba cualquier obstáculo, que supera y colma cualquier expectativa¹⁸⁰.

Su madre, que es la portadora de la esperanza, es igualmente su fiel servidora que a semejanza de los demás discípulos se sabe del todo dependiente de Dios. Ella ha trabajado con denuedo en la obra redentora, y al recibirla y ser Asunta, es ahora modelo en santidad e intercesora. Es quien motiva la esperanza en los que aun transitan el mundo que pasa; la que asiste a sus hijos en sus pesares, sin anular los trabajos y los sufrimientos¹⁸¹. También es la que aguarda e intercede para que a donde se encuentra ahora, triunfal, junto a la Trinidad, lleguemos también sus hijos.

Es en esta renovada cosmovisión de la cual surge la posibilidad de comprender que los discípulos misioneros, sin despreciar el espacio y tiempo propio, se consideran como peregrinos y huéspedes en la tierra, ansiando la patria futura¹⁸². Con la ascensión

¹⁸⁰Cf. SS, 31.

¹⁸¹“Les digo esto para que encuentren la paz en mí. En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan valor: yo he vencido al mundo”. Jn. 16, 33.

¹⁸²“Todos ellos murieron en la fe, sin alcanzar el cumplimiento de las promesas: las vieron y las saludaron de lejos, reconociendo *que eran extranjeros y peregrinos en la tierra*. Los que hablan así demuestran claramente que buscan una patria; y si hubieran pensado en aquella de la que habían salido, habrían tenido oportunidad de regresar. Pero aspiraban a una patria mejor, nada menos que la celestial. Por eso, Dios no se avergüenza de llamarse «su Dios» y, de hecho, les ha preparado una Ciudad” (Hb. 11, 13 - 16).

también se le revela al cristiano no meramente la existencia un lugar ulterior, sino algo incomparable: la certeza de que la sociedad actual no es su paradigma, sino que se encaminan y son parte de una civilización nueva, que es anticipada en su peregrinación¹⁸³.

La esperanza genuina, de la que es portadora María, implica creer que la salvación ya ha sido realizada en el mundo, por obra del Hijo, al cual se aguarda que llegue al fin de los tiempos, para la feliz y total consumación. Con dicha atrayente certeza es posible resistir el desalentador presente, porque la meta eminente amerita la dura fatiga. La gran esperanza, que está en medio de un tenebroso escenario existencial: con anarquía moral, enfrentamientos bélicos, terrorismo, enfermedades, degradación ambiental, inestabilidades económicas y políticas, es la que origina que el cristiano no pierda su horizonte de vida. Es esta sólida y fiable esperanza la que nos permite sobrellevar el aflictivo presente¹⁸⁴.

De esta manera el discípulo manifiesta que un mundo sin libertad no es bueno, más aún descubre que su madre ya Asunta, es quien le renueva la confianza, quien le da nuevos bríos para situarse, recorrer y dar razones de su esperanza entre las angustias, las negaciones, los fracasos personales y de la historia. Con ello redimensiona y transforma para mejor, el espacio y el tiempo¹⁸⁵.

El tener como horizonte un venturoso y eminente final, genera una fuerza poderosa para soportar el áspero camino de la vida¹⁸⁶. Así se posee un futuro apetecible, entendiéndose que la existencia no culmina en la nada. Se nos proporciona la posibilidad de alcanzar al Creador, de llegar a su presencia, de conocer el rostro del Dios Trino, vivo y verdadero revelado en Jesucristo, que muda desde dentro la vida y el mundo. Esta esperanza es preferible a cualquier otro anhelo terreno y es capaz de superar los más repelentes padecimientos, incluso de no temer a la desafiante muerte¹⁸⁷.

“Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, y esperamos ardientemente que venga de allí como Salvador el Señor Jesucristo” (Flp. 3, 20).

¹⁸³Cf. SS, 4.

¹⁸⁴Cf. SS, 8.

¹⁸⁵“La puerta del futuro se abre y el que tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva. Luego, la esperanza no es evasión, sino vida activa en el presente”. Mario Gutiérrez S.J., “La encíclica Spe salvi”, p. 409

¹⁸⁶“El Papa asume los dos aspectos: la salvación es un dato de hecho, pero se nos ha dado la esperanza fiable para que nos sea posible afrontar nuestro presente. Éste se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, de la que podamos estar seguros y de que sea tan grande que justifique el esfuerzo del camino. El sentido, en consecuencia, reúne el pasado, el presente y el futuro”. Mario Gutiérrez S.J., “La encíclica Spe salvi”, p. 407.

¹⁸⁷Cf. SS, 31.

Ante esta revelación, la existencia de los que a semejanza de la Asunta orientan su esperanza en quien no defrauda, ven abierta la puerta de acceso a la participación de la felicidad eterna, que encierra también la justicia divina.

“El Juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, como porque es gracia. Si fuera solamente gracia que convierte en irrelevante todo lo que es terrenal, Dios seguiría debiéndonos aún la respuesta a la pregunta sobre la justicia, una pregunta decisiva para nosotros ante la historia y ante Dios mismo. Si fuera pura justicia, podría ser al final sólo un motivo de temor para todos nosotros”¹⁸⁸.

La legítima esperanza cristiana que anhela también justicia¹⁸⁹ lleva a formarse, a entrenarse en Ella. Esta posee algunos «lugares» de aprendizaje y ejercicio práctico. *Spe Salvi* explica que son cuatro los lugares para ejercitarse en Ella, los que María practicó y que con su Asunción interpela más a su realización. El primero es la oración: cuando nadie escucha o puede ayudar, Dios todavía escucha y ayuda, y no hay nada imposible para Él¹⁹⁰. El segundo es el actuar: la espera no es egocéntrica, al contrario es siempre esperanza para los demás, es activa e impulsa a trabajar para que el mundo llegue a ser más humano y radiante. En tercer lugar, el sufrimiento: si bien es necesario hacer todo lo posible para reducir el sufrimiento en el mundo, lo que caracteriza al cristianado es su capacidad de aceptar la tribulación, madurar en Ella y encontrar allí la unión con Jesús, que padeció con amor infinito por los demás. La esperanza abre a comprender el sentido del sufrir por y con los demás. La sociedad que no consigue admitir o integrar a los que padecen es una sociedad brutal e inhumana¹⁹¹.

El lugar final de la esperanza que vivifica es el creer que se realizará el juicio de Dios. Ello es motivo de consuelo y expectación: es decir el saber que acaece una justicia plena, que existe la “revocación” del sufrimiento pasado, la reparación que restablece el derecho lesionado. Esperanza en que verdaderamente ocurre un juicio justo que determina la vida eterna de cada persona, que se plenifica con la sentencia final y la resurrección de la carne (de la que ya disfruta María). Dios es justicia y crea justicia, siendo causa de tranquilidad y gran esperanza. Así la esperanza implica asumir que no es indistinto a la justicia divina el proceder de cada cual, porque los malvados no

¹⁸⁸SS, 47.

¹⁸⁹“Estoy convencido de que la cuestión de la justicia es el argumento esencial o, en todo caso, el argumento más fuerte en favor de la fe en la vida eterna”. *Ibidem*, p. 43.

¹⁹⁰Cf. *Ibidem*, pp. 32-34.

¹⁹¹Cf. *Ibidem*, pp. 35-40.

compartirán el banquete eterno junto a los bienaventurados, como si no hubieran causado ninguna acción siniestra¹⁹².

El que cree en la Asunción cree en un mundo futuro, en los atributos divinos de la misericordia y la justicia. De tal forma la esperanza cristiana explicita sin ambigüedades la existencia, luego de muerte de toda persona, del cielo, del purgatorio y del infierno¹⁹³.

Al primer estado lo disfrutan inmediatamente los que fallecen en la gracia y en el amor de Dios y están del todo purificados (como María). La segunda posibilidad es aquel estado de dolor transitorio que padecen los que deben aún ser transformados para acceder al amor definitivo. La dramática e innegable posibilidad del infierno la sufren los que mueren rechazando voluntaria e irreversiblemente el don de la caridad eterna. Es decir padecen el infierno los que se cierran personalmente a la salvación, los repudian al mismo Dios del cual se verán privados para siempre¹⁹⁴.

“Sin embargo, tener una esperanza fiable, aquella que surge del encuentro con Cristo, sí redime verdaderamente al hombre porque le exige un cambio de vida conforme a los preceptos de Dios y le otorga una realidad que se convierte en una meta: la vida eterna”¹⁹⁵.

Es alrededor de la esperanza donde se hace más urgente adentrarse, puesto que tiene connotaciones significativas en la persona, con una trascendencia de carácter irrevocable. Discurrir en María, en lo que en Ella fue causado, en lo que le aconteció, y aguardar lo mismo para quienes buscan la salvación eterna de acuerdo a la Verdad manifestada, es impulso de enorme y alentadora esperanza.

¹⁹²Cf. Ibídem, pp. 41-44.

¹⁹³Cf. Ibídem, p. 45.

¹⁹⁴Cf. Ibídem, pp. 45-48.

¹⁹⁵ Giancarlo Castillo Gutiérrez, “Una lectura educativa a la encíclica Spe Salvi”, p. 148.

3. 2. 2 María portadora de esperanza en el marco histórico-salvífico de Stefano De Fiores

De lo elaborado por el Concilio Vaticano II, Stefano De Fiores inserta a la Madre de Jesús en la perspectiva histórico-salvífica, integrándola en la existencia de la Iglesia. El autor es consciente que hay cierta difusión teológica con fantasías, negaciones, exageraciones o inexactitudes. A partir de esa constatación es que busca superar el estancamiento, y aporta elementos para que recupere su auténtica posición teológica. Se destaca que María tiene una actuación propia en el diseño creador y que posee un lugar singular en el plan salvífico, el que se acrecentó después de la Asunción¹⁹⁶:

“La imagen de la Madre de Jesús se ha mostrado a los cristianos privada de significado, ya que no ha actuado dentro del dinamismo cultural con toda su carga liberadora, promocional y sugerente. Nuestra tarea consiste en discernir, por difícil que sea, los valores, problemas, modelos, instituciones y esquemas representativos de la cultura de nuestro tiempo para afianzar en ellos la figura de María para que así manifieste todo su significado vital en función del designio divino de salvación”¹⁹⁷.

Hace avanzar la Mariología dando una renovada explicación al sentido de la Asunción para la actualidad. Se pregunta acerca del hombre contemporáneo, (qué puede decirle la Madre de Jesús), a lo que responde que la Hija de Sión (ahora en el cielo) es el modelo acabado del cristiano. Si se la examina a la luz de la revelación, no hay inconveniente en demostrar las similitudes en su propia historia en Israel, con las contrariedades que experimenta todo cristiano. No es cómoda la vida en una historia y tiempo transidos de trabajos, dolores y muerte, y sobre un mundo sobre el cual se pretende incidir positivamente. Es en María, a semejanza de su Hijo, que se puede entender la lógica de Dios para este dilema. Ella es propuesta como paradigma, dándosele una significancia y valoración que tiene una ininterrumpida vigencia espacio temporal.

¹⁹⁶Cf. Stefano De Fiores, *María, Madre de Jesús*, p. 27.

¹⁹⁷*Ibíd.*, pp. 355 - 356.

Desde su posición de mujer expresada como madre y discípula de Jesús, tiene algo importante para decir porque su vida, su respuesta a la fe y el término de su existencia son un motor esperanzador para los discípulos de su Hijo¹⁹⁸.

Su rol principal, su lugar esperanzador en el conflictivo mundo está dado a partir de haber aceptado libremente la maternidad divina, perseverando en la fe discipular, en medio de gozos, de trabajos, de tentaciones y dolores, sirviendo a la salvación que obró Jesucristo: “La existencia de María constituye la raya divisoria en la que se pasa de la bajeza a la exaltación, constituida por la mirada de amor de Dios su salvador que realiza en Ella “grandes cosas” (Lc. 1, 49)”¹⁹⁹. Es la respuesta que ofrece la que permite en Ella la encarnación del Verbo, la llave que abre la esperanza a la salvación a todo el género humano. Por su medio, su colaboración, su abajamiento (kénosis), se produce el cambio de situación de la humanidad: de caídos a redimidos, de la tierra al cielo. La victoria esperada se cumple en la que perseveró en las pruebas, aquí, como fiel discípula, resplandeciente, ahora, en cuerpo y alma en la Gloria.

El teólogo italiano igualmente aporta al alertar y explicar que el motivo, las dificultades que produjeron cierto reparo en el progreso mariológico (incluido el dogma de la Asunción) han sido las alteraciones culturales. Estas entorpecieron la genuina reflexión sobre María, la que se ha visto desvirtuada al aplicársele rasgos, funciones, categorías exageradas, o a la inversa, el habérsele disminuido o no reconocido en su ser madre de Jesucristo, con todas sus limitaciones en la vida terrena, mientras vivía en la antigua Palestina. No se la debe ver como una semidiosa o una supermujer²⁰⁰. Tampoco es posible esperar de Ella una sustitución de lo divino, o generar expectativas desmesuradas, como creer que liberará a los hombres del pecado y desdichas de otra manera a lo ya acaecido o imaginar que obrará una intervención fabulosa más allá de lo bíblicamente revelado.

Dilucida que una correcta apreciación mariana lleva a valorar el ejemplo de María en su vida en Nazaret, como madre y discípula de Jesús. Allí se descubre el inicio de la firmeza de la personalidad cristiana, formada a través de la adhesión libre a la acogida histórico-salvífica de Dios. La contestación que le da al arcángel Gabriel es la recapitulación de la antropología cristiana. El tipo de “hombre nuevo” en Ella nacido, elimina tanto la supresión del individuo frente a Dios y la comunidad, como la

¹⁹⁸Cf. *Ibídem*, p. 356.

¹⁹⁹Cf. *Ibídem*, p. 277.

²⁰⁰Cf. *Ibídem*, p. 43.

glorificación del individuo sin relación con el creador y la comunidad. Integrada a su pueblo es posible reconocerla como la Hija de Sión que está ante el Señor y sirve a su propósito de salvación en beneficio de los demás hombres. Es en ese espacio temporal donde se despliega la mujer escogida y llamada a la alegría (So. 3 14-17; Za. 2, 14; 9, 9); la representante del pueblo elegido, la misma que ya goza en su cuerpo, de la gloria celestial²⁰¹.

De Fiores considera que para el cristiano la ascensión no produce extrañeza si es entendida desde el esquema de abajamiento-exaltación. Por ello María como partícipe de la “kénosis” de Cristo (kénosis que se aparta de un mesianismo con privilegios terrenos e inmunidad frente a la muerte), debía asociarse a su exaltación, según se desprende del Evangelio (Lc. 1, 52-54; Lc. 14, 11; 18, 14). Al descenso (*catábasis*) le corresponde el ascenso (*anábasis*), al abajamiento le sigue la exaltación, a la humillación, el triunfo. De este modo Dios manifiesta su fidelidad a la ley histórico-salvífica que Él mismo puso en acción en la antigua y nueva alianza.

La Ascensión así entendida origina una renovación en la ponderación mariana con grandes consecuencias tanto antropológicas como eclesiales. María pasa a ser la nueva mujer de las ultimidades. A semejanza del Hijo es elevada, exaltada y entronizada; precisamente lo que los fieles también esperan para sí mismos, según la promesa de Cristo. Con este esquema “abajamiento – exaltación” las escrituras dan a conocer que se produce un cambio no tanto de lugar, sino de situación. “Elevación” (Ascensión) no expresa en primer lugar un rapto hacia un luminoso cielo, sino que significa el estar junto a Dios, el hallarse en la dimensión de la Trinidad, de su gloria y poder.

La renovación en María procede del hecho de que toda su persona ha sido absolutamente redimida por el Hijo; esencialmente transformada por el Espíritu Santo y enteramente colocada bajo la potestad del Padre. Lo que el cristiano espera, a semejanza de María, es la concreción en su propia persona, en su final, (luego de la muerte), lo que en Ella ya se cumplió:

“Como creyente en Jesús, su suerte ultra terrena no puede ser diferente a la de los fieles discípulos del Señor a los que ha prometido la vida eterna (...) En María, primicia glorificada de los creyentes en Cristo, se cumple de modo pleno

²⁰¹Cf. Ibídem, p. 377.

y sin dilación alguna el misterio pascual del Señor en el que se anticipa el futuro prometido a cada fiel.”²⁰²

Otro aporte del autor es el de ahondar en la explicación acerca del cuerpo ya “glorioso” de la Asunta, o sea ahora partícipe de la vida trascendente en la esfera divina, a semejanza de la corporeidad de su Hijo resucitado, siendo este el sentido escriturístico de “gloria”.

Para entender cómo es glorificada en todo su ser corpóreo y psíquico (y cómo lo será el creyente que espera) es necesario recurrir a la analogía con Jesús resucitado y los cuerpos resucitados, tal como se explica en la Biblia, sobre todo en 1Co 15, 35-50. La Madre a semejanza de su Hijo ya glorioso, no está ahora sujeta a las leyes de este mundo, y así posee la cualidad activa, que le permite actuar libremente en el cosmos, sin poseer pasividad, es decir sin estar limitada, encerrada, en el tiempo y el espacio²⁰³.

Similar al Hijo que ha sido entronizado luego de su Resurrección, a quien se le da el nombre de “Kyrios” (Señor) (Flp. 2, 9-11), Ella, siempre dentro de las debidas proporciones, también es proclamada por el pueblo de Dios como “Señora”, que significa que ya está glorificada en cuerpo y alma; y coronada como reina, investida como tal en su actual condición escatológica e histórico-salvífica, y que recibe las alabanzas de toda la creación²⁰⁴.

Esta perpetua alabanza a la Hija de Sión queda revelada en el Evangelio cuando ella misma profetiza que: “En adelante todas las generaciones me llamarán feliz, porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas” (Lc. 1, 48-49). A partir del encuentro y la exaltación que le tributa Isabel (v. 45) comienza a desplegarse de forma ininterrumpida la alabanza y bendición que envuelve a Dios y a su criatura, a María. Quienes proclaman su dicha, después de su prima, son “todas las generaciones” (Lc. 1, 48b), o sea no sólo los cristianos, sino que también están comprendidos todos los que conocen las maravillas obradas por Dios en ella. El mismo Cristo es el encargado de explicar el alcance de la bienaventuranza de su madre, al acentuar que lo es principalmente por su escucha a la Palabra de Dios y por practicarla (Lc. 11, 27-28).

²⁰²Ibídem, p. 268.

²⁰³Cf. Ibídem, p. 269.

²⁰⁴La Iglesia, en su “lex orandi” medita en el rosario sobre la coronación de María en el cielo, en este sentido ha sido desde antiguo sensible al rito de coronación de sus imágenes y en particular la de María. Así ello es reconocido como “el signo visible de un renacimiento”. Las escrituras corroboran este significado al enseñar que la coronación es un evento de victoria y recompensa (Pr 4, 9; 1Co 9, 24; 2Tm 4, 8; Ap. 2, 10) y manifestación de una vida leal al Señor. Cf. Ibídem, p. 270.

Sumado a ello, De Fiores contribuye a la mejor comprensión de la Asunción al recordar que según lo profetizó Isabel (Lc. 1, 42; 45) María es la fiel creyente y madre de Jesucristo y por ello su gloria permanecerá siempre. Del mismo modo la historia de la Iglesia ha quedado marcada por esa glorificación: “maría-euloghia” o “mariología doxológica”, que ha llevado pueblo de Dios, a desarrollar progresivamente la alabanza, el culto de veneración de hiper dulía de María. De forma paulatina se comprendió y experimentó la magnitud del poder de intercesión de la que ya está glorificada en cuerpo y alma en el cielo. Como aconteció con el Hijo, la Madre transita de la doxología al culto, a las fórmulas dogmáticas y a la especulación teológica sistemática. Este acontecer obrado de modo gradual en María se actualiza en el transcurso de los años y es mejor dilucidado y entendido a luz de la lógica divina, bajo la doble fase de la “kénosis” y “la gloria”²⁰⁵.

3. 2. 3 Elisabeth Johnson esclarece la esperanza que suscita Miriam de Nazaret, la amiga de Dios y profetisa entre los santos

La teología feminista que expone Elisabeth Johnson aporta al impulso de la Mariología la consideración de la corporeidad, de esta manera expone el “principio existencial de la diferencia”, el que es decisivo en el ser mujer de María. Es decir, Ella tiene un cuerpo femenino con todo lo que ello implica en su existencia concreta, lo que es preciso recordar y remarcar al estudiarla, no siendo correcto presentarla de una forma idealizada, como un simple arquetipo. Así, la especulación feminista avanza al considerar que la diferencia es un principio existencial que hace honor a la integridad de la persona, que da lugar de un modo amplio a su concreción histórica²⁰⁶.

A este aporte desde la “perspectiva católica y feminista”, se le suma el planteo de revertir la desvalorización de la devoción tradicional a María, recuperándola de un discurso que la enmarca como un mero “símbolo religioso”. Igualmente despliega una reflexión que confronta la mengua de la piedad tradicional mariana en los años posteriores al Vaticano II, en Norteamérica. Contribuye también a que su figura suscite

²⁰⁵Cf. Ibídem, p. 271.

²⁰⁶Cf. Elisabeth A. Johnson, *Verdadera hermana nuestra*, p. 135

un movimiento del “recuerdo vivo” (la memoria peligrosa) que lleva a enfocar mejor la discusión por la justicia compasiva y liberadora de Dios²⁰⁷.

Adelanta en el estudio de la María al enseñar que no es posible excluirla del enfoque eclesiológico ya tratado por San Ambrosio, San Agustín²⁰⁸ y recuperado por el Concilio Vaticano II²⁰⁹. De esta manera tanto la matriz eclesiotípica y cristotípica conciliar son asumidas por la teóloga, desde la perspectiva feminista, que considera a Miriam de Nazaret, desde la integralidad de la Iglesia, como miembro destacadísimo, como la mujer que es la Madre del Mesías, en comunión con los santos, vivos y difuntos, la que goza ya de la compañía de Dios con su cuerpo de mujer.

El ejemplo de María como amiga de Dios y profetisa colmada por el Santo Espíritu, fiel seguidora de su Hijo, junto al grupo de los discípulos, en comunión con los demás santos, tanto los vivos como los muertos, impulsa a la esperanza en este mundo controvertido y es motivo de nuevas oportunidades para acreditar la praxis de la fe liberadora, en favor de la renovación de las mujeres²¹⁰.

Johnson ayuda con su reflexión al considerar que María, como principio esperanzador, no solo está ahora en comunión con los glorificados sino también que esa comunión implica su asistencia y su intercesión para con los santos que aun recorren este mundo²¹¹.

Puntualiza a través de su hermenéutica histórico-liberacionista y feminista de las escrituras, que la madre de Jesús es una mujer creyente e histórica que ya se encuentra en la comunión de los santos, y que su memoria, lejos de ser algo meramente anecdótico, con realismo consuela y desafía al mundo presente. La asunta es la misma mujer que relatan los evangelios y la que camina hoy con la Iglesia, la que acompaña a los fieles como una compañera de viaje, estando adherida al pueblo, a la comunión de los santos, a través de las generaciones por el poder del Espíritu Santo. Es destacada como la “verdadera hermana nuestra”, de la que brota la esperanza, la que sigue junto a la Iglesia en su itinerario temporal:

²⁰⁷Cf. Ibídem, p. 14.

²⁰⁸“María es santa. María es bienaventurada, pero la Iglesia es algo más que la Virgen María. ¿Por qué? Porque María es parte de la Iglesia, un miembro santo, un miembro muy excepcional, un miembro del todo maravilloso, pero no más que un miembro del conjunto del cuerpo. Así las cosas, se sigue que el cuerpo es algo más grande que un miembro”. Ibídem, p. 147.

²⁰⁹Cf. Ibídem, pp. 159-160.

²¹⁰Cf. Ibídem, p. 133.

²¹¹Cf. Ibídem, p. 142.

“La vida de la mujer histórica Miriam de Nazaret fue efectivamente un viaje de fe con significación para la gente que lucha para afrontar los retos de la fe hoy (...) Por inconcebible que pueda parecer el Dios de Israel en el que ella creyó ha actuado para cumplir las antiguas promesas hechas a su pueblo. La muerte no tiene la última palabra. ‘Ardiendo en una energía innominada’, ella, ‘como todas las demás’ queda facultada para dar testimonio con arrojo, dejando un legado capaz aún de encender los corazones con esperanza en el Dios vivo en medio de un mundo de sufrimiento.”²¹²

María de Nazaret es un ser humano histórico concreto, quien, en su vida en Palestina, se condujo conforme con la llamada del Espíritu según los acontecimientos propios de su siglo, siempre convencida y con la esperanza que su destino último radica en Dios.

Ante la insuficiencia de fundamentos históricos, se la acomodó en diferentes roles de acuerdo a la época en curso, y se llegó a imaginarla como la personificación del discípulo cristiano perfecto²¹³. Johnson tiene el mérito de situar en su justo espacio y lugar a Miriam y así recupera a la que ha sido favorecida por Dios, la madre del Mesías, la misma que tiene mucho que decir y colaborar con el mundo actual²¹⁴.

Todo ello no es comunicado de una manera aislada, desarraigada, sino dentro de la Iglesia, inserta en la comunión de los santos, vivos y difuntos. De esta manera Ella es reconocida como la eminente amiga de Dios, la discípula y profetisa vivificada por la fe, la esperanza y la caridad, peregrina en la tierra y que actualmente está en la Gloria con Él.

Johnson si bien destaca que María luego de ser asunta, se halla ya en la comunión de los santos, se apresura en aclarar que ello no implica el desentendimiento para con sus hermanos que todavía transitan el presente; al contrario, todavía está en medio de ellos intercediendo por sus penurias. Resalta que es modelo esperanzador de lucha para la tan deseada liberación de los hombres y mujeres, aquejados de numerosas adversidades e injusticias. Es el prototipo de mujer comprometida con la creación de su Dios, que busca mejorarla, sacarla de las iniquidades y bajezas. Es la que indica con su vida que para ser amigo de Dios es necesario entablar con libertad, una mutua vinculación con Él.

²¹²Ibídem, p. 348.

²¹³Cf. Ibídem, p. 125.

²¹⁴Cf. Ibídem, p. 130.

“La propuesta de interpretar a María en la compañía de todos los santos implica el siguiente corolario: *Ante todo, María no es un modelo, un tipo, un arquetipo, un prototipo, un icono, una figura representativa, una idea teológica, una cifra ideológica, una metáfora, un principio utópico, un principio femenino, una esencia femenina, la imagen del eterno femenino, un discípulo ideal, una mujer ideal, una madre ideal, un mito, una persona, una persona corporativa, una mujer cualquiera, un artificio cultural, un elemento literario, un motivo, un ejemplar, un paradigma, un signo, o un símbolo religioso de cualquier otra clase.* Todos estos términos están sacados de escritos religiosos contemporáneos. Por el contrario, como cualquier ser humano, como cualquier mujer, *ella es ante todo ella misma.* No estoy diciendo que la imaginación religiosa contemporánea no pueda hacer uso de ella de forma simbólica. Pero lo que atrae mi atención es la luminosa densidad de su existencia histórica como persona humana agraciada”²¹⁵.

La teóloga despliega la Mariología al afirmar que el lugar que posee la Madre de Dios en la comunión de los santos no reduce su exclusiva y gran vocación histórica, ni menguan las demás gracias propias que de allí se derivan. Del mismo modo su dignidad maternal no consume toda su identidad en tanto criatura femenina ante Dios. Por ello conforme con la totalidad de su vida de gracia es enaltecida por su relación específica con Jesús, pero también identificada como mujer, hermana de los hombres, miembro importante en la Iglesia que surca las distintas épocas. Ella es ahora y lo será hasta el fin del mundo, el gran paradigma de mujer “profeta”, que eleva su voz crítica frente a las injusticias. Puesto que es amiga de Dios ha implicado su corazón que ama al mundo con las entrañas de Dios, de allí que no queda en absoluto su voz en el Magnificat, relegada al pasado. El tiempo en Ella pasa a ser permeable; su apasionado gozo, su reproche y su esperanza surcan los siglos y llegan a nosotros.

Así nos unimos con aquella tanto en los elogios al Dios vivo que hizo nacer un pueblo del anciano Abraham, como en el maravillarnos por la inmensa misericordia que se derrama en favor de este mundo insensato, ingrato hacia el Creador. Al asemejarnos en sus sentimientos, nuestro trato con Dios adquiere una relación íntima, liberadora, que compele para actuar con determinación en favor del bien, de la justicia²¹⁶.

²¹⁵Ibídem, p. 129. Las letras cursivas son del original.

²¹⁶Cf. Ibídem, p. 369.

3. 3 Horizonte esperanzador de la Asunción en De Fiores y en Johnson

Delante de los males del presente, germina la tentación de huir de este mundo o de recluirse en lo privado, difiriendo actuar, hasta que pase el peligro. Ceder a un contexto existencial que se imagina como nefasto es un proceder negativo, perjudicial, que lleva al vacío, a la desesperanza, al sinsentido.

Tanto a Johnson como a De Fiores no les resulta ajeno o neutro el panorama desolador en que se encuentra la humanidad. No son indiferentes en cuanto al sufrimiento, a las injusticias, al dolor existente, al contrario, buscan explicaciones y posibles remedios desde sus reflexiones. Ambos en sus escritos presentan a la Asunta como portadora de gran esperanza para la creación caída en desgracia, pero no olvidada o descartada, sino rescatada, con un futuro promisor.

La teóloga estadounidense escribe y encamina su mariología en la cultura posmoderna y postindustrial, a partir de “una perspectiva católica y feminista”. Desde esa cosmovisión manifiesta que de las mismas amarguras, de las esclavitudes que subyugan al ser humano surge un aliciente que las confronta con la mujer concreta que las ha vencido en sus días históricos en Palentina y que actualmente está gloriosa, asunta en el cielo, en compañía de los santos:

“Yo propongo que una vía fructífera para elaborar una teología de María feminista liberadora es situarla en la comunión de los santos y, aquí, rememorarla, peligrosa y consoladoramente, como una mujer con su particular historia entre sus contemporáneos y ante Dios”²¹⁷.

Johnson mantiene que María debe ser considerada en su integralidad femenina, no sesgada, tampoco idolatrada o disminuida en su humanidad femenina. Considerada de esta manera, será posible esperanzarse con Ella, y luchar con renovados bríos contra las injusticias, los males que campean en el mundo, intentando llegar a la auténtica libertad²¹⁸.

Paralelamente, De Fiores, que sigue los lineamientos del CVII, presenta a María desde la perspectiva histórico-salvífica. En medio de la aguda problemática de las criaturas, con sus muchas carencias y penas, Ella es integrada en la reflexión del

²¹⁷Ibídem, p. 123.

²¹⁸Cf. Ibídem, pp. 349-352.

misterio de la Iglesia de Cristo, destacándose que tiene un papel único en la creación y en la redención consumada, siendo motivo de gran esperanza para los que transitan este mundo.

“Nuestra tarea consiste en discernir, por difícil que sea, los valores, problemas, modelos, instituciones y esquemas representativos de la cultura de nuestro tiempo para afianzar en ellos la figura de María para que así manifieste todo su significado vital en función del designio divino de salvación”²¹⁹.

En consecuencia, es posible descubrir que si bien fue Asunta al cielo, no ha dejado de estar presente en este mundo, su presencia se mantiene y pasa a ser testigo en medio de los hombres. No se ha separado de ellos, sino que continúa siendo la verdadera hermana nuestra²²⁰.

La visión de los autores estudiados contrasta con una visión “triumfalista” (intramundana), de la historia y de la Iglesia, no siendo posible compatibilizarlas²²¹.

De Fiores desde la perspectiva histórico-salvífica, Johnson desde el enfoque feminista, explican que María posee un rol singular y decisivo en el plan salvífico. Así su acción fue determinante para bien de la humanidad, siendo generadora de esperanza, de salvación tanto al aceptar la encarnación, como con su seguimiento discipular, su perseverancia al pie de la cruz y en el regocijo de la Resurrección. Todo ello, con sus efectos, su intercesión, se prolongan en todo espacio y tiempo, y repercute en cada persona que existe y existirá.

²¹⁹ Stefano De Fiores, *María, Madre de Jesús*, p. 356.

²²⁰Cf. Ibídem, pp. 355-357.

²²¹La visión triunfalista, cercana al milenarismo, ha sido expuesta de manera poco orgánica por algunos teólogos quienes escriben a partir de ciertas interpretaciones bíblicas, magisterio sesgado, escritos y palabras de algunos santos, y en manifestaciones marianas aceptadas o no. Así por ejemplo afirman que: “El triunfo del Corazón Inmaculado tiene una connotación más escatológica de lo que muchos suponen. No es sólo un tiempo de paz al mundo de mayor o menor duración, sino que es ante todo un cambio cualitativo en el devenir de la Historia de la Iglesia y del mundo. Más aún, es el triunfo intrahistórico y mayor fruto de la Redención consumada por Jesucristo en la cruz y que hasta los días de hoy ha quedado en suspenso”. Luis Eduardo López Padilla, [en línea] www.apocalipsismariano.com [acceso: 18 de noviembre de 2022].

CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo se ha penetrado en los efectos teológicos que surgen de la estrecha vinculación entre la Asunción de María y la esperanza cristiana. La definición dogmática del año 1950 ha sido el punto de arribo que explicitó un desarrollo progresivo y sistemático de una creencia presente desde antiguo en el catolicismo:

“Fue siempre reconocida, y cada vez mejor penetrada por la Iglesia en el curso de los siglos, en nuestro tiempo ha sido puesta a mayor luz el privilegio de la Asunción corporal al cielo de la Virgen Madre de Dios, María.”²²²

Esta temprana y constante convicción que está contenida de modo implícito en las escrituras (asumido ello en el dogma)²²³ junto con el testimonio de la tradición, el magisterio, la liturgia, los doctores, los autores eclesiásticos y teólogos²²⁴, los templos, el arte sacro, el derecho canónico y la misma piedad popular²²⁵, no estuvo exenta de controversias en el decurso de los siglos. Precisamente a mediados del siglo XX cristalizó la fe en torno María en cuanto que ya se encuentra en cuerpo y alma gloriosa en el cielo, obrándose en Ella también la resurrección, de modo similar a lo acontecido a su Hijo. Es decir, desde que el Evangelio ha sido proclamado el cristiano ha tenido constante esperanza en la promesa de su propia resurrección, a semejanza de Jesucristo quien fue el primero en resucitar de entre los muertos (1 Cor 15, 20), y con el dogma de la Asunción aquella esperanza ha sido reafirmada, hay certeza de que en la Hija de Sión, (que siguió al Hijo), es en quien se ha realizado la integridad escatológica. En consecuencia, esta es una confirmación más que fundamenta la expectación de aquellos

²²²MD, 3.

²²³“Todos estos estudios e investigaciones pusieron más de relieve que en el depósito de la fe confiado a la Iglesia estaba contenida también la Asunción de María Virgen al cielo (...) Dogma de fe divina y católica la verdad de la Asunción corporal de la bienaventurada Virgen María al cielo, verdad fundada en la Sagrada Escritura.”MD, 8; 41.

²²⁴MD, 17- 39; 41.

²²⁵“Esta misma fe la atestiguan claramente aquellos innumerables templos dedicados a Dios en honor de María Virgen asunta al cielo y las sagradas imágenes en ellos expuestas a la veneración de los fieles, las cuales ponen ante los ojos de todos, este singular triunfo de la bienaventurada Virgen. Además, ciudades, diócesis y regiones fueron puestas bajo el especial patrocinio de la Virgen asunta al cielo; del mismo modo, con la aprobación de la Iglesia, surgieron institutos religiosos, que toman nombre de tal privilegio. No debe olvidarse que en el rosario mariano, cuya recitación tan recomendada es por esta Sede Apostólica, se propone a la meditación piadosa un misterio que, como todos saben, trata de la Asunción de la beatísima Virgen.” MD, 15

que aceptan la redención irrevocablemente acaecida. Con el correr de los siglos la Iglesia fue comprendiendo en mayor medida y de mejor manera el lugar único que la Trinidad le ha señalado a la madre de Jesús en la economía de la salvación.

De igual forma tanto el Concilio Vaticano II, que ha sido el gran acontecimiento eclesial que siguió al pronunciamiento dogmático, como el Catecismo y los papas Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI enseñan que la Hija de Sión mantiene singularmente su unión con su Hijo y Mesías en la gloria, y destacan que ambos están venturosos en cuerpo y alma en el Cielo. En Ella se ha manifestado ya la divina promesa de resurrección, anunciada en las escrituras (1 Cor 15, 19-26). Es en este último tiempo que el desarrollo de la Mariología se ha visto más entrelazado con la Cristología, la Eclesiología y con la Escatología, debiéndose en gran medida y estando en directa relación, con el progreso de la Teología a partir de la declaración dogmática.

Benedicto XVI en *Spe Salvi* recapitula con una síntesis mariológica el proyecto salvífico de Dios, que acentúa la presencia y fidelidad esperanzadora en ello. Por este obrar mesiánico, con la colaboración de María y no de otro modo, ha sido posible la redención del género humano y ese actuar conjunto produce anhelos de alcanzar la eternidad. En este sentido el anhelo que tuvo la misma “Arca de la nueva Alianza” se consume por medio de un itinerario vinculante que comparte con la vida de su Primogénito, habiendo sido asociada a la misión redentora del Unigénito de principio a fin, tanto por lo que cumplió durante su vida terrestre, como por su actual intercesión, al haber sido instituida “Madre” de los cristianos. Ella misma (como mujer) es también primicia de salvación y es imagen escatológica, y da más razones de esperanza a la Iglesia, a sus hijos, los que ansían la ejecución total de la promesa: en sus almas y en sus propios cuerpos.

Por consiguiente, esta esperanza: “el ya sí, pero todavía no”, (“ya” infaliblemente cumplido en Cristo y en su Madre) aguarda ser plenamente realizado en todo el cosmos: el hombre, creado y regenerado por la Trinidad, restablecido en el “Cuerpo Místico”, anhela vida sempiterna feliz y gloriosa. Es en este plano que cobra íntegro sentido la afirmación del Apóstol quien anuncia que al final de los tiempos Dios será todo en todos (1 Cor 15, 28), cumplimiento ya perfeccionado en María, aguardándose la concreción en sus hijos, los hermanos de Cristo. Todo ello es motivo de gran impulso para no desfallecer ante las contrariedades de la vida y aguardar la promesa, siendo la expectación de dichosa eternidad en cuerpo alma, un estímulo muy

poderoso para los que todavía transitan en este mundo temporal. La Iglesia toda, la familia de Jesús, ve en la “Estrella de la mañana” el fruto más célebre de la Redención y la contempla esperanzada: como “Signo de Esperanza”, como clara realidad de lo que se aspira llegar a ser²²⁶.

En la hermenéutica de continuidad que pondera *Spe Salvi* sobre la esperanza cristiana verificada en María, es posible encontrar un renovado impulso para afianzar la perspectiva ultraterrena. Es la mujer en quien ya se realizaron las promesas. El discípulo de Jesús aún circunscripto a una sombría realidad, con escandalosa inmoralidad, guerras, luchas sociales, depredación ambiental, grietas políticas y sociales, agudas crisis económicas, delincuencia..., pese a todo ello y más, no deja de lado la gran meta que anhela, la que todo lo supera. Cristo señala el camino, es Él la expectación y presencia que cambia el presente; es el verdadero “Liberador” que manifiesta que el ser humano a quien creó libre, no está esclavizado por el universo o por las leyes de la casualidad, o de la materia²²⁷. La salvación obrada se ha plasmado ya en el mundo pecador y esta certeza que aguarda su manifestación total es la esperanza fiable por la cual es posible resistir el desalentador presente. Esta meta eminente es lo que amerita la dura fatiga, siendo María la criatura que ya goza de lo esperado.

A la luz de dicha encíclica y de dos reconocidos teólogos, fue posible acercarse a esta dimensión mariana que repercute con ímpetu escatológico a través de la Iglesia. En la obra analizada de Stefano De Fiores se consideró que la Madre de Jesús debe ser siempre comprendida de suyo en su relación con Dios, Cristo, la Iglesia y los hombres, inmersa en la historia de la salvación. El lugar que la Trinidad le ha asignado es único en la historia de la salvación y simultáneamente esta halla en aquella su término más extraordinario. Es desde ese fundamento en que valida su construcción sobre la visión trascendente esquematizada en el: “abajamiento-exaltación”, y a partir del cual sostiene que Dios actúa portentosamente, elevándola en cuerpo y alma a la vida postrimera, concurriendo como motivo inspirador para los demás hijos en el Hijo.

Queda explícita la preponderante función que cumple en la redención, al evocar que es la humilde creyente y servidora, que se humilla, pero permanece fiel en los diferentes momentos de dolor y prueba, y sobre todo que es la portadora de una feliz promesa, que genera una renovada esperanza en las demás criaturas. La simple doncella

²²⁶Cf. SC 103.

²²⁷Cf. SS, 5.

israelita de la tribu de Judá, se convirtió en el elevado modelo y en la primera discípula de la religión de su Hijo, tras obrar con madurez, decisión y gran responsabilidad frente a Dios y a las demás personas. Su intervención reflexiva y libre en el plan salvador, la ha posicionado en un espacio singular, más allá de una mera consideración piadosa, devota, comprendiéndose mejor con el transcurso de los años, la importancia que ha tenido su vida, su muerte y ascensión. Todo ello es motivo esperanzador para los demás discípulos, los que abajándose, advierten que gozarán, luego de la muerte, de una posterior elevación, similar a la de María.

Por su parte Elisabeth Johnson, consigue hacer una recapitulación crítica de la teología mariana tradicional, y logra vincularla con la cristología, la eclesiología y la antropología enmarcada en la historia. Todo con un augurio de un futuro liberador, en un horizonte de circular santidad. Su decisión por incluir la cuestión “del género femenino” de una manera principal²²⁸ queda manifiesta desde un comienzo y se mantiene hasta el final. María surge como la eminente amiga, discípula de Dios, vivificada por la fe, la esperanza y la caridad, peregrina en la tierra y actualmente en la Gloria con Él. La finalidad de acercarla históricamente, lo justifica en el deseo de recobrarla (a ella misma), como persona favorecida por Dios que tiene mucho que aportar al mundo actual, pero no de manera aislada, sino dentro de la Iglesia, inserta en la comunión de los santos, vivos y difuntos²²⁹.

De igual modo logró instalar en la teología la figura de “Miriam” como aquella que además de ser la madre del Mesías es el prototipo de mujer libre, consciente de su ser femenino, que puede aportar mucho a la comunidad histórica y proyectarse positivamente para mejorar a la humanidad. Ella es descifrada como una mujer significativa en sí misma, como alguien que está viva y colmada por el Santo Espíritu. Es la amiga y profetisa de Dios, fiel seguidora de su Hijo y existiendo actualmente en compañía de los santos; no es un recuerdo, menos aun está muerta, sino que vive y permanece junto a ellos, tanto con los vivos como los muertos. La esperanza afectiva y efectiva que ha despertado a partir de sus días en Palestina y a lo largo de los siglos, inspira e inspirará la auténtica libertad, la justicia liberadora que Dios ha dado a sus hijos.

²²⁸“La interpretación feminista, al trabajar con estos métodos bíblicos estándar, plantea la otra cuestión crítica, la del sesgo de género, tanto en la composición como en la interpretación de los textos”. Elisabeth A. Johnson, *Verdadera hermana nuestra*, p. 250.

²²⁹“Dado que estamos tratando de una persona real, por muy desconocida que sea, su realidad histórica debería condicionar la forma de ver las cosas en todo momento”. Ibidem, p. 130.

De lo analizado se desprende primeramente que tanto De Fiores como Johnson, estiman de suma importancia traer y posicionar en un lugar de preeminencia la discusión mariológica para los tiempos contemporáneos que se viven. Sendas obras en su conjunto mantienen validez y relevancia en el concierto mariológico, y los enfoques teológicos elegidos son renovadores y fructuosos tanto para los distintos eruditos como para los estudiantes. Ambos escriben según los lineamientos renovadores del Concilio Vaticano II y si bien María es abordada desde ángulos diversos convergen en recuperarla e intentan dar respuestas a algunos interrogantes actuales. Es de destacar que a partir y a través de Ella buscan proporcionar esperanza a la humanidad caída, y con diferente grado e intensidad, son conscientes de la peculiar esperanza terrena y ultra terrena que genera para con todo hombre contemporáneo. De esta manera al tratar este acontecimiento y sus implicancias se enfatiza la condición futura a la que es invitado a participar el cristiano, lo que contrasta con otras creencias (religiosas o no), difundidas en la actualidad.

Sin negar los innegable esfuerzos de sendos autores en el adelanto mariológico, será Benedicto XVI el que penetrará más en lo concerniente a la figura mariana inserta en lo propiamente escatológico, según los parámetros dados por la Iglesia en las últimas décadas²³⁰. Solo *Spe Salvi* es la que avanza en modo decidido y se adentra en la teología dando precisiones y respuestas desde la “Madre de la Esperanza”, sobre la consideración del más allá, de las ultimidades.

La reflexión sobre el término de la vida presente, sobre el final, es insoslayable para todo mortal, y el discípulo de Cristo debe dar razones de su esperanza, que incluye todo lo que acontece seguidamente a la muerte, a la pervivencia del alma inmortal, a lo referente a la resurrección de la carne, a la conclusión de la historia humana, a la Parusía del Señor. En este sentido la que ha sido Asunta promueve una perspectiva irrefutable y efectiva en la criatura, al creer que la “verdadera hermana nuestra” ya se encuentra eternamente perfeccionada. Ello ejerce un gran estímulo en el deseo de la propia salvación en cuerpo y alma, la que se añora y vislumbra próxima. La persona humana, los “hijos en el Hijo”, poseen desde esa confirmación innegable, una orientación definitiva hacia una esperanza que va más allá, que trasciende el siglo, y a la vez

²³⁰Verbigracia: Congregación para la Doctrina de la Fe, *Temas actuales de escatología, documentos, comentarios y estudios*, (Madrid: Palabra, 2001), pp. 27-32. Catecismo de la Iglesia Católica, (Buenos Aires: Conferencia Episcopal Argentina, junio de 2000).

compele a no desentenderse de este mundo que pasa sino a esforzarse por mejorarlo, hasta que llegue la consumación final de la redención ya obrada²³¹.

Al haber indagado sobre la Asunción se abordó el misterio del designio divino para con el hombre, el que ha sido ya acabado en María. La magnitud de esta confirmación para la persona humana reside en la correlación que surge entre la resurrección de Cristo y su “imagen y semejanza”. La figura de María, mujer de nuestra raza, quien se encuentra en cuerpo y alma ya glorificada, es un anticipo de la resurrección de las demás criaturas.

La comprensión que se tenga sobre el alcance, sobre el significado de la Asunción resulta de gran importancia en la actualidad, tanto para vivir coherentemente en la vida presente como también para dar razones de la esperanza a los demás. Lo verificado en la madre de Jesús, quien ahora se encuentra en cuerpo y alma glorificada en el cielo, la que es una primicia de la resurrección final, tiene mucho que aportar al mundo de hoy, tan cuestionador y ávido de respuestas.

²³¹Cf. SS, 15.

BIBLIOGRAFÍA

- Amato, Ángel, “La mariología histórico-salvífica de Stefano De Fiores”, en *Salesiaum* nro. 55. Roma, 1993, pp. 561-568.
- Amigo, Lorenzo, *Los más bellos textos sobre la Virgen*. Madrid: PPC, 1983
- Azcuy, Virginia, “Recensión comentada a Elizabeth A. Johnson, Verdadera hermana nuestra. Teología de María en la comunión de los santos”, en *Marianum, Ephemerides Mariologicae* nro. 55. Madrid: Misioneros Claretianos, 2005, pp. 487-492.
- Bastero De Elizalde, Juan Luis. *María, Madre del Redentor*. Pamplona: Eunsa, 2009.
- Caballero, José Antonio, “Síntesis y comentario bíblico a la encíclica *Spe Salvi*”, en *Veritas*, nro. 18, vol. III. Valparaíso: Pontificio Seminario Mayor San Rafael, 2008, pp. 7-30.
- Caporale, Vicente, “Recensión”, en *Revista La Civiltà Cattolica* nro. 114, vol. IV. Roma, 1993, pp. 306-308.
- Castillo Gutiérrez, Giancarlo, “Una lectura educativa a la encíclica *Spe Salvi* de Benedicto XVI”, en *Veritas* nro. 45. Valparaíso: Pontificio Seminario Mayor San Rafael, 2020, pp.143-159.
- Catecismo de la Iglesia Católica, Buenos Aires: Conferencia Episcopal Argentina, junio de 2000.
- Concilio Vaticano II, Bilbao: Mensajero, 2006.
- Congregación para la Doctrina de la Fe, *Temas actuales de escatología, documentos, comentarios y estudios*, Madrid: Palabra, 2001. pp. 27-32.
- De Fiores, Stefano, *María en la teología contemporánea*. Salamanca: Sígueme, 1991.
- ---*María, Madre de Jesús. Síntesis Histórico-salvífica*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2003.
- ---“Statuto epistemologico della mariologia”, en *Marianum. Ephemerides Mariologicae*, nro. 49. Madrid: Misioneros Claretianos, 1999, pp. 307-332.
- De Fiores, Stefano y Meo, Salvatore (dirs.), *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid: San Pablo, 2001.

- Denzinger, Heinrich y Hünermann, Peter, *El Magisterio de la Iglesia, Enchiridion Symbolorum Enchiridion Symbolorum Definitionum et Declarationum de Rebus Fidei et Morum*. Madrid: Herder, 2017.
- Ferlay, Philippe, *María, Madre de los hombres*. Santander: Ed. Sal Terrae, 1987.
- Guardini, Romano, *La madre del Señor*. Buenos Aires: Lumen, 1996.
- García Paredes, José Cristo Rey. *Mariología*. Madrid: BAC, 2005.
- Gutiérrez J., Mario S.J, “La encíclica Spe Salvi del papa Benedicto XVI en la dialéctica de la esperanza activa”, en *Theologica Xaveriana*, nro. 168, vol. 59. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2009, pp. 393-422.
- Johnson, Elisabeth A. *Verdadera hermana nuestra, Teología de María en la comunión de los santos*. Barcelona: Herder, 2005.
- La Biblia, *El libro del pueblo de Dios*. Buenos Aires: San Pablo, Fundación Palabra de Vida, 2016.
- López Padilla, Luis Eduardo, Apocalipsis Mariano. Acceso: 18 de noviembre de 2022. www.apocalipsismariano.com.
- Martínez Gayol, Nurya, “María en la comunión de los santos. Pistas para una Teología de María en perspectiva feminista”, en *Estudios Eclesiásticos* nro. 316, vol. 81. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 2006, pp. 177-195.
- Mateo-Seco, Lucas F., “María, Madre de Jesús. Síntesis Histórico-salvífica, de Stefano De Fiores, Recensiones”, en *Scripta Theologica* 36, Universidad de Navarra, 2004, pp. 686-690.
- Meo, Salvatore, “Mediadora”, en *Nuevo Diccionario de Mariología*. Editorial San Pablo, Madrid, 2001, pp. 1304-1305.
- Michaud, Jean Paul, “María de los evangelios”, en *Cuadernos Bíblicos* nro. 77, Navarra: Verbo Divino, 1992, pp. 33-52
- Pozo SJ, Cándido, *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*. 5 ed. Madrid: BAC, 2018.
- PP. Benedicto XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi, Sobre la esperanza cristiana*, 30 de noviembre de 2007, Roma: Editorial Vaticana, 2007, AAS, 99 (2007), pp. 985-1027.
- ---Ángelus “Solemnidad de la Asunción de María”, lunes 15 de agosto de 2005, en *L'Osservatore Romano*, lengua española, Roma: 19 de agosto de 2005, p. 3.

- ---Homilía “Solemnidad de la Asunción de María”, lunes 15 de agosto de 2011, acceso: 10 de agosto de 2023, https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2011/documents/hf_ben-xvi_hom_20110815_assunzione.html.
- PP. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, 25 de marzo de 1987. Roma: Editorial Vaticana, 1987, AAS, 79 (1987), pp. 361-433.
- ---Carta al Episcopado de la Iglesia Católica con ocasión del 1600 aniversario del Concilio I de Constantinopla y del 1550 aniversario del Concilio de Éfeso, 25 de marzo de 1981, Roma: Editorial Vaticana, 1981, AAS, 73 (1981), pp. 513-527.
- ---Catequesis *La Asunción de María en la tradición de la Iglesia*, miércoles 9 de julio de 1997, acceso: 8 de julio de 2023, https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1997/documents/hf_jp-ii_aud_09071997.html.
- ---Catequesis durante la audiencia general: “La dormición de la Madre de Dios”, miércoles 25 de junio, en *L’Osservatore Romano* en lengua española, nro. 26, Roma, 27 de junio de 1997, p. 3.
- ---Catequesis durante la audiencia general: “La Virgen María cooperadora en la obra de la Redención”, miércoles 9 de abril, en *L’Osservatore Romano*, en lengua española, nro. 15, Roma: 11 de abril de 1997, p. 3.
- ---Catequesis durante la audiencia general: “María, Madre de la unidad y de la esperanza”, miércoles 12 de noviembre, en *L’Osservatore Romano*, en lengua española, nro. 46, Roma: 14 de noviembre de 1997, p. 3.
- PP. Pablo VI, Carta Encíclica *Christi Matri*, 15 de septiembre de 1966, Roma: Editorial Vaticana, 1966, AAS, 58 (1966), pp. 745-749.
- ---Carta Encíclica *Mense Maio*, 29 de abril de 1965, Roma: Editorial Vaticana, 1965, AAS, 57 (1965), pp. 353-758.
- ---Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, 2 de febrero de 1974. Roma: Editorial Vaticana, 1974, AAS, 66 (1974), pp. 113-168.
- ---Exhortación Apostólica *Signum magnum*, 13 de mayo de 1967, Roma: Editorial Vaticana, 1967, AAS, 59 (1967), pp. 465-475.
- PP. Pío X, Encíclica *Ad Diem Illud Laetissimum*, 2 de febrero de 1904. Roma: Editorial Vaticana, 1904, AAS, 36 (1903-1904), pp. 449-462.

- PP. Pío XII, Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*, 1 de noviembre de 1950. Roma: Editorial Vaticana, 1950, AAS, 42 (1950), pp. 753-771.
- Ratzinger, Joseph, “Conferencia, sobre la eclesiología de la “Lumen Gentium”, pronunciada en el Congreso Internacional sobre la aplicación del Concilio Vaticano II, organizado por el Comité para el gran Jubileo del año 2000”, en *Boletín Oficial de la Diócesis de Córdoba*, Vol. CXLII, Guadajoz, enero-junio, 2000, pp. 151-171.
- ---*De la mano de Cristo*, Pamplona: Editorial Eunsa, 2005.
- ---*La hija de Sión*, Buenos Aires: Estrella de la Mañana, 1993.
- Ratzinger, Joseph y von Balthasar, Hans Urs, *María primera Iglesia*, Madrid: Narcea, 1982.
- Rosolino, Guillermo, “María ¿La Mujer, Ícono del Misterio o Verdadera Hermana Nuestra?”, en *Teología* 96, Tomo XLV. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina, 2008, pp. 331-352.
- San Ambrosio, *Obras, Tratado sobre el Evangelio de San Lucas*. Madrid: BAC, 1966.
- San Bernardo, *Opera*. vol. IV. Paris: Ed. J. Leclercq et H. M. Rochais, 1966.
- San Bernardo, *Opera*. vol. V, Paris: Ed. J. Leclercq et H. M. Rochais, 1968.
- Sartre, Jean Paul, *La náusea*. Madrid: Alianza, 2011.
- Schmaus, Michel, “María”, en *Sacramentum Mundi* IV. Barcelona: Herder, 1977, pp. 432-439.
- Serra, Aristide, “Asunción”, en *Nuevo Diccionario de Mariología*. San Pablo, Madrid, 2001, pp. 258-263.
- ---“Biblia (Apocalipsis)”, en *Nuevo Diccionario de Mariología*. San Pablo, Madrid, 2001, pp. 375-379.
- ---“Biblia (Juan)”, en *Nuevo Diccionario de Mariología*. San Pablo, Madrid, 2001, p. 353.